

Ocho meses de campaña





BIBLIOTECA
SAULO TORON

P.R

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>234367</u>
N.º Copia	<u>43607</u>

8
meses
de
campana

*6 años amigo
el poeta Saulo Lorenzini
salgo positivo de una
intelectualidad ^{ca} ~~intelectual~~
con todas las simpatías
hacia ella*

*Autor
1.º febrero 1938
D. Am. triunfal*

por

prudencio
doreste
morales



Dedicatoria

Mi libro es un libro humilde; sin pretensiones. Sin embargo, para mí, tiene extraordinario valor por encerrar, entre sus páginas, la época más trascendental de mi vida: aquella que le ofrendé a mi Patria con la devoción de todos mis sentimientos buenos. Por eso, en esta hora de la dedicatoria, la más emocionante de todo libro, no dudo en ofrecerlo a los que ocuparon mi pensamiento en los momentos trágicos del peligro. Quizá haya quien crea adivinar, en este gesto, al ver las personas que relaciono, algo de egoísmo y un mucho de inexplicable presuntuosidad. Puede que de todo exista. No lo niego. Pero ¿quién tiene fuerza de voluntad suficiente para vencer la tentación de rendir homenaje, aunque sea tan humilde como éste, a los que cuentan con mi admiración y con el más respetuoso de mis afectos? Yo por mi parte me declaro en franca derrota. Por eso, vaya por ellos, "Mis 8 meses de campaña".

Al Caudillo, Generalísimo Franco; a mis camaradas de la Comisión Gestora de Falange Española Tradicionalista y de las JONS del Excelentísimo Ayuntamiento de Las Palmas; a mi

IV

estimado amigo, el Excmo. Sr. General Don Emilio Berraño Viñas, Alcalde de Talavera de la Reina; al Excmo. Sr. General Orgaz; y a mis jefes de la Sección Segunda del E. M. de la División reforzada de Madrid en Navalcarnero, Comandantes Armada y Cea; Capitanes, D. Antonio Lucena, Martos y Navascuez; y a mis compañeros en la Sección de Información, Juan Millán Rodríguez, José Juan Mendoza, Julio Jaizme, Ignacio Gámacho, José Rodríguez Tascón, Julio Sandoval, Salvador Cuyás, Juan Francisco Gómez Apolinario, Pepe V. Puentes y Juanito González.

EL AUTOR

Prólogo

A través del estilo se descubre indefectiblemente al hombre, pero a veces siguiendo la exégesis se llega a conclusiones diametralmente opuestas y que acaso por ello confirman la regla. Si el estilo es el hombre y el Libro es estilo, tenemos que conocer al hombre a través de sus páginas.

Se hace pues casi innecesario el prólogo porque éste al fin y a la postre viene a ser algo así como el discurso que se antepone a las páginas de la obra para dar noticia a los lectores del carácter y de la persona del autor, o para hacer alguna otra advertencia sobre la obra misma.

El autor de este libro es harto conocido y popular y sería una redundancia o un abundamiento estéril definirlo y presentarlo.

Jovial, cordial, efusivo y simpático, prodigó su vida y derramó sus energías en la sana camaradería de la amistad y en el altar de los afectos que por no responder a Leyes naturales, o si queréis físicas, tienen el valor de lo imponderable y hasta casi me atrevería a decir que de lo sublime.

Prudencio Doreste, alegró las jornadas de la vida de los demás, derrochando sus energías vitales y no escati-

VI

mando nunca el bálsamo de su gracia y el calor de su espiritualidad en el desfilar permanente de las horas.

Acaso por ser los humanos inclinados al juicio somero y superficial catalogábamos al amigo Doreste entre los que seguían la corriente de frivolidad que fué norma y norte (para desgracia nuestra y del mundo), de una generación, que ya está en franca huída; pero llegó un momento de tal intensidad espiritual, de tal magnitud, en el destino histórico de nuestra Patria, que tenía que ser de prueba y de medida compulsadora del valor moral de los españoles.

* * *

Estalló la guerra más honda y acaso más profunda que se ha producido a través del lienzo donde se reflejan las más grandes Cruzadas y epopeyas de la humanidad. Un pueblo consciente de sus propios destinos quería recobrar a sí mismo soldando el hilo de su propia existencia, roto villanamente por los verdugos de España, por los traficantes de la política, y por los Judas de sus propias conciencias.

* * *

¡Y surgió el hombre! La llama del fuego que anidaba en un corazón que había demostrado siempre sus virtudes cívicas y ciudadanas a través de toda una historia de elegante frivolidad, prendió en la voluntad y en la conciencia, y este hombre, maduro ya, cuya obra tengo el honor de prologar, comprendiendo la gravedad del momento histórico en que vivimos, recobró el rigor de los años mozos y tomó el fusil como un simple soldado, para ofrendar todo su esfuerzo y rendirselo a la madre escarnecida y doliente, a la gran madre, a la Patria.

Lo que hizo en los vastos campos donde se debate el gran problema cuya solución se anuncia ya como una aurora de redención, es el contenido de las páginas que a continuación desbrozará el lector. El libro constituye un ensayo valiosísimo de carácter anecdótico, con galanura de estilo ameno e interesante. No es un libro temático ni

técnico, pero contiene enseñanzas y agrada al espíritu que fácilmente se adentra en sus páginas, siguiendo el curso de los acontecimientos que se simultanean necesariamente con el bálsamo sano de la hilaridad.

Pero no es un libro frívolo, substancialmente frívolo, apenas se inicia en muchos de sus relatos y marginando la hojarasca se penetra en la médula del pensamiento del autor.

Y no es extraño que así suceda porque muchas veces el humorista viste o adorna el hecho o la anécdota que describe con galas de externa caricatura, que sirven sólo para enjugar el propio llanto interior.

En suma se trata de un libro que tiene el mérito de la sencillez y el valor de la sinceridad, pues es un libro vivido por su autor.

Y nada más, que ya para prólogo basta, y máxime teniendo en cuenta que no suelen por regla general leerse los proemios. Un abrazo cordial y efusivo al amigo Doreste y mi deseo (que habrá de trocarse en realidad), de un triunfo sencillo, sin aspavientos, que corra parejas con la psicología del autor y sea además algo así como el premio a las desazones y al esfuerzo que siempre produce todo parto.

Ramón González de Mesa.



5 septiembre 1936

I

Hasta ahora no he podido explicarme, de manera categórica, que fué lo que me convirtió a mí, el hombre más pacífico de Canarias, en el más terrible de los guerreros. En el hombre sin tacha y sin miedo ¿Sería a impulsos de la indignación que me produjo el asesinato de Calvo Sotelo? ¿Intervendría en mi ánimo el noble gesto del General Franco? ¿Me arrastaría a ello mi sentimiento patriótico puesto en ebullición con la conducta de los mandarines del Frente Popular? No lo sé. Seguramente todo ésto influyó para que, de la noche a la mañana, como vulgarmente se suele decir, me transformara, de plumífero sin importancia, en hombre de armas tomar.

Durante algún tiempo mantuve en secreto mis propósitos guerreros. No quise darlos a la publicidad, hasta llegado el momento oportuno, para evitar bromas de mis amigos, a los que, estaba seguro, les vendría muy cuesta arriba creer que yo, nada menos que Prudencio Dorreste, hubiese tomado en serio tan seria resolución. Además, reverenciaba como algo sublime, aquel sentimiento patriótico que se había apoderado de mí y me hubiese mortificado, en extremo, cualquier chacota a su costa.

De esta manera pasé los días y las noches—en no pocas de éstas soñé con la gloria y me ví en el pedestal de los héroes con gesto feroz y fusil humeante—hasta el 5 de septiembre en que, previas las gestiones necesarias, me encontré vestido con el honroso uniforme de falangista. ¡Qué bello me pareció entonces el azul de mi camisa!

El día 5 de septiembre de 1936 será para mí el día más grande de mi existencia. El fué el que me trajo la realidad de una nueva vida con afaes de ser útil a mi Patria; el que engendró, en mi persona, un alto espíritu de sacrificio, de hombría de bien en favor de todo lo que representa historia, tradición y valores espirituales de mi raza. Además, lector amigo, fué el primero de mi vida en que me levanté a las cinco de la mañana porque a las seis había que estar en el Paseo de Chile. Esto representó, ni más ni menos, romper brutalmente con la tradicional enemiga que sentía por el “madrugón”.

A mi llegada, los ojos de aquellos que iban a ser mis compañeros de expedición, que hasta entonces sólo se habían entreabierto a duras penas por pesar sobre sus párpados unas cuantas horas de sueño, adquirieron amplitud y fijeza de asombro. ¿Qué pasará?—pensé, escamado, ante aquellas miradas puestas en mí, al mismo tiempo que giraba la vista en mi rededor para ver de descubrir la causa. ¡Ah, vamos, es que he dado el golpe con mi marcialidad!—deduje al comprender que se trataba de mi persona. ¡Claro—seguí razonando interiormente—es que, envuelta, hasta ahora, en la vulgaridad de una chaqueta, no había sido descubierta! Pero, no tardé en convencerme de que toda aquella contemplación, idiotizada, no tenía nada que ver con mi marcialidad, de la que yo me mostraba tan orgulloso. Era, sencillamente, consecuencia del asombro que producía verme entre los que en aquel día marcharían a romperse el pecho peleando contra los bárbaros rojos. Como todos tenían la presunción de conocerme, consideraban mi

conduela como la cosa más inverosímil del mundo. Me concebían con una botella de whisky en la mano, pero, de ninguna manera, con un fusil. Sin embargo tuvieron que convencerse de que el corazón de cada hombre es un arcano. Y, más arcano aún, el mío.

Me incorporé a mi pelotón y empecé los ejercicios preliminares que eran necesarios para adquirir, aunque fuera una pequeña preparación militar. Una ligera lluvia se complacía en humedecernos. Mis compañeros protestaban como si algo fueran a conseguir con eso. Yo, sin embargo, sentía regocijo: algo así como la ingénuu alegría que siente el niño cuando le ponen zapatos nuevos. ¡Qué bueno está esto como entrenamiento ahora que vamos a marchar a la Península donde llueve tanto!— recuerdo que pensé. ¡Claro, que al cabo de los días, cuando pude apreciar sobre mis hombros la calidad y cantidad de la lluvia peninsular, me convencí que de nada podía haber servido aquel entrenamiento!

Estaba visto que el día 5 de septiembre iba a ser un día completo de gran ajeteo. A las cuatro de la tarde nos llevaron a la Alameda de Colón y allí nos tuvieron de Gran Parada hasta las ocho de la noche. ¡Qué de felicitaciones en esas cuatro horas! ¡Todo el mundo se discutía el derecho a abrazarme y estrujarme! ¡No me olvidaré nunca de aquellas palmadas en los homoplatos que parecían disparadas por una catapulta! ¡Terminé mojado y maltrecho! ¡En aquellos momentos, a todo podía tener semejanza menos al bizarro guerrero que yo pensaba encarnar! ¡Son los inconvenientes de la popularidad!

Después, hora y media más tarde, partiendo de la Plaza de Santa Ana, desfilamos por la ciudad con dirección al Puerto. Allí nos esperaba el "Dómine" para transportarnos... ¿a dónde? Nadie lo sabía. Era incógnita que no estaría despejada, para nosotros, hasta después de haber recorrido muchas millas de mar. Además, poco nos preocupaba nuestro destino en aquellos mo-

mentos en que, miles y miles de nuestros paisanos, nos tributaban una despedida apoteósica.

Fuimos llegando a bordo por grupos. La gente, en su entusiasmo, nos separaba y nos retenía obligándonos a inauditos esfuerzos para desprendernos y alcanzar la meta. ¡Qué de caras de mujer bonita ví, casi rozando la mía, en aquel constante forcejeo! ¡Tenían ojos tan acariciadores! Estoy seguro que, de no haber tirado de mí el deber en aquel momento, no hubiera pisado la escala del barco. Pero, a pesar de eso, lo que no podré olvidar mientras viva es aquella clamorosa ovación que me tributó el inmenso gentío que ocupaba el muelle, cuando subí por la pasarela del barco. Mi nombre, pronunciado a voz en cuello, por tantos miles de gargantas, debió llegar á la Península. ¡Sólo así se comprende que, más tarde, a mi paso por cada pueblo, la gente me mirase como a un viejo conocido! ¡Son las ventajas de la popularidad!





CINCUENTA HORAS A BORDO DEL "DOMINE"

II

Nunca fui buen marino. Ni siquiera regular. Pero, al alejarnos de la Isleta, mi callidad marinera se hizo francamente mala. Con un mar tranquilo, como el que llevábamos, todo daba vueltas a mi alrededor. Mi cabeza parecía no estar nunca en su sitio. Por más esfuerzos que hacía, para traerla a la tranquilidad, no lo conseguía. Todo resultaba inútil. Y, es que, parecía complacerse en no hacerme caso. Unas veces para arriba y y otras para abajo, me traía la duda de si mi cuerpo conservaba o no una posición correcta. ¡Hubo momento en que la llegué a distinguir enfrente de mí, haciéndome muecas y enseñándome la lengua! ¡Creí que llegaría a abandonarme para siempre! ¡Qué fatigas más terribles pasé, lector! Menos mal que, lo que no pudo mi voluntad, lo logró un sueño reparador de unas cuantas horas. Después, ya tranquilo, he pensado que, quizás de las travesuras de mi cabeza, no tuvieran tanta culpa mis mediocres facultades marineras como las muchas... emociones de aquel día.

Pasadas unas horas de navegación vino el amanecer que nos trajo estampas más variadas. Sobre cubierta se encontraba una buena parte de mis compañeros, unos dormidos y otros amodorrados, a quienes, la luz in-

decisa de la aurora, reflejaba en sus rostros medias tintas de tonos verdosos que los convertían en seres extraños y desagradables. Parecían gentes enfermas de miedo. Sin embargo, dudo que nadie pueda acaparar mayor optimismo y alegría que cada uno de nosotros en aquella ocasión. El que más y el que menos pensaba en el regreso, con la corona de la gloria debajo del brazo, y en la cara de la madre o de la novia, cuando, como homenaje, depositara a sus plantas, el trofeo conquistado.

Proseguía su ruta el "Dómine" indiferente a todo peligro. Su proa, al cortar la superficie del mar, parecía gigantesco bisturí en manos de cirujano experto. Por prudencia había adoptado un disfraz que lo hacía muy diferente al "Dómine", conocido por los canarios en sus regulares arribadas a las islas. Su chimenea, pintada de negro, le daba aspecto de paquebot francés.

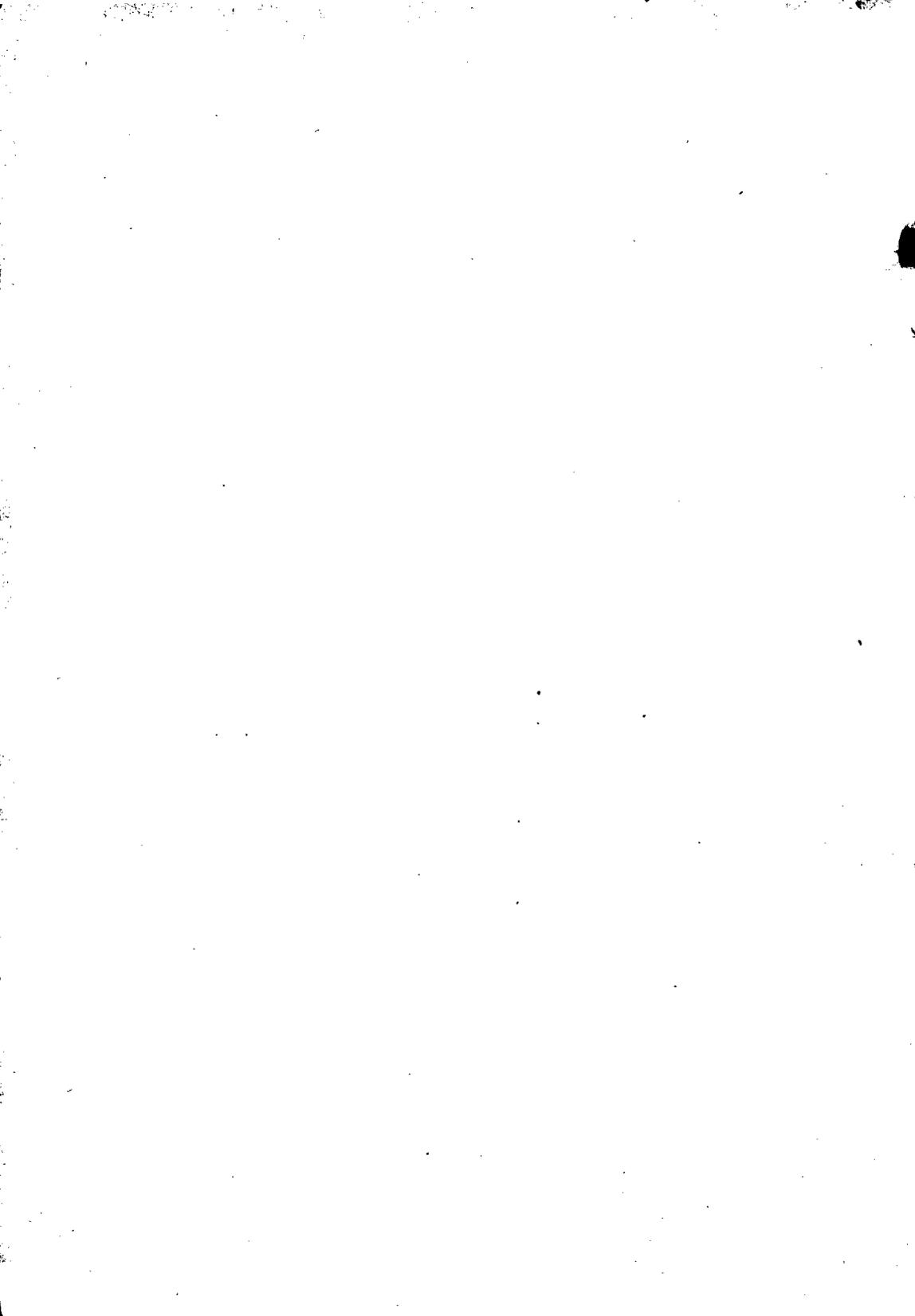
Además, se habían tomado otras precauciones. A bordo, durante la noche, ni se hacía luz, ni siquiera se fumaba. Se advirtieron graves penas para los contraventores. A pesar de las prudentes medidas por dos veces fuimos perseguidos por barcos rojos, pero los "pulmones" del muestro y la pericia del capitán, vencieron en la carrera.

El día 8 a las dos de la madrugada, llegamos a la ría de Vigo. Un suspiro, lanzado al unísono por seiscientos pechos, fué el mejor exponente de nuestra satisfacción. Y, se comprende, porque, las persecuciones de que habíamos sido objeto nos traían algo preocupados. ¡Cómo que muchos no sabíamos nadar! ¡Además; el agua estaba tan fría!

Teniendo en cuenta el día—¡8 de septiembre!—no dudé en proponer la celebración, sobre cubierta, de una misa de gracias a Nuestra Señora del Pino. ¡A la Santa más canaria de todas las Santas! Fué aceptada mi propuesta y se celebró la misa con la asistencia de los seiscientos hombres que íbamos a bordo, que la oyeron con

todo fervor y recogimiento. La misa se celebró el día 9 estando el barco anclado en la Ría de Vigo y con la asistencia de todas las autoridades de la población.







VIGO, LA HOSPITALARIA

III

La ría de Vigo es lo primero que admira el navegante cuando se acerca, pausadamente, a los muelles de la ciudad. Sus verdes y bellas riberas forman preciosos cuadros naturales que son a modo de muestrario de los paisajes gallegos. Continuadas praderas, verdes en todos los matices, siempre con una casita, solitaria e interesante, en el lugar más adecuado para cortar toda monotonía y para dar sensación de vida y hogar. Así es el paisaje galaico, tan sincero, que permite adivinar al visitante primerizo, que, tras los muros de cada hogar, se esconde la "mujeruca" que, como pocas, sabe templan las fibras del sentimiento y del espíritu.

La mujer gallega es triste. Su rostro, bello y atractivo generalmente, se vé empañado por esa tristeza dulce y suave de las nostalgias. Y es que la mujer gallega está condenada a arrastrar un triste sino: el de esperar toda la vida a que le llegue la hora de la felicidad. Ella, no la concibe sino en el hogar con su hombre, pero, el hombre de Galicia, si se dedica a las faenas del campo, llega un día en que, acuciado por su espíritu irreductible de trotamundos, sin más impedimento que una pequeña maleta, sin despedidas aparatosas, co-

me algo decidido por el destino que no se puede torcer ni variar, toma un barco y se vá a lejanas tierras en busca de fortuna. La mujer, que a fuerza de repetida conoce bien la historia, triste y callada, lo deja marchar convencida de que lo estará esprando toda la vida. Son tan pocas las excepciones! Pero, si por el contrario, el hombre es de los que trabajan en el mar—la otra actividad a que se dedica el gallego—no es probable que emigre por propia voluntad, pero, también un día, la terrible galerna se encargará de alejarlo de los brazos femeninos que, no obstante, con honda resignación, inutilmente, esperarán su regreso para emplearse con toda la fuerza que dá el carño.

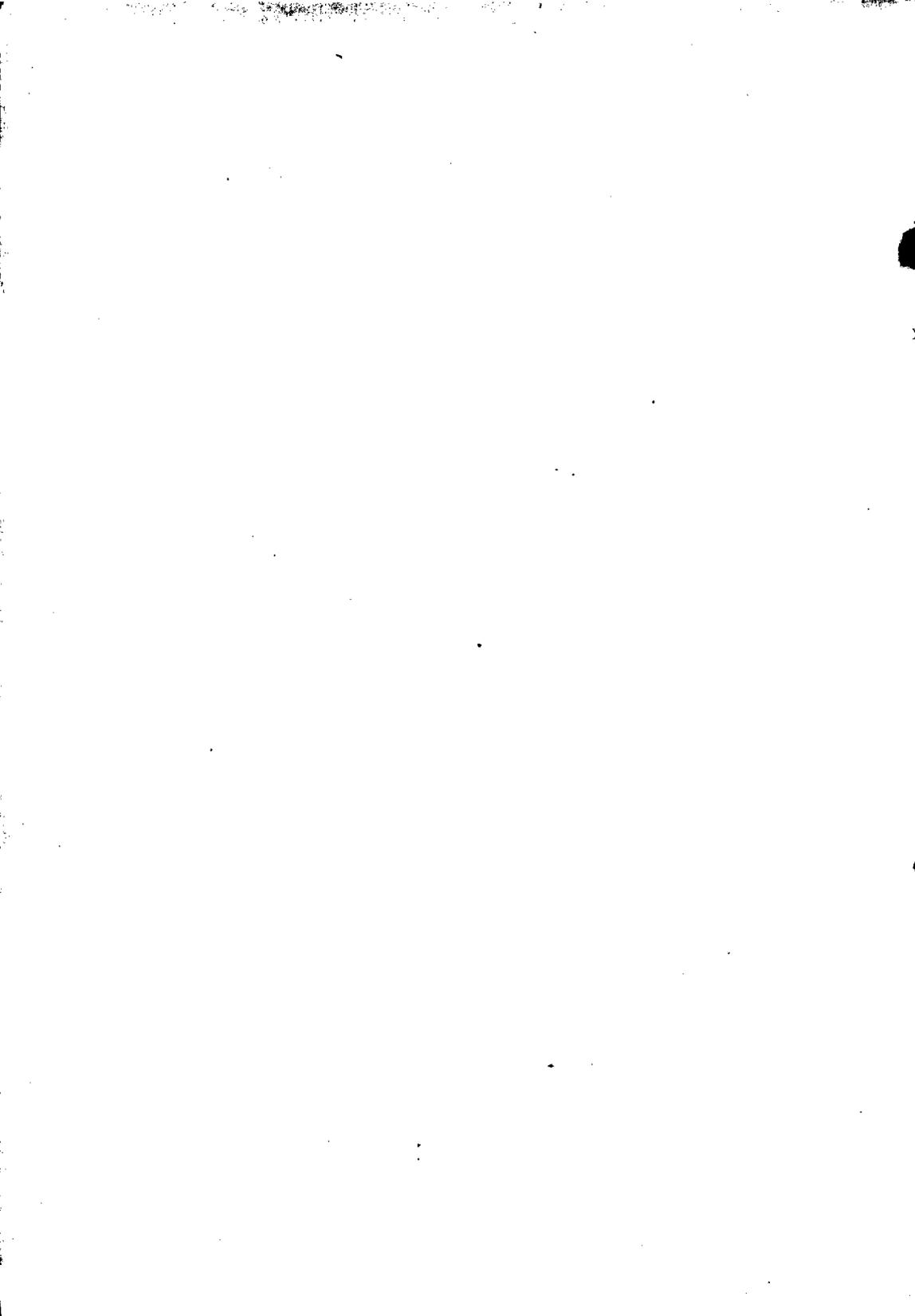
Cuando atracamos al muelle de Vigo una compacta multitud nos esperaba. El Gobernador Militar, en un vibrante discurso, nos arengó. Nos dijo, entre otras cosas, que después de Regulares y Tercio, nosotros éramos la primera fuerza que llegaba a la Península para defender a España.

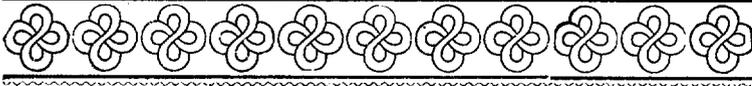
Si emocionante fué el recibimiento, más emocionante fué, aún, la despedida. Su recuerdo perdurará en mí durante toda mi existencia. Un gentío inmenso formado por todas las clases sociales de Vigo, cubrió la carrera por donde nosotros teníamos que desfilar para ir a la Estación. A nuestro paso, nos tiraban flores, nos abrazaban y nos besaban. Las bellas galleguitas gritaban hasta enronquecer: ¡Vivan los valientes de Gran Canaria! Mucha gente lloraba de emoción. ¡Hasta yo lloré también! Ahora, que fué de rabia al tener que quedarme de guardia en la cala del barco, por causa de unas grietas—¡malditas grietas!—que se me abrieron en los piés y no me dejaban andar. ¡Mal rato pasé contemplando lo mucho que se repartía y que a mí no llegaba!

Dos horas estuvimos en la Estación de Vigo esperando la salida del tren que nos debía conducir a Cáceres. Durante esas dos horas, el público que nos había seguido, esperó a pié firme para tributarnos la última y

más cariñosa, si cabe, ovación. Por fin, el tren especial de Galicia, que parece estar siempre esperando la orden del Jefe de Estación para acelerar, se puso en marcha y fué borrando, muy poquito a poco, la visión grata de muchas caras bonitas para dejarnos por último a solas con nuestros recuerdos. Eran las once de la noche cuando nuestro tren partió para Cáceres.







DE VIGO A CACERES, 48 HORAS

IV

Siempre ocurre que, cuando nos alejamos de un lugar que nos ha sido grato, sin idea de posible regreso, la "morriña"—como dicen precisamente los gallegos—, se apodera de nosotros. Indiferentes a todo, nos reconcentramos en el recuerdo. Esto ocurrió a los setecientos canarios de la expedición, cuando abandonamos Vigo. Quedamos ausentes de la realidad y de cuanto nos rodeaba. Sólo teníamos grabado en la imaginación el panorama de las pocas, pero felices horas pasadas en la ciudad gallega. ¡El de tantas caras bonitas de mujer!

Pero, está visto que el hombre no puede vivir sólo de recuerdos. Necesita algo más para las atenciones del cuerpo. Por ejemplo: sardinas y pan. Y eso fué precisamente lo que le dimos a nuestros estómagos cuando empezaron a reclamar del abandono en que los teníamos. Y, caso curioso, se quedaron tan conformes y satisfechos. ¡Cómo si se hubiese dejado olvidada la maldita dispepsia!

Mientras tanto, el tren, al paso de un burro enfermo, seguía trepando cuevas y cortando desfiladeros. La noche, extraordinariamente oscura, nos cerraba ya la vista al paisaje. Cada cual, poco a poco, cansado del

ajetreo del día. fué buscando acomodo, con escasas probabilidades de éxito, en aquel hacinamiento de hombres que formábamos. Parecíamos, al débil reflejo de la lámpara del techo, un montón de sacos. Los chirridos y el traqueteo del tren en marcha, formaban música desagradable y ensordecedora. Sin embargo, de vez en cuando, aquella orquesta, parecía complacerse en callar para que nuestros oídos fueran acariciados por el formidable roncido de algún compañero o por el golpe que en el suelo diera al car, con la cabeza o con el codo, alguno de aquellos sacos humanos mal colocados. ¡Nunca recuerdo haber pasado noche de juerga más antipática! Por fin amaneció. Desde la ventanilla pude observar como, poco a poco, conforme se fué haciendo la luz, se fueron destacando los detalles de la campiña. Agua, mucha agua, frondosidad, montañas pardas y verdes praderas, formaban el todo de los campos de Galicia y León.

Después de haber dejado muchas estaciones a nuestra espalda, entre ellas la de Zamora, cuya ciudad, a distancia, tiene cierto parecido con la de Telde, llegamos a Astorga con un hambre feroz. Menos mal que el Comandante Militar de aquella plaza tuvo el buen acuerdo de invitarnos a un suculento desayuno. Huevos duros, las ricas mantecadas de Astorga y un formidable "vinazo". Todo lo devoramos en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando llegó la hora de seguir el viaje casi todas las chicas guapas de Astorga—las feas se quedaron en casa—acudieron a la estación a despedirnos. Entre ellas, más de treinta falangistas. ¡Qué de cosas les dijimos! ¡Qué de piropos! Claro es que se lo merecían. Por cierto que una, con cara de demonio tentador, se dirigió a mí, muy decidida, y me dijo:

—¿Y ¿ahora, dónde vas, precioso?

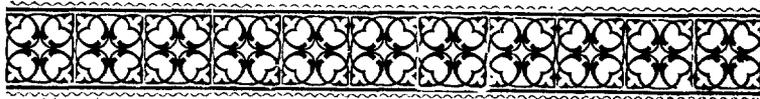
—¡A jugar al "tennis", rica! ¿Vienes?—le contesté en cuanto pude recuperarme de la emoción. Pero, desgraciadamente, no se decidió. Me replicó, con cara pi-

carezca, que nunca había tenido en sus manos una raqueta y que prefería no quedar en ridículo ante mis ojos. ¡La verdad, lo sentí!

Llegamos a Salamanca. La gente, desde el andén de la estación, me tomó por un "moro" auténtico. Hasta tal extremo que trataron de hablarme en árabe y todo. Y es que, impulsado por la curiosidad, durante todo el viaje y para no perder detalle, había permanecido asomado a la ventanilla y, claro está, el humo y la carbonilla que despedía la máquina, me habían dejado el rostro de negro retinto. ¡Debía de estar muy simpático, puesto que todo el mundo me miraba y se reía!

Una hora estuvimos en la estación sin apearnos. Berridos, cantos y bailes fué la tónica de los sesenta minutos. Por fin, el convoy se puso en marcha para llegar a Cáceres a las cinco y media de la madrugada.





CACERES: CUARTEL GENERAL DEL GENERALISIMO

V

Cáceres, la "Castra Gaecilia" de los romanos, la ciudad de aspecto medioeval, de calles estrechas, sembradas de torres y palacios, era, en aquel entonces, residencia del Cuartel General del Generalísimo. Su aspecto era tranquilo como si días antes nada hubiese ocurrido. Como si no hubiera sido en Cáceres donde tan duro castigo se le infligió a las hordas rojas.

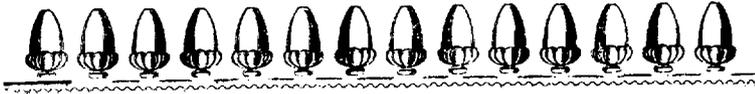
Cuando llegamos nos dieron, a cada uno, cinco pesetas para almorzar. El duro fué acogido con muestras de gran entusiasmo y regocijo. Todos prometimos dárnos, a su costa, un formidable banquete. Pero, bien dice el refrán: "El hombre propone y Dios dispone". Y, así ocurrió que, el proyecto de gran banquetazo, en muchos casos, se fué por tierra. Uno de éstos casos fué el mío. Todo por culpa de las tabernas de Cáceres. Pero, señores, es que tenían un vino tan apetitoso, que parecía gritar a nuestro paso, desde el fondo de las pipas: ¡Idiotas! ¿No comprendéis lo rico que estoy? Y, claro, lo que pasa, me picó la curiosidad y quise comprobar si era cierto. Y, lo comprobé, pero cuando vine a echar cuentas del efectivo disponible para el banquete en proyecto, me encontré sólo con una "perra" grande y otra chica.

Menos mal que, la población de Cáceres, a fuerza de convites, subsanó la mala partida que nos había jugado el vino. Sólo el lunch que nos dieron en el Casino de la Concordia, fué suficiente para matar el hambre que se había apoderado de nosotros. ¡Cómo que nos atracamos de dulces! Allí, nuevamente, nos volvieron a felicitar por ser la primera fuerza que llegaba a la Península después de Regulares y Legionarios. Durante nuestra estancia en la ciudad, ésta se vistió de día de fiesta. Las chicas, alegres y cascabeleras, como si no hubieran sufrido el yugo marxista, se echaron a la calle para alegrarnos durante el tiempo que fuéramos sus huéspedes. ¡Y lo consiguieron a satisfacción!

A las nueve de la noche y cuando más animados estábamos, nos mandaron a la escuela situada en uno de los barrios extremos. En ella y sobre un montón de paja, teníamos que pasar la noche. ¡Me entró un mal humor terrible! ¡Pensar que en los años ya lejanos de mi niñez fuera ese el castigo con que me amenazaba el maestro cuando no me sabía la lección, el de dejarme por la noche en la escuela con las ratas, y que al cabo del tiempo, ya con los huesos duros, se viniera a cumplir el castigo, fué cosa que me puso a mal traer! ¡Gracias a que el sueño me rindió pronto!

El toque de diana fué el encargado de cortar nuestro sueño que, aún, a las seis de la mañana, era tan profundo como una hora después de acostarnos. Rápidamente, como se hacen todas las cosas en el cuartel, nos levantamos y nos preparamos para continuar nuestra marcha hacia Talavera de la Reina. En el Círculo Mercantil nos sirvieron un opíparo desayuno. Poco después el tren nos conducía hácia nuestro nuevo destino.





¿QUIEN DIJO MIEDO?

VI

Se detiene el tren en Oropesa, la ciudad de los Condes. ¡La mía! Estamos un poco nerviosos. Nuestros ojos han venido contemplando cuadros de guerra, pero, ahora, éstos tienen características más realistas, más de momento. ¡Aviones derribados—todos eran de la canalla roja—casas destruidas y campos devastados, es cuanto llena nuestras retinas! Todo nos sobrecoge. ¡Bien se vé que somos bisoños!

Nos hacen descender del tren y alguien nos arenga. ¡Vamos a entrar en fuego y es necesario demostrar hasta dónde saben llegar los canarios! Nos dice: ¡Muchachos, no hay que temerle a la muerte cuando se lucha por la Patria y por el honor de dos nuestros! Y añade: ¡No obstante, si alguien tiene miedo que lo diga para devolverlo a su tierra! Pensamos en nuestros familiares. En los días risueños de nuestras islas. En los ratos alegres y amargos que en ellas pasamos. En toda nuestra vida, desde niños. En las caricias de nuestras madres. En las promesas solemnes de nuestras novias encariñadas... Y, en el torbellino de mis recuerdos, yo me detengo en algo que, a pesar de su trivialidad, me llena de complacencia, de dulce nostalgia. Vié a mi imaginación con paso de cosa grata, y sólo se refiere a la escena que, en una noche de buen humor, representamos varios amigos, en la playa, a la luz de la Luna. ¡Ingenuidad alcohó-

lica! Apostamos una botella de "whisky" para el que le hiciera la mejor declaración amorosa al astro de los románticos. Creo que salimos victoriosos todos porque, cada uno se encontró, al final, con el premio en la mano. ¡Formidable juerga la de aquella noche! ¡Ratos felices del pasado! Al llegar a este punto de mi pensamiento un suspiro me vuelve a la realidad. Observo que todos estamos suspensos aunque si a todos les ocurre lo que a mí, el corazón nos late con fuerza. Pero, a pesar de todo y del nudo que tenemos en la garganta, ni uno sólo hace el más insignificante gesto que pueda interpretarse por temor o duda. La decisión se refleja en nuestros rostros. ¡Indudablemente somos unos valientes!

Seguimos la marcha hacia Talavera de la Reina y la visión de la guerra, de la guerra en su propia salsa, se hace cada vez más patente. Ya no solo vemos destrucción, sino que oímos los cañonazos a muy poca distancia. Son las seis de la tarde, ya obscurecido, cuando llegamos al pueblo. ¡Ni una sólo luz que nos pueda servir de guía! Nos llevan directamente a un convento convertido provisionalmente en cuartel. Antes, lo había sido de los rojos. ¡Bien se notan las huellas de su paso! En la capilla, los santos, unos mutilados y otros decapitados, ruedan por el suelo.

Pronto comprendimos que aquel cuartel no era un cuartel como otros. Entre las muchas cosas que le faltaban, para poder gozar de una relativa comodidad, estaban las camas. Tuvimos que sustituirlas con los mosaicos del piso. De almohada nos sirvió, a la perfección, el maletín que cada uno llevaba. Pero, dió lugar a que cada mañana, de los diez y siete días que estuvimos allí, nos levantáramos, entre las risas de todos, como si fuéramos gallos tocados de cuello.





"CABARET ELDORADO"

VII

El Jefe de nuestra Falange demostró su consideración hacia mí, poniendo a mi servicio un ordenanza. Fué éste Manuel Perera, que prometió solemnemente no separarse de mí y salvarme en caso de peligro. ¡Era buen chico y no me dejaba nunca sólo!

Al principio de estar en Talavera de la Reina, las cosas se pusieron desagradables. Desagradables, en el sentido de que se nos prohibió la salida del cuartel. Pero esto no fué lo peor, sino que se declaró la ley seca. Ni había cantina allí dentro, ni nadie tenía vestigios de cosa bebestible que no fuera agua. ¡Claro que el agua no interesaba! Sólo los cocineros podían disponer de algún vino para el condimento de la comida, pero eran tan listos, lo cuidaban tan bien, que ni una sola vez pudimos engañarlos. La situación se hizo insostenible. Sin embargo, durante cinco días la soportamos. ¡Estoy seguro que, de haber continuado, no hubiese sido yo sólo el que hubiera muerto de rabia!

Fué "mi asistente" el encargado de resolver tan grave problema. Pero, lo más original del caso fué; que la resolución, se debió a pura casualidad. Un día, Perera, cuando más desesperados estábamos, saltó la tapia del cuartel y fué a caer en un huerto donde había una parral cargada de uvas. Al instante, por lo visto, recordó las estampas del Dios Baco y decidió sacar provecho de los

hermosos racimos que tenía al alcance de la mano. Ni corto ni perezoso empezó a cortar los más grandes con la idea, naturalmente, de cargar con ellos. Pero, no contó con la huéspedea y cuando más entretenido se encontraba en tan importante operación, se presentó la dueña con cara de mal talante.

—¿Se puede saber cuánto tiempo hace que practica usted este negocio?—le preguntó con cierta sorna.

Poco faltó para que Perera, abandonando los racimos, saliera huyendo como chiquillo travieso. Pudo recuperarse, sin embargo. ¡No hay nada como encontrarse delante de una chica guapa para perder el miedo! Y, ya más sereno, decidió ponerse a la altura de las circunstancias.

—Pues verá usted, pimpollo, no ha sido poco. Todo el que se necesita para encontrar una chica tan guapa como usted, dispuesta a llevarlo a uno por el buen camino. Porque yo estoy seguro que, de ahora en adelante, usted me llevará por la senda de los buenos. ¿No es cierto, preciosa?

Y, así fué, efectivamente. Y digo que así fué, porque desde aquel día, la vecinita y Perera, quedaron hechos novios. Desde aquel también, nuestra Peña Bélica, como la llamábamos nosotros, compuesta por Frasco Bravo, Benito de la Concha, Antonio Suárez Ponce, Agustín Bravo, José Hernández Naranjo, “mi asistente” y yo, no carecimos de nada. Teníamos para remojar nuestras reseca gargantas y llenar nuestros exigentes estómagos. Todos los días, Perera, previo el salto de tapiá correspondiente, venía cargado de jamón, chorizos, pimientos morrones, vino—¡pero qué vino!—y otras muchas cosas que la novia le daba para que se tratara bien. Con todo aquello nos íbamos al “Cabaret Eldorado”... ¡Oh, perdón, lector, no te había explicado! El “Cabaret Eldorado”, bautizado por nosotros, era un muladar que había allí mismo en el cuartel, al que acudíamos para celebrar ocultos nuestras “bestiales” juergas. En él había unas

cuantas burras muy simpáticas. ¡Mucho más que no pocas de las tanguistas con que me he tropezado en mis correrías!

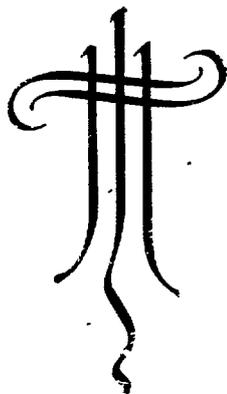
Para estar más en ambiente a cada una le pusimos un nombre adecuado. Las tales, formaban un conjunto muy atractivo. Con ellas pasamos tardes deliciosas. Al principio de cada juerga las tratábamos con cómica galantería. Las invitábamos a bailar haciendo inclinaciones versallescas. Hubo quien de nosotros—reservo el nombre para que no se avergüence—en un momento de entusiasmo, besó a su compañera en el hocico. Había que ver lo inteligente que eran aquellas jóvenes burras. ¡Parecían comprender el papel que estaban desempeñando! ¡Cómo que coqueteaban y todo! Un día me molestó la mar porque sorprendí a la mía, a Carmuchi, “picándole el ojo” a Frasco Bravo. ¡En un triz estuvo que no perdiéramos las amistades!

Claro está que, cuando los vapores del vino se nos subían a la cabeza, las cosas cambiaban mucho. Nos volvíamos hasta groseros. Ya no tratábamos a nuestras compañeras galantemente, como al principio. Las tratábamos a la patada. Naturalmente, no todas se conformaban con aquella desconsideración. Carmunchi, por ejemplo, llegado el caso, en vez de tirarme alguna botella a la cabeza, como hubiese hecho cualquier vulgar tanguista, prefería ponerse a tono conmigo y soltarme un par de coces. Por cierto que, un día que no anduve listo, me alcanzó en una espinilla y me tuvo cuatro días sin poder dar un paso. ¡Sin embargo, continuamos siendo buenos amigos!

Pero está visto que la felicidad nunca puede ser eterna. ¡Porque, lector, sabrás que nosotros éramos muy felices con el jamón, los chorizos, los pimientos morrones y el “vinazo” de la novia de Perera, y con nuestras amigas las burras! Pero un mal día se terminó todo. Nuestros jefes que andaban de coronilla por averiguar dónde nosotros, sin salir del cuartel, podíamos coger tan mo-

numerales "papalinas", por fin nos sorprendieron en plena orgía. ¡Fué una verdadera catástrofe!

Desde aquel momento quedó clausurado el cabaret, las "tanguistas" despedidas, y nosotros sometidos en castigo a guardia permanente.





NIEVES LA TABERNERA Y PACO EL ZAPATERO

VIII

¡No hay nada como ser bueno para que las cosas se le pongan a uno bien! Debido a esta condición mía, la de ser bueno, las puertas del cuartel seme abrieron incondicionalmente. Además, el estar siempre dispuesto para todo servicio extraordinario, me granjeó la confianza de los jefes que me dieron cierta libertad. Por otro lado, la vida guerrera del pueblo había tomado un aspecto más activo. Todas las mañanas nos despertaba el zumbido de los aviones rojos que venían a bombardear. Al principio, a qué negarlo, sentimos miedo; después, ya acostumbrados, nos burlábamos de ellos, llamándoles "los despertadores". ¡Ni caso les hacíamos!

Talavera de la Reina es ciudad monumental y de rancho abolenço. Su principal industria es la de la cerámica. Sus habitantes son de carácter abierto y simpático. Entre ellos no tarda, el visitante, en adquirir buenas amistades. Mi primera amistad, en Talavera de la Reina, fué Nieves la Tabernera. Hermosa y simpática jóven de veintitrés años. La conocí detrás del mostrador de su taberna y desde aquel día, nos unió una sincera simpatía. Me pasaba las horas muertas en el establecimiento sin que élla mostrara cansancio. Al contrario, sus atenciones hacia mí eran constantes. Yo, por mi parte, correspondía a éllas llevándoles muy buenos clientes. También, a veces, le hacía algún pequeño regalo que

agradecía. Un pañuelo de seda o un frasco de perfume eran más que suficientes para despertar su emoción. Así llegó a sentir una verdadera debilidad por mí. ¡En el buen sentido de la palabra, naturalmente, porque era muy honrada! Esto dió lugar a que, todas las mañanas, antes de salir del cuartel, recibiera de élla, a modo de desayuno, un cesto lleno de sandía, melón, uvas, higos... Toda fruta fresquita. ¡Quién la “pescara” ahora! En aquella ocasión tuve suerte. Frente a la taberna de Nieves estaba la cocina de La Legión y los cocineros, buenos chicos, amigos todos, intercambiaban conmigo, el mejor pollo, por sendos vasos de vino. ¡Nos dábamos cada banquetazo mi amiga y yo!...

No fué la de Nieves la única amistad que tuve en Talavera. Tuve otra, también formidable. La de Paco Cabeza, presidente del gremio de Baco en el pueblo, y zapatero de profesión aunque poco profesaba. Este, después, me presentó a sus más incondicionales acólitos. ¡Pasé unos días inolvidables! ¡Cómo que, de un baile saltábamos a otro, y de una juerga a otra juerga! ¡Qué disposición la de Paco el Zapatero para estos menesteres!

Sin embargo, yo que simpatiqué con todo el mundo, no pude con la mujer de Paco. Comprendía que me miraba de mala manera y rehuía los encuentros con élla. ¡A lo mejor es que llegó a suponer que yo fuera la causa de que su marido no echara ni unas malas medias suelas durante la semana! Si fué así, sufrió un grave error, porque, más inocente que yo, en este asunto, nadie. Un día, en que no pude evitar su encuentro, por más esfuerzos que hice, encarándose conmigo, me dijo, con retintín de pécora:

—Oiga, canario, ¿cuándo se marcha para el frente?

—Pues... verá usted, señora—le contesté algo desconcertado—aún llueve mucho y con tanta agua no se puede dar un paso.

—¿Agua, dice usted? ¡Dirá, con tanto vino! Y sin más, hizo un gesto despectivo y me volvió la espalda.

Sentí el incidente y mucho más por Paco que, al otro día, apareció, todo receloso, y con un terrible moretón en la cara, que parecía dibujar una horma del cuarenta y dos. Aunque nada dijo, debía de estar bastante enfermo porque, por más que insistí, no quiso probar ni una sóla gota de vino. Aquello, seguramente, me trajo mala suerte porque, al día siguiente, el jefe de Falange, me dijo que ya era bastante turismo y que me preparara para ir con la Centuria que marchaba a tomar el pueblo de Otero. Con sentimiento me despedí de Nieves la Tabernera y de Paco. Este último me vino a decir adiós con una terrible borrachera. Presumo que antes de salir de su casa dejaría las hormas de los zapatos fuera del alcance de la mano de su mujer.







BROMAS PESADAS DE LA GUERRA

IX

Salimos de Talavera de la Reina a las cuatro de la madrugada. La fuerza se componía de una centuria y hacía viaje en camioneta. A pesar de que, con constancia, oíamos tronar el cañón y el tableteo de las ametralladoras, íbamos optimistas y confiados. ¡Es que ya estábamos hechos al ambiente!

Cuando empezó a aclarar fuimos distinguiendo el paisaje. Paisaje de guerra, naturalmente: de desolación y tristeza. Camiones y automóviles abandonados, tanques destrozados y cadáveres, muchos cadáveres de milicianos comunistas que las fuerzas rojas, en su desordenada huida de hacía pocas horas, no habían tenido tiempo de retirar. Eso era todo lo que podían recoger nuestras retinas. ¡Espectáculo macabro que ya no nos impresionaba por habernos habituado a él!

Llevábamos recorridos una buena parte de los treinta kilómetros que separaban a Talavera de la Reina de Otero, nuestro destino, cuando fuimos sorprendidos por unas descargas hechas contra el convoy. La confusión y el desconcierto fué enorme. Y, se explica, si se tiene en cuenta la despreocupación nuestra con respecto a la existencia de enemigos por aquellos lugares.

Rehechos de la sorpresa, unos cuantos nos parapetamos, como mejor pudimos, porque la agresión continuaba, y procuramos descubrir a los atacantes. Pronto

ocurrió ésto y entonces nuestra sorpresa fué mayor, si cabe. ¡Los que nos combatían eran legionarios y regulares! ¡Había sido una equivocación! Una broma pesada de la guerra que bien pudo dar lugar a una verdadera catástrofe, que no ocurrió por evidente milagro.

Durante un cuarto de hora y a pesar de las señales que hacíamos, aquella fuerza continuó disparando contra nosotros. ¡Fueron quince minutos de verdadera angustia! Por fin cesó el tiroteo y se nos acercó el capitán que mandaba a los que por error nos habían agredido. Se mostró apesadumbrado como era lógico. Nos dijo que ellos estaban allí para cortar la huída, hacía Santa Olalla, de fuerzas rojas y que, por habernos confundido con las mismas, había ordenado abrir el fuego.

Llegamos al pueblo de Otero sólo veintidós de los cien falangistas que habíamos salido de Talavera. Los demás, con motivo del tiroteo, se replegaron: unos, hacía Cerralbos y otros, hacía El Bravo, pueblos ambos cercanos a Otero.

En Otero, continuó para nosotros lo que ya se había convertido en nuestra pesadilla permanente. Tampoco allí nos fué posible obtener hospedaje adecuado. La mayoría fué a parar a los pajares y muladares del pueblo. A soportar todos los insectos desagradables de la Naturaleza, a respirar olores hediondos, a convivir con enormes ratas sarnosas que, por su condición antipática, parecían estar inoculadas del virus comunista.

Otero, es lo que muy bien se puede llamar pueblo sin importancia. Nada tiene que lo pueda destacar del montón. En él estuvimos varios días prestando servicio con aquellas fuerzas de Regulares y Tercio que tan a fondo se emplearon en contra nuestra. En su compañía cubríamos a diario el parapeto. En cierta ocasión nos anunciaron un ataque de los rojos. Se reforzaron las líneas y se esperó. Esperando llegó la noche; una

de esas noches calurosas de estío que, en el campo, imponen por su augusta tranquilidad. Limpia la atmósfera, las estrellas tenían refulgencia extraordinaria. La quietud era tan absoluta que sólo el estridente canto de los grillos y el monótono y grave de las ranas, alejaba de nuestro ánimo la presunción de encontrarnos en lugar sin vida. Algunos de los nuestros, quizá para alejar de su imaginación ideas poco felices, rompieron el silencio con su charla. Bien pronto se les obligó a callar por regulares y legionarios.

—¡Silencio!—ordenaron—. ¡En las trincheras no tienen puesto los parlanchines!

Y de nuevo volvió a pesar sobre nuestro ánimo aquella quietud de cementerio. De pronto, un destello vivísimo, hizo luz en la oscuridad de la noche. Densos nubarrones cubrieron el cielo en un instante. Y, una terrible tempestad de truenos, relámpagos y lluvia, se generalizó. Fué algo desconocido hasta entonces para nosotros, los canarios. Nunca creo que, con más propiedad, se haya podido emplear la expresión de “llover a cántaros”. Mientras tanto, soportando aquel diluvio, cegados y sordos por el infernal estruendo de los truenos, la nerviosidad se ha habia apoderado de nosotros ante el temor de una sorpresa. No perdíamos de vista el frente, creyendo ver, a cada momento, bajo la rápida luminaria de los relámpagos, el detalle que denunciara el avanzar cauteloso del enemigo.

Alguien a mi lado, quedamente, llamó mi atención hácia algo extraño que se divisaba. Era un bulto que se aproximaba a nuestras trincheras. Nos preparamos para hacer fuego y seguimos observando. El bulto, al avanzar, parecía querer ocultarse tras los matorrales. Nosotros, nerviosos, con la extraordinaria atención que es de suponer, seguíamos sus movimientos sin atrevernos a hacer fuego ante el temor de sembrar la alarma sin poderla justificar. Por fin, un relámpago más intenso que los demás, nos descubrió el misterio. ¡Se trataba:

de un mulo suelto. ¡La eterna víctima inocente del centinela en campaña! Decidí salvarlo. Después de advertir a mis compañeros, para evitar la confusión que me pudiera costar la vida, salté fuera de la trinchera y me dirigí hácia la acémila, bajo la lluvia torrencial. ¡La pobre parecía estar esperándome! Cuando me acerqué a élla, contenta, enderezó las orejas como si se tratara de un semejante. La cogí del ronzal, la llevé a una casa medio derruida que había allí cerca y la dejé atada bajo techo. Así nos quedamos un poco más tranquilos: el mulo y nosotros.

Una hora más tarde, en aquella noche toledana, me correspondió la ronda. Formé pareja con Benito de la Concha. Los truenos, relámpagos y lluvia continuaban con igual intensidad. Estóicamente empezamos el recorrido de los puestos. En un descampado pusimos atención a un ruido extraño que llegaba hasta nosotros. Salía de debajo de un carro abandonado. Nos acercamos y pudimos averiguar que se trataba de unos ronquidos más fuertes que la tormenta. ¡Por lo menos la vencían en sonoridad! ¿Quién sería aquel privilegiado que podía dormir en aquellas circunstancias? No tardamos en salir de dudas. Se trataba de Manuel Perera que había caído rendido después de cuarenta y ocho horas de servicio sin descanso. Por esta vez no tuvimos valor para cumplir con nuestro deber. Nos alejamos sin despertarle—cosa que hubiera resultado en extremo difícil—y al regresar de prestar el servicio nos llamamos la grave novedad de aquel compañero que había abandonado su puesto para caer en brazos de Morfeo.





PIOJERIAS, BAILES Y CONFERENCIAS

X

La campaña guerrera proporciona siempre muchas fatigas y muchos inconvenientes para una relativa comodidad. Cuando nosotros salimos de Canarias estábamos convencidos de ello, mas como había que sacrificarse, no tomamos nada de eso en consideración! La Patria lo merecía! Pero bien pronto nos dimos cuenta de que los sacrificios que habíamos considerado no tenían importancia comparados con otros que, inopinadamente, se nos presentaban.

Un día se desarrolló entre nosotros un terrible "picapica". Naturalmente, empezamos a rascarnos. ¡Pero, la picazón no se calmaba aunque nos arrancáramos la piel! ¡Estábamos desesperados!

—¡No lo decía yo!—había quien pregonaba sentenciosamente—. ¡La carne de cochino es terrible para la sangre!

—¡Hombre, vete al cuerno con tu majadería!—replícabamos malhumorados y sin dejar de rascarnos desesperadamente. ¡Con ésto nada tiene que ver la carne de cochino!

Y, efectivamente, así era. No se trataba de carne de cochino ni de cosa parecida. Se trataba, sencillamente, de que nuestros cuerpos habían sido invadidos por la piojera. El descubrimiento nos llenó de consternación. Después de muchas propuestas para combatir la plaga, op-

tamos por la de pelarnos al rape, y, caso de no conseguido, pues terminaríamos por acostumbrarnos a la compañía de aquellos "bichitos". Y así tuvo que ser y hasta tal extremo, que llegó el día en que ya, ni nos preocupaban ni nos molestaban. El convivir con ellos lo llegamos a considerar como la cosa más natural del mundo.

Otra plaga de las que nos azotó, pudiéramos decir, y que no figuraba en nuestro primitivo programa de inconveniencias, fué la falta de agua. ¡Para beber, gracias al vino! ¡Para bañarnos y asearnos, ni una gota! A veces pasaban muchos días sin que pudiéramos remojar nuestros suderosos cuerpos. Sin embargo, ni aun esto nos hizo perder el buen humor.

Por otro lado el trabajo agobiaba. Así ocurría que después de algún tiempo de trabajar sin descansar, la llegada de un día de asueto, era considerada como gran acontecimiento. Pero, aun así, a veces, sufríamos grandes desengaños. Como el del día de la paella en casa de Cármen la del Mesón. Después de prepararla meticulosamente y cuando ya nos estábamos relamiendo de gusto, vino la orden de marcha. Tuvimos que salir inmediatamente a tomar el pueblo de Domingo Pérez, a cuatro kilómetros del de Otero. ¡Ni siquiera pudimos probar el guiso! ¡Allí quedó a beneficio de tercero! Nosotros, aquel día, nos tuvimos que contentar con pan y sardinas. ¡Son jugarretas de la guerra!

Y menos mal que, en aquella ocasión, el recibimiento que nos dispensaron, en aquel pueblo, nos compensó, en parte, el sacrificio. Entramos sin disparar un tiro y entre las aclamaciones de su vecindario. Los rojos lo habían abandonado cuando se enteraron que estábamos en Otero no sin antes haber cometido asesinatos en las personas más destacadas del pueblo.

Después de Domingo Pérez, continuamos hacia Eruste, en donde fuimos recibidos con las mismas demostraciones de alegría, pues, la gente se iba convenciendo de que las especies lanzadas por los rojos, con respec-

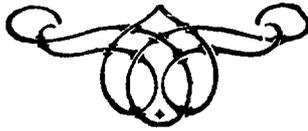
to a nuestro proceder, en los pueblos ocupados, atribuyéndonos las más enormes barbaridades, eran totalmente falsas.

En este último pueblo estuvimos destacados cerca de un mes. En él lo pasamos bastante bien; sobre todo yo. ¡Fueron muchas y buenas las amistades que hice en el “bebedero” de Teodoro el Torero! Allí organizábamos las fiestas que celebrábamos los domingos francos de servicio, en la plaza principal del pueblo. Una “castaña” de vino—dieciséis litros—unas latas de galletas y un poco de propaganda, era sobrado para organizar bailes extraordinariamente animados. En algunos, la “castaña” se repetía y hombres y mujeres parecían haber perdido el centro de gravedad y andar en su busca; no pocos, hasta a gatas.

Sólo tuvimos que lamentar, por aquel tiempo, un hecho desagradable: la disolución de la Peña Bélica. ¡Fué un día, aquél, de honda tristeza! ¡Tener que separarnos, los que tan unidos habíamos estado, fué cosa que nos llenó de pesar! Llegado el momento, algunos se enternecieron y dejaron aparecer las lágrimas. ¡A mí me entró hipó! Y aún al recordar aquellos instantes en que, en las afueras del pueblo, despedí, con besos y fuertes abrazos, a mis compañeros que márchaban, me siento terriblemente emocionado. El Puente del Guadarrama, Escalona y Torrijos fueron los lugares de su destino.

Encontrándome, entonces, solo, traté de hacer más llevadera aquella soledad. Para ello y en cuanta ocasión se me presentaba, empecé a dar conferencias en favor de Canarias. Esto me distraía en mis horas propensas al aburrimiento y me llenaba de esa satisfacción que produce el deber cumplido. ¡Eran tan pocos, por aquellos pueblos, los que conocían, ni de referencias, a mi Patria Chica! Así, cuando en ejercicio de mi ministerio—porque yo lo consideraba ya como un ministerio—les hablaba de las cosas isleñas, de la bondad del clima, de lo especial de su agricultura, de lo sabroso de sus frutos,

de la belleza de sus mujeres... la gente me escuchaba con curiosidad y placer. Y, con aire atontado, con cara de no entender una palabra, cuando me refería a las cosas típicas: al "mojo con morena", al "ron y carajaca", al "timple majorero", a la "farra de siete días"... Todo ésto resultaba un poco complicado para ellos, pero, a fuerza de explicaciones y de alguna que otra demostración práctica, dentro de las posibilidades de la tierra, llegaban a comprender, gustar y añorar, un viaje a las Afortunadas.





LA TOMA DE TOLEDO A DISTANCIA

XI

Había llegado la hora del ataque definitivo a Toledo. El Alto Mando nacionalista tenía decidida la liberación de la histórica ciudad y la de los heroicos defensores del Alcázar. Para ello, durante todo el día, estuvo acumulando fuerzas en el frente. Mi escuadra, compuesta de nueve hombres, fué destinada al Puente del Guadarrama, a cinco kilómetros de Toledo, para garantizar el paso por la vía férrea, de trenes cargados con fuerzas de Regulares y Tercio. La actividad y el entusiasmo se hacían notar en todas partes.

Cerca de las ocho de la noche se cumplió el objetivo militar. La noticia se divulgó rápidamente. A nosotros llegó pocos instantes después, y, en nuestra emoción, hasta nos parecía oír el tañer de la monumental campana toledana. ¡Claro que fué apreciación equivocada de nuestros sentidos sugestionados! Pero, no es de extrañar el fenómeno si se tiene en cuenta que, durante muchos días, Toledo y su Alcázar, fueron la obsesión de todos los buenos españoles. Y que, el saber que la histórica ciudad, que viene a ser emblema de nuestra Patria y Raza, en poder de manos ofensoras, y a un puñado de valientes, hombres y mujeres, refugiados en el Alcázar, autores de la gesta más sublime de heroicidad y martirologio, fué algo que pesó terriblemente, con opresión de angustia, en el corazón de cada uno de los que

sentíamos, como en nuestro cuerpo mismo, las desgarraduras de nuestra España.

No éramos hombres, los destacados en el Puente del Guadarrama, capaces de demostrar nuestra alegría con aspavientos de niño chico. Bailar, cantar y palmotear, está bien, ¿quién lo duda?, pero, cuando el acompañamiento es adecuado a las circunstancias. Y, nosotros bailamos, cantamos y palmoteamos, pero, antes tuvimos el buen acuerdo de buscar el complemento necesario para la alegría de los hombres. Y, lo encontramos en el rico "vinazo" de don Sebastián Generoso, industrial de aquellos alrededores, que sabía hacer honor a su comprometedor apellido, Don Sebastián nos invitó y nos contó su odisea.

Su comercio lo tenía en Eruste. Era feliz y su posición desahogada. Pero, un día, las hordas rojas tomaron posesión del pueblo. Fue entonces cuando empezaron los sufrimientos del señor Generoso. Primeramente, los rojos, se adueñaron, con promesa del más exacto pago, de todos los artículos del comercio de don Sebastián. El hecho no podía ser considerado como gracia, porque maldita la que tenía, pero, el pobre D. Sebastián, tuvo que sonreír y hasta mostrar cara de agradecido cuando le dieron el vale contra entrega del cual, según le anunciaron, cobraría oportunamente. Dentro de la desgracia, don Sebastián no se mostraba muy apesadumbrado, pues, aún en la caja, le quedaba suficiente efectivo para no tener que preocuparse del porvenir. Pero, he aquí, que no tardó mucho tiempo en verse sorprendido por una nueva visita de los dirigentes del pueblo.

¡Pero si ya no me queda nada!—se adelantó a decirles el señor Generoso.

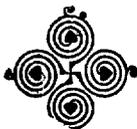
—Desde luego; a la vista no le queda nada; pero como en la Caja guarda unas cuantas miles de pesetas y a nosotros, en este preciso momento, nos hacen falta, le rogamos que nos las facilite, en calidad de préstamo, si es que le merecemos confianza.

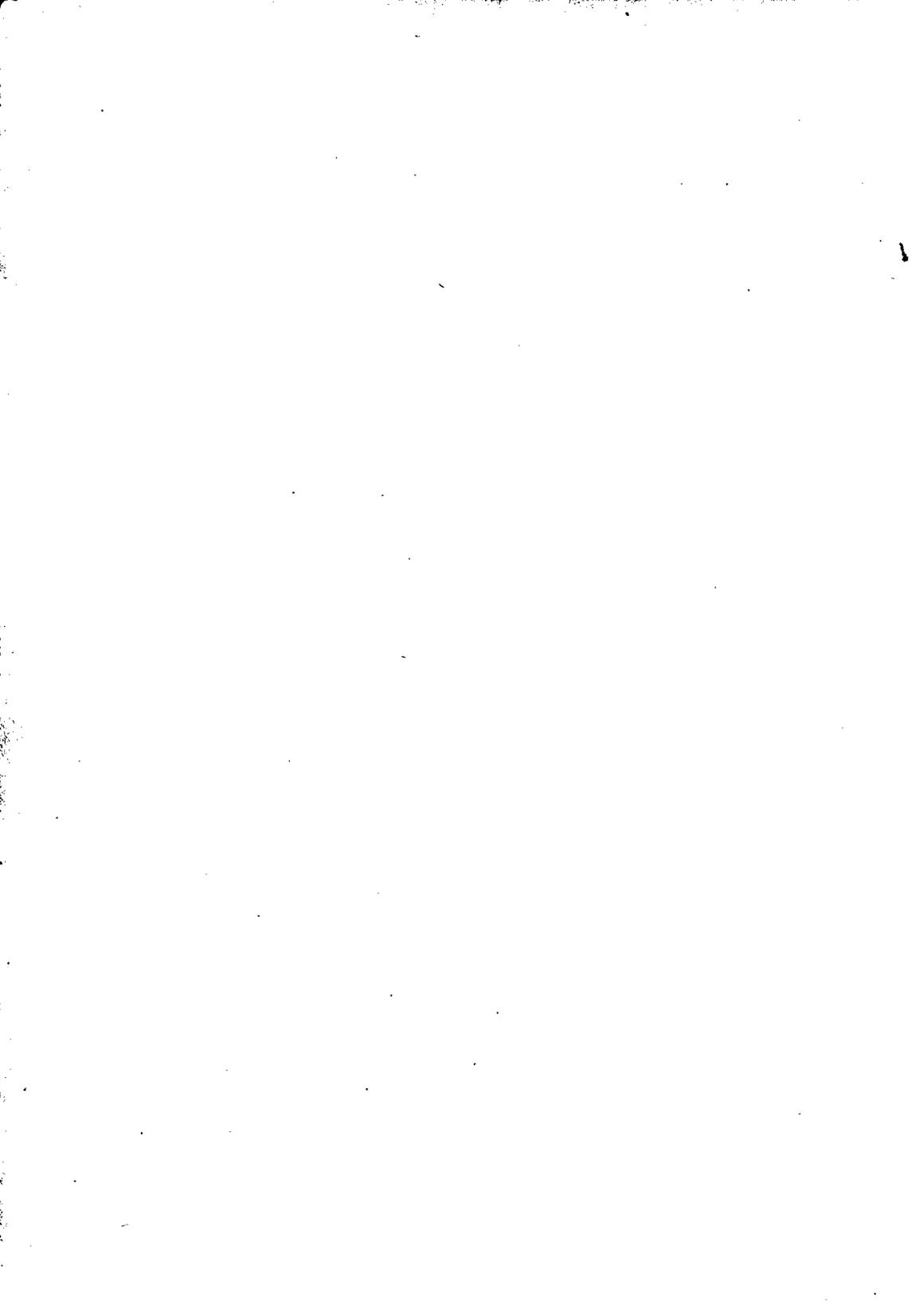
Fué tan grande la impresión sufrida por don Sebastián, que en un triz estuvo no cayera redondo al suelo. Quizá lo mantuviera rígido el entrecejo de sus interlocutores y la manera particular con que acariciaban las culatas de sus pistolas. Don Sebastián, como un autómeta, sacó la llave y abrió la caja. En élla estaban, en perfecto orden, sesenta mil pesetas. Los visitantes, pausadamente, sin prisa, las tomaron, las contaron con seriedad de cajeros de banca, le entregaron al anonadado señor otros nuevos vales que representaban el total de la cantidad y se marcharon tranquilamente, como si hubiesen realizado la más corriente operación mercantil. Así le había llegado a don Sebastián la ruina, según él mismo manifestaba.

—¡Ya no volveré a ver las sesenta mil pesetas!—nos decía, condolido, a nosotros.

—¡No se apure, don Sebastián!—replicaba Frasco Bravo, ya en condiciones, por la cantidad de vino ingerida, de solucionar toda clase de dificultades—. ¡El asunto se arreglará! ¡En cuanto yo le eche la vista encima a Largo Caballero, canjeará por efectivo todos esos vales que usted tiene! ¡No le quepa duda!

Y, don Sebastián, complacido, ante las esperanzas que le daba Frasco, sacaba nuevas botellas que nosotros, sin remilgos, íbamos liquidando entre cantos y bailes. Así, hasta que nos consideramos impotentes para continuar celebrando la toma de Toledo.







DESANDANDO EL CAMINO

XII

Por orden de nuestros jefes retornamos al pueblo de Domingo Pérez. Nuestra primera visita a este pueblo fué corta; tan corta que apenas duró una hora. Así, sólo a nuestro regreso, pudimos apreciar la bondad de sus vecinos — ¡de los que habían quedado después de la marcha de los rojos! — y los grandes sufrimientos a que estuvieron sometidos antes de llegar nosotros por primera vez. Y eso considerando la intervención enérgica y decidida, en los momentos más difíciles, del Alcalde, elemento de izquierdas, que se opuso a los desmanes de las hordas salvajes y que representó providencial salvación en no pocos casos. No obstante, se cometieron horriblos crímenes en las personas de relieve del lugar.

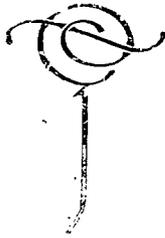
Una de las familias más castigadas fué la de Olmedo. Doña David Olmedo y doña Adriana Sánchez Cabezudo, cuentan, con voz velada aún por la emoción y el miedo, los trágicos días pasados. El diputado señor Olmedo, hermano y esposo, respectivamente, de las dos señoras, fué asesinado, junto con dos hijos, ante la vista de aquellas pobres mujeres, sin que les moviera compasión, ni hicieran caso a las demandas de piedad que hacían, arrastrándose por el suelo, deshechas en llanto y desesperación, en unión de dos hijas de la víctima. Carmen y Gloria; dos señoritas. Al contrario, los verdugos aún extremaron su crueldad tratando de abusar

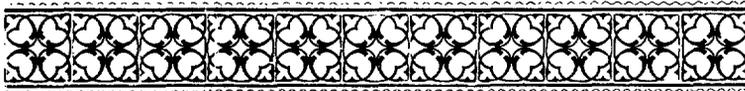
de la llamada Cármen — manjar que consideraron apetitoso dada su gran belleza — pero, ésta, mujer valiente y enérgica, verdadero tipo de mujer española, generosa hasta la exageración por propia voluntad, pero, indomable ante las imposiciones, se defendió con tal bravura que aquellos malvados tuvieron que dejarla por imposible.

No fueron el señor Olmedo y sus dos hijos, las únicas víctimas. También cayeron en aquella ocasión don Juan Garrido Gómez de las Heras, alcalde que fué y jefe local de Falange. Persona prestigiosa que figuró en candidatura para diputado junto con José Antonio Primo de Rivera, Ruiz de Alda y otros. El cura fué otra de las víctimas. Murió, según cuenta el ama, a golpes de hacha y quemado en una hoguera. ¡Criminalidad refinada que horroriza e indigna!

Pero bien dice el refrán: "La justicia de Dios no duerme". Los autores de tan horrendos hechos cayeron en la redada que se les preparó y, convictos y confesos, fueron condenados a muerte. Un pelotón fué el encargado de cumplir la sentencia. Formado ante ellos, se preparaba a ejecutar el mandato de la Ley, cuando Cármen, la hijá del señor Olmedo, hizo su aparición en el lugar. Llegó, aunque muy pálida por la emoción, tranquila y digna. Ante el asombro de los presentes, aquella señorita tan fina y delicada, solicitó mandar las fuerzas que iban a fusilar a los asesinos de su padre y sus hermanos. Entre el grupo de condenados también se encontraban, con sus caras de bestias estúpidas, los que quisieron abusar de ella. La extraña petición de la jóven hizo dudar y hasta iniciar una negativa, al jefe de la fuerza, pero, al insistir ella y comprender las razones que la movían, accedió a la solicitud. Entonces, Cármen, con gran serenidad y gesto de heroína, sin que un músculo de su cara se contrajera, erguida y seca como

fiel representación de la Justicia, dió la voz de ¡fuego!
y vió, impasible, como los cuerpos de aquéllos que ha-
bían llevado a su casa, para siempre, la desolación y la
desgracia, caían para no levantarse más.





TIPISMO DEL PUEBLO DE DOMINGO PEREZ

XIII

El Antón es un lechoncito que se suelta por el pueblo, durante un año, para que los vecinos de Domingo Pérez, lo mimen y lo cuiden. Antón, que pronto se dá cuenta de sus privilegios, campa por sus respetos, abusa de la hospitalidad y comete todas las fechorías que es capaz de cometer un cochino malcriado. Sin embargo, ni uno sólo de los vecinos del pueblo tendría el atrevimiento de jugarle a Antón, una mala partida. ¡Antón, es "tabú", para todos durante el año! ¡Al año, Antón, dista mucho de ser el lechoncito travieso de los primeros tiempos. Ya está hecho todo un señor cerdo con el atractivo de una buena cantidad de kilos. Es entonces cuando termina la vida privilegiada del animal. Los doce meses de mimo y regodeo no le sirven para otra cosa que no sea el ser rifado entre los vecinos y sacrificado, por parte del favorecido por la suerte, en ara de la gastronomía. Pero, antes de ser convertido en morcillas, chorizos y en cuantas cosas es prácticamente convertible el cuerpo de un cerdo bien cuidado, el vecino que se lo llevó, está en la ineludible obligación de lanzar a la calle otro Antoncito, para que, pasado otro año, sea el principal número de los festejos del pueblo.

Por esta vez, nuestra estancia en Domingo Pérez, coincidió con el sacrificio de Antón. Las fiestas no cedieron

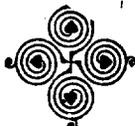
en entusiasmo a las de años anteriores, pues, la gente quiso celebrar, en ese día, la liberación del pueblo. Hubo bailes en la plaza, las mozas se adornaron con sus mejores galas y en las casas particulares se obsequió espléndidamente a todo el mundo. Y como siempre se hizo obligatoria la visita a cada casa en donde, el visitante, por lo menos, tenía que aceptar una copita de “hogaño”. ¡En mi vida he visto una costumbre más simpática!

No puedo recordar las veces que visitamos las casas del pueblo; lo que sí recuerdo perfectamente es que llegó un momento en que no pudimos seguir adelante y nos tuvimos que estacionar en una de ellas. Fué, por suerte, en la de Remi, Cármen y Catalina. Tres amables y guapas mozas que se desvivieron por hacernos pasar unas horas felices. Allí comimos y seguimos bebiendo. Una sopa de ajos y una formidable paella, regado todo, copiosamente, con el “vinazo” castellano, repuso nuestras debilitadas fuerzas y nos convirtió en hombres con energía y decisión. ¡Cómo por lo visto les gustaban a las garbidas bellezas! ¡Qué bien lo pasamos! ¡Y, pensar que ya, seguramente, no me volveré a encontrar más, el día de Antón, en Domingo Pérez!

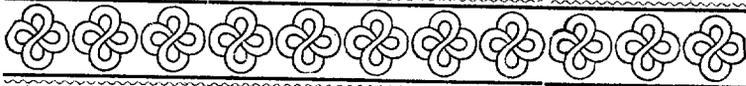
También este pueblo, como tantos otros, tiene su caso raro para atracción de forasteros. Desde luego, no es ni la mujer de dos cabezas y, por desgracia para quien la tenga que soportar, con dos lenguas; ni el hombre, con cabeza de ciervo; ni el niño, con un sólo ojo; en fin, no se trata de nada corriente. Se trata de un hombre animal. ¿Qué será?—estoy seguro que exclamará el lector—¡Vaya un caso curioso! ¡Pues, a fe, que hay hombres animales, y muy animales, sin que nadie se ocupe de ellos! Efectivamente, amable lector, la cantidad de hombres animales supera a todo cálculo, ahora, que tan animal como el del pueblo de Domingo Pérez, puedo asegurar, sin temor a equivocarme, no hay ninguno. Y conste, que no lo digo por su inteligencia, la que he llegado a su-

poner más aventajada que la de muchos de sus congéneres; lo digo, porque, el hombre a que me refiero, no quiere convivir con los demás hombres bajo ningún concepto; prefiere, para eso, a los animales irracionales. ¡Esto por sí sólo, además de convertirlo en el caso más extraordinario de nuestros tiempos, dice mucho en su favor! A él que no le hablen de señores encopetados, de terceros, ni de futbolistas; a todos los desprecia con olímpico gesto. Sus relaciones con las damas no son ni más ni menos cordiales que las que mantiene con los hombres. Para él, no existe ni vedettes, ni chicas de conjunto. Son poca cosa comparadas con las cabras, ovejas, gallinas, conejos, “guarros’ pavos’ perros y demás, que tiene en el corral, con los cuales come, vive y duerme. Sólo los abandona para buscar el alimento. Con ellos únicamente mantiene conversación. Su fortaleza física, a pesar de sus sesenta años, nada tiene que envidiar a la de un camello en su apogeo.

El médico del pueblo dice que es el caso de locura más feliz que él ha visto en su vida. ¡Vaya usted a saber!







EL CUENTO DE MAROTO

XIV

Maroto era el potentado de la comarca. Y, naturalmente, como persona adinerada, los rojos tenían gran interés en celebrar una entrevista con él. Porque, aunque parezca mentira, a los comunistas les gusta conversar con los hombres que tienen dinero. Pero Maroto se enteró a tiempo y rehuyó la visita. ¡No estaba para visitas! Claro que los rojos pretendieron salirse con la suya. Buscaron a Maroto hasta en la entretela de las americanas que el pobre hombre había dejado colgadas en las perchas de su ropero, pero no dieron con él. ¡Triunfó Maroto en aquel afán, de ellos buscar y él rehuir la visita! Y, fué natural que así sucediera porque, Maroto, estaba perfectamente entrenado en eso de rehuir. Lo acostumbraron a ello la multitud de "sablistas" que siempre estaban en su acecho.

El triunfo de Maroto, sin embargo, en esta ocasión, no le costó barato. Y no fué con respecto al bolsillo, que continuó, inalterable, con el mismo número de pesetas; fué con respecto a su salud. Los dos meses que se pasó encerrado en un sótano, sometido al constante temor de ser descubierto en cualquier momento, le produjeron tal sobreexcitación nerviosa que, aún hoy, después de muchos meses de estar la comarca en poder de los nacionalistas, Maroto, de vez en cuando, se siente invadido

por algo así como manía persecutoria. ¡Por el miedo de que los rojos cumplan su promesa de visita!

Un día, Maroto, todo sudoroso y bufando como un buey, a pesar de viajar en automóvil, trajo la alarman-te nueva de que tres mil rojos habían atravesado el río, por Malpica, y se dirigían sobre el pueblo de Melsegar, a quince kilómetros de Domingo Pérez. Recuerdo que se trataba de un domingo: el día de la semana que mejor pasábamos. Acudimos a misa como siempre, la oímos con gran recogimiento y fervor, con el gran sentimiento religioso que se había despertado en nosotros, y después, como si estuviéramos en nuestra tierra, esperamos, en la puerta de la iglesia, el desfile del “guayaberío”; de muy buena calidad, por cierto, en el pueblo de Domingo Pérez. Cumplida la fórmula dominical, aquel día acordamos, los integrantes de nuestra camarilla, acudir a casa de Teodora, la vendedora de carne de cerdo y chorizos, y celebrar una fiesta típica canaria. Una vez allí, “desaflo-jados”, se procedió a condimentar el menú que, lógico, era esencialmente canario: “mojo y papas arrugás”. Actuó de jefe de cocina, Laureano el Cocinero, de ayudantes, Ignacio y Antonio Cantro, y de pinche, Manuel Pe-rera.

Sentados a la mesa estábamos, saboreando aquello que nos traía recuerdos de nuestra tierra tan lejana, cuando llegó a nosotros la noticia de Maroto. La emo-ción fué extraordinaria entre los comensales. ¡Tres mil rojos y nosotros que éramos ochenta hombres escasos! ¡Dudo que quedara uno sin que se le cortara la diges-tión! Yo, por mi parte, con toda sinceridad lo declaro, fuí el más emocionado porque, no sólo me atraganté con los tres mil rojos, sino también con una formidable “papa” que en aquel momento tenía en la boca dándole vueltas para enfriarla. ¡Creí morir por asfixia! Perera, con gran presencia de ánimo, me salvó la vida. ¡Gracias al formi-dable cogotazo que me dió, la papa pudo seguir su ca-mino!

En un instante, nuestra centuria estuvo preparada y en marcha al encuentro del enemigo. ¡De los 3.000 rojos! Ni uno sólo de nosotros tenía cara de miedo. Todos íbamos entusiasmados y decididos a pesar de que el asunto podía llegar a revestir caracteres de verdadera catástrofe. Porque, la verdad, no era proporción muy halagüeña la de ochenta contra tres mil.

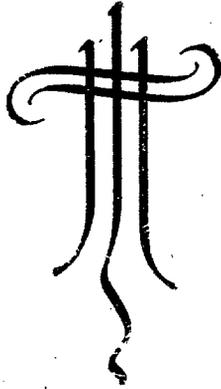
En poco tiempo recorrimos los ocho kilómetros que nos separaban de Eruste, pueblo que se encontraba antes de Mercagal. Por la carretera nos encontramos una verdadera caravana de gente que huía. Había circulado ya la noticia de los tres mil rojos, y ancianos, niños y mujeres de aquellos contornos, se alejaban para no verse sometidos a su salvajismo. ¡Daba pena ver aquella masa de seres indefensos desplazarse de sus hogares con el terror reflejado en sus rostros!

Cuando llegamos a Eruste, el pueblo estaba verdaderamente alarmado. Todo era confusión y carreras. En lo alto del campanario, Teodoro el del "bebedero", volteaba desesperadamente las campanas llamando al vecindario para que se aprestase a la defensa. ¡Bien se conocía el paso de Maroto!

Maroto, en su carrera despavorida, siguió hasta Talavera de la Reina a donde llevó también, con toda clase de aspavientos, la noticia de los tres mil rojos. De allí, ante tan alarmante nueva, ordenaron la salida, con toda urgencia, de fuerzas que pudieran auxiliarnos. También de Torrijos se elevaron ocho aparatos con el mismo exclusivo objeto. La conmoción era general en muchos kilómetros a la redonda. Y, sin embargo, todo resultó una falsa alarma. Un cuento de Maroto nacido de su miedo, convertido ya en enfermedad crónica, ante la obsesión que padecía de una posible visita de aquellos que se la ofrecieron ya hacía muchos meses.

De todo esto sólo nuestra centuria, mandada por Do-

mingo Matos, salió gananciosa al ser felicitada, por su decisión, por el Alto Mando, y también por la prensa de Sevilla, la que hacía grandes elogios de nuestra disciplina.





*LO QUE PUEDEN PROPORCIONAR DOSCIENTAS
CINCUENTA PESETAS*

XV

Después de haber estado haciendo labor tranquilizadora, entre los que habían abandonado sus hogares y huído ante los tres mil rojos imaginados por Maroto, regresamos al pueblo de Domingo Pérez. Fuimos recibidos como los héroes. En todas partes éramos obsequiados y agasajados. ¡Corrió el vino a raudales! ¡Nosotros nos dejamos querer!

Con respecto a mí, se repitió un caso que ya me traía preocupado, de otras veces, por no saber qué explicación atribuirle. En cada casa del pueblo a que llegábamos, mientras a mis compañeros les servían una sola copa de vino, a mí, sin embargo, me traían cuatro o cinco en una bandeja. Esta distinción llegó a confundirme. No la veía con buenos ojos porque consideraba que mis compañeros podrían ofenderse y con razón. ¡Bueno estaba que me trajeran cuatro o cinco, pero con cuatro o cinco para cada uno de los demás! Por fin, con buenas palabras y en contra de mi gusto, naturalmente, me atreví a protestar. Ante mi protesta, la señorita que en aquel momento nos iba a obsequiar, Cármen Olmedo, replicó zumbona:

—¡Pero, Prudencio, no te apures! ¡Si no se trata de distinción! ¡Lo hago sólo como medida práctica para evitar el levantarme cuatro o cinco veces!

Acompañé la carcajada general a que dió lugar la respuesta, como si la cosa no fuera conmigo, y procuré encauzar la conversación por otros derroteros.

—o—

A la mañana siguiente recibí de Las Palmas un giro de doscientas cincuenta pesetas. ¡Qué emoción cuando se reciben pesetas inesperadas! Generalmente, es tanta la alegría, que lo primero que se le ocurre a uno es celebrar tan fausto acontecimiento. Claro, que, en no pocas ocasiones, esto representa quedarse sin las pesetas. Pero por esta vez no ocurrió así. Y, no fué porque dejara de celebrar la llegada de las 250 pesetas; al contrario, lo hice dignamente y conmigo casi todo el pueblo. Pero es tan barato el vino en esta tierra que, después de beber todo lo que quisimos, que no fué poco, cuando fui a hacer recuento de fondos me encontré conque sólo me había gastado quince pesetas. ¡Así dá gusto!

Lo de los cincuenta duros corrió por el pueblo como reguero de pólvora. Parecido a como circulan por mi país las malas noticias. Así se enteró todo el mundo de mi "cambio de fortuna". Y, no fué eso lo peor, sino que, por más que quise disimularlo, para evitarme molestias, no pude. Hubo hasta quien al verme un poco retraído, actitud que tuve que adoptar para defenderme de los "sablazos", me dijo molesto:

—¡Chico, indudablemente, se te han subido a la cabeza los cincuenta duros!

Estoy convencido de que mal lo hubieran pasado las pobres pesetas, a pesar de la baratura del vino y de mi actitud conservadora, si mi guapa amiga Carmen, enterada también de lo que ocurría, no hubiese decidido convertirse en mi administradora. ¡Qué bella y buena administradora me deparó la suerte! ¡Fué por lo único que sentí el fin del giro y el no recibir otro! ¡Resultaba tan agradable sentirse administrado de aquella manera!

Todos los días acudía a casa de mi amiga para recibir de sus manos la cantidad que ella consideraba necesaria

para mis atenciones de las veinte y cuatro horas.

—Vamos a ver ¿qué piensas hacer hoy?—me preguntaba con cara de pretendida y no lograda seriedad.

—Pues verás. Primero ir al cine, después al teatro y por último al café.

—Me parece muy bien. Pero que muy bien. Ahora que, como ni hay teatro, ni cine, ni café, con dos pesetas fienes más que sobrado para vino.

Y, no me daba ni una más, y yo tan contento y satisfecho. ¡Lo que pueden las mujeres! ¿Quién me hubiera podido decir que, con dinero, me iba a conformar con dos pesetas diarias? Nadie. Fué entonces cuando logré comprender a muchos maridos que hasta ese momento eran incomprensibles para mí. A esos que reciben, de sus mujeres, por cuenta gotas, el dinero para sus pequeños gastos, con la obligación de ajustar cuentas al regreso de la calle.







CATASTROFE QUE NO LO FUE.

XVI

Me acostaba temprano y me levantaba con las primeras luces de la aurora. Además, procuraba hacer vida tranquila. Todo esto por prescripción facultativa. Mi sistema nervioso, a fuerza de choques emotivos, estaba en situación deplorable y el médico me aconsejó, placidez temperamental. Algo así, como ordeñar vacas de madrugada y, por el día, coger rábanos en la finca. Claro que esto no se avenía con mi manera de ser ni mucho menos, pero, el miedo a las complicaciones que me anunció el galeno, con cara de funeral, me hizo doblegarme. ¡Bien dice el refrán que "miedo guarda viña"!

Una de aquellas madrugadas en que esperaba, como siempre, lá derrota de las tinieblas nocturnas en su cotidiana batalla con la luz del día, sonó, nervioso, el timbre del teléfono del Cuartel de Falange. Eran las seis de la mañana. El frío muy intenso. Llovía a torrentes. Nubes rasantes invadían el pueblo en una extensión de 15 kilómetros. Me puse a la escucha y recibí la comunicación. Se trataba de una catástrofe ferroviaria ocurrida en las cercanías de Carriches, pueblo a nueve kilómetros de Domingo Pérez, por choque de dos trenes. Dí la voz de alarma y, a los pocos momentos, salíamos en automóvil hácia el lugar del suceso, con objeto de prestar los auxilios que fueran necesarios.

El espectáculo que se presentó ante nuestros ojos, a la llegada, no fué nada tranquilizador. Uno de los trenes permanecía en perfecto estado, pero el otro estaba con-

vertido en un montón de hierros y astillas. Pronto nos informaron de la manera que se produjo el accidente. Los dos trenes seguían la misma dirección. De repente, seguro por confusión, en las señales, el que marchaba a retaguardia, que era un tren hospital, lleno de heridos, se precipitó sobre el que le precedía que era un mercancías. El encontronazo fué violentísimo. Menos mal que el que sufrió las consecuencias fué el mercancías. De ser lo contrario, las víctimas entre los heridos hubiesen sido numerosísimas. Así sólo hubo que lamentar las pérdidas materiales y el consiguiente susto. ¡No hubo ni una sola víctima!

Por nuestra parte, los canarios que acudimos, nos llevamos una sorpresa. Sorpresa, que por la frecuencia con que se producía, debíamos dejar de catalogar como tal. Nos encontramos con que el jefe del tren hospital era un conocido paisano nuestro: el sargento Pérez Junco. Una vez más pudimos comprobar que la colaboración canaria al movimiento nacionalista, ha revestido caracteres excepcionales. En donde quiera que ha sido necesario, en los sitios más inverosímiles, allí ha aparecido el canario patriota y de buena voluntad, dispuesto a toda clase de sacrificios en favor de España.

Durante unas cuantas horas trabajamos con gran actividad para limpiar la vía de obstáculos. Antes, sacamos los heridos del tren y los trasladamos a la estación en donde quedaron perfectamente atendidos. Terminada nuestra dura tarea regresamos al pueblo, cansados y maltrechos, llenos de lodo, pero contentos porque el trabajar para la Patria no nos pesaba.





EL DIABLO ROJO

XVII

En el local de Falange, en Domingo Pérez, teníamos nuestra correspondiente radio. Yo era uno de los aficionados a élla. A veces, cuando se portaba bien, cuando me proporcionaba la audición limpia de ruidos desagradables, la trataba como a un verdadero amigo—; hasta la hubiese invitado a la taberna de enfrente!—; pero cuando se hacía insoportable, con pitos, zumbidos y tableteo de atmosféricos, la hacía callar y le volvía la espalda despectivamente.

Una noche, la radio de Falange, estaba complaciente. Se estaba comportando como nunca. Me “servía” las estaciones como por teléfono, sin averías. Yo estaba entusiasmado. Además, sentía la enorme satisfacción de que mis compañeros me hubiesen dejado sólo sin importunarme, para que localizara ésta o aquélla estación. De repente, y cuando más abstraído me encontraba, una sombra se acercó. ¡Vamos—pensé—, ya tenemos el primer “pelma”! Pero, no; la sombra se sentó a mi lado y se estuvo quieta. Semejante conducta me llenó de extrañeza. ¡Era tan raro que ningún compañero tuviera quietud y silencio, aunque fuera por unos instantes! La curiosidad me impulsó a levantar la cabeza y a mirar al misterioso acompañante. Me encontré con unos ojos, relumbrantes como los de un gato, que estaban fijos en los míos. Traté de reconocer el rostro que correspondía a

aquellos ojos, pero pronto saqué el convencimiento de que era la primera vez que lo veía. Por un momento tuve intenciones de alejarme de la radio. La "pinta" del individuo me intranquilizaba. No obstante continué con los mandos del aparato sin perder de vista a mi vecino. Parecía como si me tuviese hipnotizado. Por fin llegó Benito de la Concha que, llamándome aparte, me dijo:

—¿Tú sabes al lado de quien estás sentado?

—¡No!—repliqué.

—Pues, al lado de un condenado a muerte, que va a ser ejecutado dentro de unos instantes.

—¿Qué me dices?—exclamé sacudiendo los dedos. ¿Y lo tienen así, como si se tratara de un pacífico ciudadano? ¡Bien podían haberle puesto un letrero en la frente, por lo menos!

Abandoné la radio y me alejé de sus proximidades. Desde lejos seguí contemplando la tranquilidad de aquel individuo que, sabiendo su próximo fin, seguía, con tanto cuidado el "canto flamenco" de la estación que había quedado localizada.

No tardé en encontrarme de nuevo al lado de aquel extraño sujeto. Esta vez no fué como radio-escucha. Fué formando parte del pelotón que lo conducía a las afueras del pueblo, para ejecutarlo. Ya tenía noticias más exactas de la condición de aquel personaje rojo. Era individuo extraordinariamente peligroso y capaz de toda fechoría.

En un automóvil recorrimos los tres kilómetros que nos separaban del lugar de la ejecución. Mientras nosotros íbamos pensando en la misión que se nos había encomendado, el detenido con una tranquilidad ya dentro de los límites del cinismo, fumaba indiferente. ¡Cómo si se tratara de un paseo con varios amigos!

Llegamos al sitio determinado y paró el automóvil. Cuando nos disponíamos a hacer descender al reo, éste con gran asombro y sorpresa por nuestra parte, dió un fantástico salto y salió corriendo como alma que lleva

el diablo. Respuestos al instante, todos disparamos sobre él, pero, ni un sólo tiro hizo blanco. Lo perseguimos siempre haciendo fuego, pero, aunque le aplicamos los faros del auto, los burló y desapareció de nuestra vista en cuanto pudo alcanzar los olivares cercanos.

Durante dos horas estuvimos buscándolo por aquellos alrededores: A pesar de lo que significaba estar registrando árboles y matorrales durante tanto tiempo, no nos sentíamos cansados. ¡La rabia nos sostenía! Por fin, viendo la inutilidad de nuestros esfuerzos, más potente por la obscuridad de la noche, decidimos dejar la busca para el día siguiente. Esto, ante la seguridad de que le sería imposible escapar, pues, en cuanto quisiera salir del pequeño bosque, sería capturado por estar tomadas perfectamente las medidas para lograrlo. Pero estaba visto que, en aquella ocasión, nada iba a suceder como había sido pensado. Y, así, a pesar de que la batida duró durante todo el día, no pudimos dar con aquel rojo del que yo he imaginado algunas veces pudiera ser el Diablo en persona.







DE UN PADRE MALO UN HIJO BUENO

XVIII

De los episodios que me impresionaron durante la campaña, el que más, fué el que voy a referir. Difícilmente lo olvidaré nunca.

En Falange de Domingo Pérez militaba un muchacho que, por su conducta ejemplar, era querido por todos sus compañeros. Además, verdadero falangista, sentía el credo de Falange con todo el corazón. Siempre estaba dispuesto a la cooperación voluntaria y allí, donde había que prestar un servicio de peligro, nunca faltaba él.

Para limpiar de rojos los alrededores del pueblo, durante varios días, se estuvieron dando batidas con muy buenos resultados. Los que no huyeron a tiempo fueron cayendo en nuestro poder poco a poco. Uno de aquellos días, por una confidencia, se nos puso sobre la pista de uno de los rojos más peligrosos de la comarca. Y, daba la desgraciada casualidad, que aquel individuo era precisamente el padre del falangista, cien por cien, como hoy se dice, de Domingo Pérez. Nosotros, que conocíamos bien al camarada; que sabíamos de sus buenos sentimientos y de su bondad como hijo, sentimos de veras aquella circunstancia. ¡Era triste que la maldad del padre, lo colocara frente a la bondad del hijo! ¡Y qué fuera este último, por su condición buena, el que soportara todo el peso de la tragedia!

Procuramos que el hijo, ignorante de todo hasta

aquel momento, no formara parte del pelotón que tenía que realizar la captura del padre. Quizá, al marchar hacia el lugar en que se ocultaba el hombre rojo y ante la magnitud del drama que se preparaba, ninguno de los que formábamos parte de la fuerza dejara de albergar el íntimo deseo de que, cuando llegáramos, aquel hombre malo que tantas fechorías había cometido, pudiera escapar. ¡Todo para evitarle al pobre hijo, tan querido de todos nosotros, el trágico desenlace de la terrible circunstancia! Pero no sucedió. El padre cayó en nuestro poder y el hijo no tardó en enterarse de cuanto ocurría.

Fué condenado a muerte como no podía menos de suceder dada la historia negra que pesaba sobre él. Con absoluta indiferencia acogió el reo la fatal noticia. ¡Ni siquiera, en esos instantes en que generalmente se ablandan los corazones más duros, hizo la más leve alusión a su hijo! Este, sin embargo, aun sin saber la completa realidad, parecía reflejar en su rostro, triste, el presagio del fin de su padre.

Ligada la hora de la ejecución nadie se encontraba con arrestos necesarios para comunicarle al hijo, verdadera víctima, la noticia. ¡Era muy duro aquello y nosotros estábamos destrozados por el sentimentalismo! ¡No lo podíamos remediar! Pero, por fin, alguien se decidió y el desgraciado camarada, con la gran entereza que debe distinguir al falangista, llorando interiormente, sólo solicitó una concesión, que puso de relieve sus buenas dotes filiales: la de que, una vez cumplida la sentencia, le fuera entregado el cadáver de su padre para darle cristiana sepultura. Así se hizo.

Fué el momento más emocionante de todo aquello. El ver aquel hijo bueno abrazado al cadáver de su padre, tan malo en vida, fué algo que nos oprimió de tal manera el pecho que éste hubiera estallado de no ser por las lágrimas que llenaron nuestros ojos y que ingenuamente tratamos de disimular.



EL PORQUE DE MI TITULO NOBILIARIO

XIX

Pocas personas son las que están enteradas de mi título de Barón. Y, se comprende que así sea, si se tiene en cuenta mi carácter poco dado a la ostentación. Sencillo por temperamento, prefiero pasar desapercibido en todas partes. Quizá influya en ello mi experiencia sobre los inconvenientes de la popularidad. Debido a esa popularidad, precisamente, hoy me rodea una fama de gustador de placeres de Baco que en realidad es una exageración. No quiero decir con ésto que me deje de gustar un medio "whisky" de vez en cuando. Pero, lo que sí puedo asegurar es que, este gusto, no lo tengo ni más ni menos acentuado que tantos otros conciudadanos a los que no se les toma en cuenta por no ser tan populares como yo. Yo creo que, en este sentido, mi caso es único. Basta que, en cualquier ocasión, uno de los tantos miles de amigos que tengo, me vea tomando una copa, una sola, para que a la media hora, por habérsele soltado la lengua al señor, toda la ciudad comente, o que estaba borracho, o que ya tenía sobre mis espaldas un "tablón" de los de marca. ¡Cómo si este milagro se pudiera realizar con una sola copa! Y, así lector, ha nacido mi fama. Esa fama que poseo por todas partes sin que tenga más fundamento que un aperitivo bien aprovechado. Pero, en fin, dejemos cosas que nada tienen que ver con

lo que se vá a tratar en este capítulo, y volvamos a mi título nobiliario.

Corrían ya los últimos días del mes de noviembre y el frío se había hecho insoportable. Grippe, bronquitis y sabañones se habían declarado nuestros enemigos, y, a diario, nos producían en nuestras filas de tres a cuatro bajas temporales. El Hospital de Talavera de la Reina se iba tragando, poco a poco, a toda la centuria canaria. No estábamos preparados para aquella contienda y sufríamos las consecuencias. Sin embargo, yo resistía perfectamente, pero, como siempre hay algún mal pensado, había quien achacaba mi condición de invulnerable a mis largas visitas al bebedero de Teodoro el Torero. Y, todo, porque establecidos de nuevo en el pueblo de Eruste, había reanudado mi amistad con el gran Teodoro. Pero, atribúyase el hecho a lo que se quicra, el caso patente era que no había gripe ni bronquitis que "me entrara".

Un día, ante sendas copas de cazalla, departíamos, un buen grupo en la taberna de Teodoro. Se hablaba de un hecho extraordinario. De algo así como para no creerlo de no tener la seguridad de su certeza. Un legionario había realizado la proeza más inverosímil que pensar se pueda. El sólo, sin más acompañamiento que su fusil, se apoderó de un pueblo rojo. El hecho ocurrió así: Se encontraban reunidos varios legionarios alrededor de una mesa en la que había, estratégicamente colocadas, varias copas de cazalla. Las copas se retiraban vacías y regresaban llenas con harta frecuencia y los legionarios discutían. El ir y venir de las copas influyó en que los ánimos se caldearan y en que, aquellos hombres, pasaran de la discusión a las apuestas. Por fin, una de las tantas que se lanzaron, quizá por ser la más descabellada, encontró contrincante. Fué la de conquistar el autor sólo, el pueblo rojo más cercano. Concertada, salió decidido el legionario, llegó al pueblo, se metió en el Ayuntamiento en donde había varios concejales, los echó a la

calle, salió al balcón, con la bocina del pregonero, e hizo un llamamiento a la gente de orden. Poco después los escasos rojos que quedaban en el pueblo estaban en la cárcel, el pueblo era nacionalista y el legionario había ganado la apueseta.

Todos los que estábamos atentos a la historia nos quedamos admirados. Aquel soldado del Tercio adquirió, ante nuestra imaginación, proporciones de héroe legendario. Consideramos que su proeza difícilmente podría ser igualada.

Se continuó apurando copas de cazalla. Quizá con tanta profusión como los legionarios de la anécdota. Había quien ya estaba hablando por los codos. Yo, por mi parte, permanecía en silencio y obsesionado por el hecho comentado. ¡La cazalla es así: a unos les impulsa a hablar y a otros a callar! De repente, me levanté como pude y dije que estaba dispuesto a emular al legionario de la apuesta. Que yo sólo iba a tomar el pueblo de Malpica. El asombro fué general. Hubo quien lo tomó a chacota y me dijo que era preferible que en vez de Malpica tomara otra copa de cazalla. No hice caso, miré al bromista con olímpico desprecio, y salí, con talante digno, aunque no muy seguro de mi estabilidad, en dirección a Malpica para llevar a cabo mi loco proyecto. Más loco aún que el del legionario del cuento porque, en Malpica, habían destacadas muchas fuerzas rojas.

Diez kilómetros anduve sólo, sin sentir cansancio. Me empujaba el entusiasmo de un éxito posible. Al llegar a la dehesa conocida por "La Cábila", ya habían disminuído en mí los efectos de la cazalla. No obstante, con gran entusiasmo expuse a los peones de la dehesa mis proyectos y les dije que si a las seis no había regresado, dieran parte a Erušte para que salieran en mi auxilio los cuatro mil hombres que estaban dispuestos. ¡Claro está que lo de los cuatro mil hombres era sólo producto de mi imaginación! Aquella sencilla gente me miraba, boquiabierta, mucho más al ver que, para tan extraordina-

ria empresa, iba completamente desarmado. ¡Seguro pasó por sus mentes la idea de que o estaba loco o estaba borracho!

Continué mi camino y llegué a la margen del Tajo, frente a Malpica. Pronto me descubrieron los centinelas rojos y, sin ceremonial de ninguna clase, dispararon sus fusiles contra mí. Afortunadamente no me tocaron lo que me valió poder emprender veloz carrera, para alejarme de tan peligroso lugar, sin que pesaran en mis piernas los muchos kilómetros que había hecho para llegar hasta allí. Pude alcanzr un bosque de olivos cercano y ya, más tranquilo, después de considerar el enorme peligro de que había escapado, tomé la resolución de renunciar a la empresa. Mis intenciones eran las de convencer a aquellas gentes, para que se unieran a nosotros, pero vistos los razonamientos que habían empleado, consideré más conveniente dejarlo para mejor ocasión.

Fué entonces cuando me alcanzaron mis paisanos Paeo Delgado y Francisco Guerra, que habían salido en mi busca.

Cuando regresé a Eruste fui recibido con todos los honores por mis compañeros. Celebraron mi valerosa conducta y acordaron por unanimidad, como justa recompensa a mi gesto, armarme caballero y nombrarme Barón de Malpica. Se llenaron todas las formalidades protocolarias determinadas para estos casos y se me puso en posesión del título, que conservo como oro en paño.





POR FIN CAIGO VICTIMA DEL REUMA

XX

Alguien dijo que el hombre empezaba a ser viejo cuando las mujeres lo trataban con cierta confianza y sin temor. No sé si también deberá ser catalogado entre los viejos aquél a quien no se le encomiendan determinados servicios por consideraciones a la edad. Si es así lo siento porque durante la campaña me encontré a veces en estas circunstancias. Ahora que yo no lo creo. Y, no lo creo porque en ese caso se cumpliría también, en mi persona, lo de la confianza y el sin temor de las mujeres. Y, eso sí que no. De mí las mujeres temen y desconfían cuando se encuentran a solas conmigo. ¿Seguramente por mi cara de pillo? Ellas, sin embargo, alegan como disculpa, el que mis ojos castigadores, representan una seria amenaza. ¡Vaya usted a saber!

El frío, cada día, se hacía más insoportable y el servicio más duro. Por estas circunstancias, mis jefes—ahora viene aquello—por consideraciones a mi edad, acordaron dejarme exento de todo servicio. No se avenía esta ventaja con mi carácter y decidí, voluntariamente, compartir las guardias con mis compañeros. Mi sitio favorito fué, para este cometido, el puente de Illán de Vacas donde se vigilaba el paso de trenes para el frente de Madrid. En aquel lugar, sin comodidades de ninguna clase, las horas que no teníamos puesto las pasábamos en un miserable “chozo” que, ni resguardaba del frío ni de

la lluvia. ¡Menos mal que la leña abundaba y una buena hoguera nos hacía más llevaderas las horas de descanso!

Los puestos de centinela estaban repartidos por un olivar. Muy próximos los rojos estábamos sometidos al constante nerviosismo que produce el saberse en inmediato peligro. Las noches, en los puestos, eran terribles. De una parte, el aire helado del Guadarrama nos dejaba ataridos, de otra, el roce de la hojarasca a impulso del viento, el canto lento y desagradable del mochuelo, el montar el cerrojo de su fusil por un compañero y el sin fin de misteriosos ruidos que se producen en la noche, todo ello rodeado de impenetrable obscuridad, era algo que nos ponía los pelos de punta, como vulgarmente se suele decir. Sin embargo, todo era soportable por lo que representaba de grandioso y bello un amanecer en aquel sitio.

Llanura sin límites de Castilla, tiene, allá lejos, en el fondo, una cadena de elevadas montañas que corren a lo largo. Es la sierra de Gredos que pone su nota de azul ambiguo entre el rojo arcilloso de la planicie y el gris triste del cielo en la temperatura invernal. Al avanzar el amanecer todo parece cubrirse de alegría y optimismo. Los verdes de la fronda, se hacen más vivos; los detalles de la pradera, menos confusos; y, los cientos de clases de pájaros—tordos, alondras, aceituneros, guilguetos, gorriones, aves frías, hasta cigueñas, huéspedes siempre de los campanarios—elevan la plegaria de sus cantos y el alegre aletear de sus vuelos, hacia el sol del nuevo día que va apareciendo lentamente tras los picachos más altos de la sierra. Es espectáculo de maravilla pero que dura poco. Una hora escasa, regularmente. Después, como por arte de magia, todo se esfuma. El Sol, como asombrado por su atrevimiento de mostrarse debiendo observar clausura, se hace invisible; los pájaros enmudecen y el ambiente, adquiere ese tinte gris de invierno, que entristece el alma y oprime el corazón.

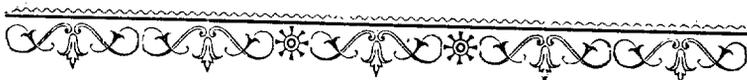
El relevo siempre se anuncia con el canto de nuestros camaradas que se acercan. Al principio apenas per-

ceptible se va haciendo más patente conforme adelantan hácia donde estamos esperando. Entre las notas vibrantes del himno de Falange, de vez en cuando, acarician nuestros oídos áires canarios. El isleño, siempre enamorado de su tierra, no puede prescindir de hacer patente su sentimiento de alguna manera. A veces, cuando la nostalgia se acentúa, le basta el lamento triste de una "isa", para calmar los sinsabores de la ausencia.

Durante algún tiempo estuve prestando el servicio que voluntariamente había aceptado, pero un día, con gran sentimiento por mi parte, no pude levantarme de la cama. El reuma, para vengarse, sin duda, de la condición de invulnerable que orgullosamente yo había exhibido hasta aquella fecha, hincó rabiosamente sus terribles comillos en una de mis piernas. Me tuve que quedar en casa imposibilitado de todo movimiento.







DEBILIDADES DE MANUEL PERERA

XXI

Durante veintisiete días estuve postrado en mi camastro presa del maldito reuma. Las Páscuas las pasé sin poderme desprender de aquel perro que tenía “pegado” a una de mis extremidades inferiores. ¡Fueron aquellos días de verdadera prueba! El recuerdo de otras Páscuas felices, pasadas en mi tierra al lado de los míos, era algo que me obsesionaba con dolorosa tenacidad. Hacía esfuerzos inauditos para desprenderme de aquellas visiones que tanto me torturaban, pero, mi imaginación, tozuda, se negaba a obedecerme. Además, mi condición de inválido, en aquéllos momentos, le prestaba efectiva cooperación. Así se apoderó de mí una terrible melancolía que sólo pude combatir a fuerza de “vinazo”.

Durante mi enfermedad, Manuel Perera, fué el encargado de atenderme. Lo hacía bien pero, a veces, sus debilidades, lo empujaban a faltar a su deber. Siguiendo su impulso enamoradizo, durante mi enfermedad, se hizo novio de la Carmen, hermana de la Remi y de la Catalina, ya conocidas por el lector. El mujeriego de Perera me abandonaba con harta frecuencia por aquella mujer. ¡Claro que era muy lógico, pero a un enfermo que no le vengan con lógicas de esta naturaleza! A veces me pasaba horas y horas sin verle el pelo y, cuando aparecía con ojos de fiebre desgredado y maltrecho, me decía, como disculpa, que le había tenido que echar “un puño a la

baifa". Naturalmente, yo me indignaba, pero él no me hacía caso.

Un día, después de una de sus prolongadas ausencias, apareció con la comida haciendo verdaderos equilibrios para no caer. La "torta" que traía era de las de "agárrate y no te menees". Me puse furioso. Lo insulté y lo despedí de mi lado. El, a pesar de la borrachera, no salía de su asombro. Me miraba como si se tratara de un bicho raro. Yo quise adivinar en su mirada estúpida de beodo algo como si quisiera decir:

—¿Pero eres tú, Prudencio Doreste, el que me echas por borracho? ¡Vámonos, a mi Prudencio me lo han "cambiado"!

Insistí con toda mi energía para que se fuera. Colérico le grité varias veces:

—¡Vete; vete! ¡Déjame tranquilo!

Pero él, que ya se había recuperado un tanto, impasible, como si la cosa no fuera con él, respondió, invariablemente, con el estribillo de pura cepa isleña:

—¡Me "diba"!

Por un momento, dando tumbos, salió de la habitación y volvió con una escopeta. Me desconcerté un poco porque creí que, en su borrachera, iba a disparar sobre mí. Pero, no; se dirigió a la ventana y desde ella hizo fuego. La ventana daba sobre la plaza del pueblo y a la detonación, ésta se llenó de gente despavorida.

—¿Qué pasa?—le empezaron a gritar a Manuel Herrera al verlo con la escopeta aún humeante.

—¡No pasa nada!—replicó el interpelado con sonrisa inexpresiva—. ¡Es que don Prudencio necesitaba caldo bueno y he matado dos palomas para hacérselo!

Y, efectivamente, dos palomas de las muchas que adornaban la plaza, yacían ensangrentadas sobre el pavimento, víctimas inocentes, de la borrachera de Manuel y de su afán de congraciarse conmigo. La indignación

del pueblo fué enorme y menos mal que la gente se hizo cargo del estado en que se encontraba el aludido, porque de lo contrario Manuel Perera hubiera terminado allí para siempre.







EL PRESAGIO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

XXII

Lorenzo Gutiérrez me dijo que tenía interés en ir a Brunete, a ver al hermano, y que quería que le acompañáse. Le dí mi conformidad, pero aquella noche, sufrí terribles pesadillas. Por todas partes veía sangre y muerte. Esto me hizo despertar y no poder conciliar de nuevo el sueño. Además, me asaltó el presentimiento de que algo desagradable me iba a ocurrir. Y hasta tal punto de alteración llegaron mis nervios que, a las cuatro de la mañana, cuando más profundamente se encontraba dormido, desperté a Pepe Cambreleng sólo para contarle las pocas ganas que tenía de hacer la excursión a Brunete. Poco faltó para que Cambreleng me tirara una bofetada por haberlo despertado pero, fué el caso que, con aquello, recuperé la tranquilidad. Así ocurrió que dos horas más tarde, Lorenzo Gutiérrez y yo, estábamos en la estación esperando el tren que nos debía conducir a Brunete.

Larga fué la espera pues el tren venía con retraso. Menos mal que con el desayuno que nos sirvió Basilio, vecino próximo a la estación, se nos hizo más llevadera. Cuando ya, con el estómago repleto, regresamos al andén, el zumbido de motores que volaban sobre nuestras cabezas atrajo nuestra atención. Se trataba de siete aviones rojos que, acercándose al aeródromo de Torrijos, dejaron caer gran parte de la carga de bombas que llevaban. El estruendo fué imponente, pero las consecuencias nulas,

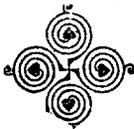
Momentos después tomábamos el tren que venía abarrotado de tropas y material bélico. No habíamos hecho más que iniciar la marcha cuando mi presagio de la noche anterior empezó a tomar visos de realidad. Un aparato rojo se adelantó sobre el convoy y dejó caer varias bombas que, por verdadera casualidad, no ocasionaron víctimas. Una de ellas cayó a diez metros escasos de nuestro vagón y el tirarnos al suelo a tiempo todos sus ocupantes, evitó una verdadera catástrofe. Los cristales saltaron hechos añicos y en el techo quedaron clavados varios trozos de metralla.

Llegamos a la estación de Santa Olalla con tres horas de retraso. Para ir a Brunete teníamos que apearnos y llegar hasta el pueblo de Santa Olalla. Hay que tener en cuenta que la estación está a bastante distancia del pueblo. Así ocurrió que, a la una del día, aún no habíamos alcanzado nuestro objetivo a pesar de que nos dijeron que para llegar a él, apenas tendríamos que andar cuatro kilómetros. ¡Se equivocaron en más del doble, pues eran nueve! Cansados, naturalmente, entramos en Santa Olalla pero, sin embargo, nos faltó tiempo para visitar a los falangistas canarios que se encontraban allí, entre ellos, los hermanos Cantero y el Jefe Gabriel Estévez. ¡Ya hacía un mes que no nos veíamos! Celebramos la entrevista, con los honores de rúbrica: comida y vino.

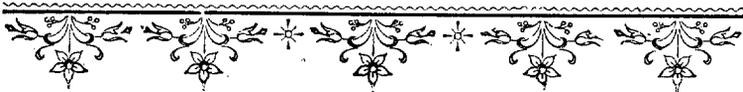
Cumplido aquel deber, emprendimos la marcha hacia Navalcarnero. Una camioneta fué el vehículo que nos transportó. Serían las seis de la tarde cuando llegamos al pueblo. Buscamos las fuerzas de Intendencia de Las Palmas, compuestas por gente toda conocida. Fuimos acogidos con gran entusiasmo. También aquí se celebró el acontecimiento de nuestra entrevista con comida y vino. Mejor dicho, con vino y comida. Bien entrada la noche continuamos en dirección a Brunete, pueblo al que teníamos interés en visitar por la gran cantidad de gente canaria que en él se encontraba destacada. Pero nuestro deseo tuvo que quedar incumplido. El vino de Naval-

carnero nos había vuelto locos, y en estas condiciones el chófer equivocó el camino y nos llevó a Leganés. La coincidencia fué una burla del destino, pues, en Leganés, como nadie ignora, existe un formidable manicomio.

A las nueve de la noche la población estaba completamente a oscuras. Ni una sola luz podía servir de guía. Se trataba de una medida de elemental prudencia para evitar el blanco al enemigo. Próxima al pueblo la primera línea de fuego, el retumbar del cañón y los disparos de la fusilería, sin cesar un momento, formaban ensordecedor concierto. Sin embargo, todo esto no evitaba que, a aquella hora, nos encontráramos con la banda de los Requetés tocando alegres pasacalles por el pueblo. Sentimos unos deseos locos de incorporarnos al público que marchaba, cantando, tras los músicos, y así lo hicimos. Hasta las once duró la "parranda". A esa hora, las calles quedaron completamente limpias de transeuntes. Todo el mundo se fué a la cama menos yo, que no la tenía. Sin saber dónde ir, sólo, como un alma en pena, pues mi compañero Lorenzo había desaparecido—hasta cuatro meses después no tuve noticias de él—estuve vagando por el pueblo y soportando la lluvia. A las dos de la madrugada decidí coger una camioneta para dirigirme a Carabanchel Bajo en donde se encontraba destacada una de las centurias de Canarias. Fué entonces cuando, verdaderamente, empezó a cumplirse el mal presagio que había tenido.







SOY DETENIDO Y ENCARCELADO

XXIII

Puesta la camioneta en marcha me dirigí hacia la salida del pueblo para alcanzar la carretera de Carabanchel Bajo. Cuando más ageno iba con respecto a inconvenientes que se pudieran presentar, la Guardia Civil surgió ante los faros del vehículo y me ordenó que me detuviera. Así lo hice, sin que me extrañara el hecho, por ser corriente. Uno de los guardias se acercó y me pidió la documentación. No la tenía pero le expliqué con toda clase de detalles quien era y lo que pretendía. Me dijo que todo aquello no era suficiente y que por tanto tenía que acompañarlo a la Comandancia Militar. Así lo hice y en el patio del edificio quedé esperando mientras él entró en las oficinas a explicar el caso. Poco después salió y me dijo que, según órdenes recibidas, no podía continuar el camino porque para ello necesitaba la documentación que no tenía. Insistí y razoné y de nuevo volvió a entrar pero, cuando salió, el panorama se había agravado. Traía la orden de mi detención. ¡Ni una bomba cayendo a mis pies me hubiese impresionado tanto!

La Guardia Civil, aun comprendiendo, por mi cara, que estaba diciendo verdad, no tuvo otro remedio que llevarme al cuartel de Intendencia en donde tenía que quedar preso hasta que alguien me reconociera y garantizara. El lector se extrañará de todo esto, pero, sin embargo, era un hecho lógico. Por aquel entonces existían entre nues-

tras filas muchos espías que no dudaban en vestirse de falangistas y hasta de oficiales del Ejército para cumplir su cometido. Eso daba lugar a que individuo que no tuviera su documentación en regla fuese detenido hasta la completa identificación de su personalidad.

Nunca me he encontrado con el ánimo más deprimido que en aquella ocasión. Tenía la seguridad de mi pronta libertad porque las averiguaciones que practicaran darían resultado favorable, pero, a pesar de ésto, sentía gran pesimismo. ¡No las tenía todas conmigo!

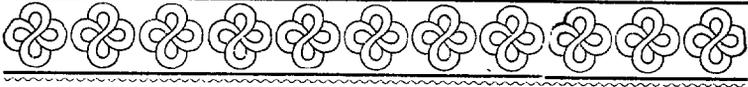
Los primeros días de mi detención los pasé menos mal. Mis vigilantes, Guardias Civiles, me guardaban toda clase de consideraciones y ésto me consolaba. Además mi encierro era relativo, pues todo el día me lo pasaba en la puerta esperando a alguien, en tránsito, que me pudiera conocer. Pero, cuando después de dos o tres días mi encierro continuaba, sin que al parecer nadie se acordara de mí, la desesperación me dominó. Llegué a suponer que, olvidado de todos, no saldría nunca de allí. Y más se adueñó de mi este pensamiento cuando los días siguieron pasando sin que nadie pareciera recordar que me encontraba detenido.

¡Diez días estuve en esta situación! ¡Sesenta guardias conocí durante la temporada! ¡Mi barba, tan crecida estaba, que nada le tenía que envidiar a la de cualquier patriarca! El último día, visto el poco resultado obtenido hasta entónces, por caminos terrénales, decidí encomendar mi asunto a la Virgen del Pino. Se lo pedí con toda mi fé y, caso milagroso, aquel día quedaba resuelta mi anómala situación. No había hecho más que terminar mi demanda a la excelsa Patrona de mi tierra, cuando el cabo de la Guardia Civil me ordenó que me pusiera en la puerta y una camioneta, cargada de tropas de Intendencia canaria, al mando del teniente Conde, se detuvo ante mí. Poco faltó para que me desmayara de alegría. Con el afán que es de presumir le expliqué, al teniente, lo que me ocurría. Este me ofreció que al día siguiente

volvería para garantizarme ante la Comandancia Militar. ¡Por fin, después de tantas noches pasadas en vela, aquella podría dormir tranquilo! Pero no sucedió así. Cuando me encontraba en lo más profundo del primer sueño, unas bofetadas dadas por manos amigas, me despertaron. Al abrir los ojos me encontré ante mí, muertos de risa, al ver mi cara de asombro, a Félix Bordes, capitán de la batería antiaérea volante, a Manuel Abreu y a Juan Manchado que enterados de lo que me ocurría, habían venido a visitarme. Pasamos el rato lo mejor que pudimos.

A la mañana siguiente, cuando fui puesto en libertad, mi alegría no tuvo límites. Seguramente, si no hubiese sido por temor a un nuevo encierro, esta vez por loco, me hubiera puesto a hacer las más graciosas carbiolas en la plaza público. Me presenté en la Comandancia Militar en donde me guardaron, por esta vez, toda clase de consideraciones. Me rogaron que disculpara el que se hubiesen olvidado de mí y me dieron un salvo conducto para que pudiera incorporarme a mi Centuria. Con esa idea tomé el tren para Eruste.

Eran tantas las emociones sufridas durante aquellos días y tan grande mi cansancio, más moral que físico, que no tardé en dormirme profundamente, a pesar del traqueteo del tren. Ya avanzaba la noche, cuando me encontraba en el mejor de los sueños, fui despertado por fuertes palmadas en la espalda. Era la Guardia Civil. Me exigieron la documentación y me hicieron, con gran pesadez, más de cien preguntas. Los nervios se me pusieron de punta. Por un momnto creí que no iba a tener fuerza de voluntad suficiente, para sujetarlos; pero no; sufrí con calma todo aquello hasta que terminaron el interrogatorio y se marcharon.



Y DIJO EL BARON A LA DUQUESA...

XXIV

Salió el tren de Leganés a las ocho y media de la noche. El viaje resultaba largo por las muchas paradas que tenía que realizar durante el recorrido. Illescas, Villaluenga, Numancia—se llamó Azaña hasta que rompí el letrero de la estación—Bargas, Rieves, Villamiel, Santa Olalla y Carmena, eran estaciones de parada hasta llegar a Eruste. A las cuatro de la madrugada llegué a esta estación e inmediatamente me puse en marcha hacia el pueblo. Cuando la tía María, mi antigua patrona, abrió la puerta, respondiendo a mis llamadas, su asombro no tuvo límites. Era tanto lo que yo había cambiado durante el mes que faltaba del pueblo, que le costó verdadero trabajo reconocerme. Andrajoso, sucio, completamente agotado y soportando en mi cuerpo enorme cantidad de parásitos que no me dejaban un momento de reposo estaba como para que me arrojaran a una estercolera. Sin embargo, a pesar de todo lo que aquello representaba para mí, del sufrimiento moral y físico a que estaba sometido, ni una sola queja salía de mis labios. Y, es que para mí era suficiente pensar que todo sacrificio era por la Patria y por el Generalísimo Franco, para que me considerara con espíritu suficiente para soportar, con satisfacción y orgullo, las mayores inconveniencias.

La tía María, se hizo cargo inmediatamente de mi es-

tado y, como siempre, se desvivió por atenderme. En seguida, hirvió agua para la ropa y para mi cuerpo, el que quedó, al poco rato, como nuevo. Fué suficiente para ello unos buenos restregones con jabón y un estropajo. Doce horas dormí de un tirón. ¡Buena falta me hacía! Cuando desperté parecía otro hombre. La energía, el optimismo y el buen humor, eran otra vez conmigo. Pero no tardé en recibir otra mala nueva. La tía María, que era una buena mujer, dió muchos rodeos para darme la noticia. Se trataba de que mi centuria había sido trasladada a Toledo. Esto quería decir que me encontraba sólo en el pueblo y que también tendría que abandonar Eruste, al que le había tomado afecto como si fuera cosa mía, para incorporarme a mis compañeros. Pero no pude hacerlo tan pronto como estaba obligado. La grippe lo impidió. En estas circunstancias tuve que guardar cama, con elevada fiebre, y reclamar por telégrafo, del jefe de la centuria, los servicios de Perera, que no tardó en estar a mi lado. Quince días duró mi curación. Al final de ellos fui dado de alta y emprendí la marcha hacia Toledo acompañado de mi fiel Perera. Horas más tarde habíamos llegado a nuestro destino.

Ya llevaba ocho meses de campaña y ésto me decidí a pedir permiso, a mi buen jefe, Alfonso Larrea, para pasar unos días en mi tierra. Me fué concedido y me trasladé a Talavera de la Reina con el fin de ver, antes de marchar, a los buenos amigos que allí tenía. Fué mi primera visita al Hospital de Santo Domingo del que era jefe mi amigo de la infancia, Emilio Ley, persona muy querida y apreciada por sus buenas cualidades y por las consideraciones que tenía con todos sus paisanos los canarios.

Acudimos al Hospital Perera y yo, apoyados en sendas "garrotas"—cayados de pastor—hicimos el camino. Al llegar, preguntamos por "Papá Ley", como le llaman los canarios, y esperamos a que terminara de una operación que estaba realizando—la de sacarle una bala de

un pulmón a un soldado—para saludarle. Mientras esto sucedía, mi compañero y yo nos dedicamos a observar. A observar la pulcritud y limpieza de aquel lugar de heridos y las muchas enfermeras, guapas, que pasaban ante nosotros. Las había de todas clases: rubias, morenas, de ojos grandes, de nariz respingona, que es como a mí me gustan las mujeres, algunas de mirada pilla y soñadoras otras. Casi todas pertenecían a la buena sociedad de San Sebastián. María Pilar Zulueta, Corito Cros, Carmiña Saenz y todas ellas merecían admiración y respeto por la gran labor que realizaban en favor de los heridos. Desde las siete de la mañana a las ocho de la noche, a más de cuando les tocaba guardia que estaban veinticuatro horas de servicio, aquellas mujeres tan delicadas, siempre dispuestas al sacrificio, no descansaban ni un sólo instante. ¡Era magnífico su ejemplo!

Cuando más distraídos nos encontrábamos haciendo estas consideraciones, se abrió la puerta del quirófano y apareció, ante nosotros, con un recipiente lleno de gasas y algodones manchados de sangre, una de aquellas damas blancas. Nuestra atención quedó pendiente de su belleza. Y hasta tal punto realzaba el atractivo de su rostro trigüeño, la albura de la toca que lo encuadraba, que no pude contener el piropo. Pero mis piropos nunca han podido tener la galanura de los tiempos versallescos, más bien han sido lo que se ha dado en llamar, piropo moderno, ese con tendencia a galantería ordinaria, y así ocurrió que, a impulsó de mi admiración, le espeté a la dama:

—¡Tiene usted cara de bandida!

No hice más que soltarlo cuando comprendí que había exagerado la nota moderna. Me pareció mucho lo de bandida para aquel lugar y para aquella dama. Así lo debió comprender ella también, aunque no hizo alto ni bajo. Pero me lo confirmó más tarde el saber que se había ido en queja al Director, precisamente a "Papá Ley". Menos mal que enterado éste de quien era el piropoador

me disculpó con calor y convenció a la ofendida señorita, que era Marta Figueroa, Duquesa de las Torres y parienta del Conde de Romanones, de que se trataba de un buen muchacho incapaz de ofender intencionadamente.

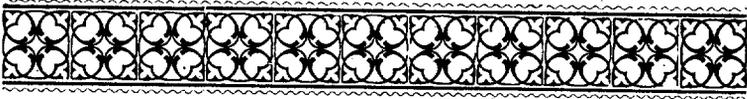
Tuve que volver al hospital al día siguiente y, casualidad, con la primer persona que me encontré fué con la Duquesa de las Torres. Me hice el "longuis", como vulgarmente se suele decir, pero élla no se conformó con mi forma de proceder y acercándose me preguntó, con ironía, si me encontraba mejor. Comprendí al instante la intención de su pregunta. Había supuesto, con razón, naturalmente, que el día antes "estaba en copas" y trataba de ponerse en plan de tomarme el pelo. Yo opté por continuar haciéndome el "longuis". Esto la mortificó hasta el extremo de ponerse seria y decirme:

—¿Olvida usted que está hablando con la Duquesa de las Torres?

Aquella pregunta me sentó como una buena bofetada en pleno carrillo, pero, no lo demostré y decidí ponerme a la altura de las circunstancias en la réplica.

—¡Cómo olvidarlo, Duquesa; eso no es posible!—le dije: Mucho menos, cuando se siente uno tan honrado. Además, yo también soy título. Soy Barón de Malpica y Armado Caballero en pleno campo de batalla. Como usted vé, Duquesa, mi nobleza es digna de parangonearse con la que más. Procede directamente de valerosos hechos de armas y no de herencia.

Marta Figueroa, Duquesa de las Torres, muy seria, me miró, pero, por más que se esforzó, no pudo resistir más y soltó el trapo de su argentina risa. Por lo visto, por fin se convenció de que le había hecho gracia. Aproveché el momento para hacerle una ceremoniosa reverencia y despedirme de élla; reverencia que hubiera envidiado todo el Versalles elegante.



¡PRUDENCIÓ, EN MARCHA!

XXV

Ultimo día en Talavera. Iba a emprender el viaje para Canarias y quise despedirme de todos mis amigos, principalmente, de mi entrañable amigo el aviador Ramón Pando, que también pensaba en un viaje a Las Palmas, y de Diego Mesa, herido por la metralla, cuando atendía facultativamente en la primera línea de fuego de Brunete, a los que necesitaban asistencia.

Marchaba camino del aeródromo, para ver a Pando, cuando mi ánimo fué sobresaltado por una terrible explosión. Un avión rojo, solapadamente, como de costumbre, a gran altura para no ser visto, se había acercado a Talavera y había dejado caer una bomba de gran potencia. ¡Una sola para evitar el peligro de ser alcanzado! Por verdadero milagro la bomba no cayó en el hospital de Santo Domingo y por verdadero milagro también, Prudencio Doreste, estaba vivo en aquel momento. La bomba había hecho sus catastróficos efectos en una barbería de la que yo había salido de afeitarme hacía un instante. ¡Si me llega a “pescar” en el sillón, me hubiese evitado la propina!

El avión rojo, después de su cobarde hazaña, huyó como alma que lleva el diablo. Pero sus ocupantes no pensaron en que no siempre las cosas salen como uno las calcula. Al pasar, en su huida, por el puente de Al-

berche, unos falangistas tinerfeños, allí de servicio, hicieron fuego sobre él, y lograron derribarlo. Uno de sus dos tripulantes, que resultaron ser rusos, se pegó un tiro al caer; el otro fué cogido vivo. Así vengaron los tinerfeños la muerte de dos compañeros víctimas, no había mucho tiempo, de la aviación roja.

La noche del día 17, pensando en que pronto estaría en Las Palmas, entre los míos, no pude pegar los ojos. Me la pasé imaginando la escena del recibimiento y los días felices y descansados que iba a pasar en mi tierra. ¡Cómo llama a uno el terruño después de una ausencia! A las nueve de la mañana del día siguiente, tomé el tren para Plasencia, en compañía de Miguel Cambreleng y de Gabriel Estévez. A la salida, una verdadera lluvia de encargos, de los paisanos que habían ido a despedirme, cayó sobre mí. ¡No sé como puede haber persona enemiga de recibir encargos! ¡Yo, en aquella ocasión, estaba satisfechísimo de los tantos que me hacían! “¡Mira, no te olvides de darle ésto a mi novia! “¡Visita a mi madre y dile que estoy bien!”. “Esta carta para la que tú sabes!”... me enorgullecía. Era mucha la confianza que depositaban en mí todos aquellos amigos para que la dejara de apreciar en su justo valor y de hacer promesa solemne de no olvidarme. Claro que, después, ocurrió que de más de las tres cuartas partes de los encargos, al llegar a Las Palmas, ya no tenía ni idea. Pero eso es disculpable, ¿verdad, lector? ¡Además, es lo que siempre ocurre! ¡Es el tanto por ciento que corresponde a la cuenta de “cosas perdidas y olvidadas”, de la contabilidad del viajero!





*VENTAJAS QUE REPRESENTA, A VECES, PERDER
EL TREN*

XXVI

Un viaje largo en ferrocarril le embota a uno los sentidos. Después de estar unas cuantas horas soportando el monótono "trac-trac", de choque de herrajes, termina uno por no tener otra cosa en la cabeza. Termina uno más tonto de lo que es. A ésto fué debido, sin duda, el que, después de dos horas de viaje, al llegar al Paso de Tejada, endonde el convoy hizo parada, sin darme cuenta, perdiera el tren. ¡Qué cosa más desagradable es eso de perder el tren! Sin embargo, cuando al salir al andén de la estación ví que ya no estaba a mi alcance, que sin preocuparse de mí se alejaba como si yo nada representara para él y que, por aquella circunstancia, me quedaba sólo en un lugar en que a nadie conocía, ni hice alto ni bajo y me quedé tan fresco como una lechuga. Así mantuve, una vez más, mi decisión de no ahogarme en un vaso de agua.

Por un momento pensé en seguir tras él, por la vía, hasta darle alcance, pero, como a veces, aunque sea raro, estos trenes abandonan su costumbre de marcha lenta y se vuelven locos corriendo, opté por esperar al que pasaría, según me informaron, a las ocho de la noche. Para hacer tiempo me fui a un mesón que había por allí cerca y me comí una monumental tortilla. Después descansé, tranquilamente unas cuantas horas.

Con bastante anticipación, por si las moscas, me fui al andén a esperar el tren anunciado. Por fin llegó. Se trataba de un tren hospital y venía totalmente ocupado por legionarios. De éstos, unos cantaban y otros dormían a pesar de los cantos. Como mejor pude me acomodé en él para pasar las horas del viaje. Nadie me dijo nada ni a nadie pregunté. Ya habia pasado un buen rato, desde que el tren abandonó la estación del Paso de Tejada, cuando hizo su aparición un sanitario que iba ofreciendo agua a los heridos. Por el acento de su charla comprendí que se trataba de un "gofión" de pura cepa. ¡Cómo que era de Cuevas Caídas! Por él me enteré que el cuidado de aquel hospital estaba a cargo de una sección de sanitarios de Las Palmas. En vista de la noticia me dediqué a recorrer los distintos departamentos para saludar a mis paisanos. Me tropecé con algunos de ellos y por último, con mi gran amigo Antonio "el del Hielo", como lo conocemos por nuestra tierra. Celebré el encuentro, entre otras cosas, porque me proporcionó una opípara comida y un cómodo lecho.

Llegamos a Placencia. Placencia en estos momentos es uno de los nudos más importantes de las comunicaciones nacionalistas. Durante el día son muchos los trenes que salen de su estación para toda la zona liberada. Cuando el nuestro se detuvo yo salté rápidamente al andén para indagar el paradero de mis compañeros Cambreleng y Estévez, perdidos con el tren, en Paso de Tejada. Me informaron que habían transbordado en dirección a Cáceres.

Para continuar el viaje tuve que esperar al expreso de Irún. Al llegar éste yo fui el primer viajero que saltó dentro de él. Me acomodé en un departamento de primera y esperé tranquilamente los acontecimientos que necesariamente tendrían que producirse cuando el revisor viniera a exigirme la justificación de mi derecho a ocupar aquel sitio. Ya habíamos pasado de Mérida cuando el

hecho se produjo. El revisor me pidió el billete y yo le entregué el pasaporte.

—¡Con ésto no tiene usted derecho a viajar aquí!— me dijo después de examinarlo.

Le contesté, poniendo cara doliente, que venía enfermo—era una lección que me habían enseñado—y que le rogaba no me molestara no fuera que mi enfermedad pudiera tener complicaciones. A pesar de que mis razones iban directas al corazón del revisor, éste, no daba su brazo a torcer e insistía en que abandonara aquel sitio que no me correspondía. Por un momento creí que la iba a perder, pero no; a fuerza de testarudez salí vencedor. A su pretensión siempre le oponía yo las razones de mi fingida enfermedad hasta que terminó por dejarme tranquilo.

En aquel tren viajaba, según pude enterarme más tarde, el General D. Carlos Guerra Zagala, nuevo Comandante Militar de Canarias, su esposa y una hija. Me presenté a él y me acogió con la corrección y afabilidad que le distingue. Cómo era natural, hablamos de Canarias, a la que sólo conocía por referencias. El ilustre General sufría ya en aquellos momentos, la pérdida de un hijo, Teniente de Regulares muerto hacía poco, en el campo de batalla, luchando por la salvación de España.

Corrió el tren, en aquella ocasión, como un desesperado, lo que dió lugar a que llegara a Sevilla a las cinco de la madrugada. Tuve que esperar hasta las nueve para ver la cara de asombro que pusieron Cambreleng y Estévez, cuando me encontraron esperándolos en el andén de la estación sevillana.





DE SEVILLA A CADIZ Y DE CADIZ A SEVILLA

XXVII

El General me había dicho que, aquel mismo día, saldría correo de Cádiz para Canarias. Esta noticia me llenó de alegría porque tenía mucho interés en llegar pronto a Las Palmas. Y, no era, precisamente, por cuestiones de negocios, ni siquiera por pulsar el mercado de bananas y tomates; era porque, después de ocho meses que faltaba de mi tierra, ocho meses que me habían parecido ocho siglos, tenía deseos de volverla a ver. ¡De “saborrearla” con todos sus atractivos!

Siendo ésta mi decisión me ví obligado a separarme, voluntariamente, de mis compañeros, hacía poco recuperados, Cambreleng y Estévez, que de ningún modo quisieron seguirme en viaje tan rápido. Así fué como me quedé sólo en la estación, con mis bártulos, hasta que pocos minutos después llegó el tren que me debía llevar a Cádiz. Este me recibió resoplando como siempre. Con cara de pocos amigos. Pero yo ni siquiera esperé a que se detuviera para tomarlo y acomodarme en él.

Seis horas duró el viaje. Por ser de día pude apreciar, por la ventanilla de mi departamento, con todo detalle, la campiña de esta parte de Andalucía. Sus prados, sus dehesas y sus salinas. Esas innumerables pirámides blancas que forman, a uno y otro lado de la vía, media hora antes de llegar el tren al término de su recorrido. A las tres de la tarde llegué a Cádiz. Para lan-

zarme al andén esperé que el tren estuviese bien parado. Y, es que no soy muy decidido en esta operación porque siempre experimento, al realizarla algo así como sin saber nadar, me fuera a tirar al mar. Ya en tierra firme, como mejor pude, sorteé maleteros y guías de hotel. ¡Era una verdadera nube! Preguntando a este y aquel guardia pude llegar al cuartel de Falange. Allí expliqué a mis camaradas las intenciones que tenía de embarcar en el vapor que, según me habían informado, salía aquel día de Cádiz con dirección a Canarias, y ellos mismos me prepararon las listas de embarque. Diligente acudí a Transportes militares para ultimar los requisitos necesarios, pero ya en aquella dependencia me encontré con que... no podía embarcar porque ni había barco para Canarias, ni se tenía idea de cuándo podía haberlo. ¡Me resultó muy desagradable aquello de estar a las cuatro de la tarde en Cádiz sin saber qué hacer!

Decidí regresar a Sevilla. Pude averiguar que el primer correo para Canarias saldría directo de aquella capital andaluza. En estas circunstancias Sevilla me llamaba. Lo preparé todo para tomar el primer tren que saldría horas más tarde.

Mientras tanto recorrí la bella ciudad gaditana. Visité sus friterías de pescado y paladeé su rica manzanilla. No tuve tiempo de más. Y, la verdad, lo sentí porque Cádiz es digna de que se le rinda adecuada pleitesía.

Sevilla, y en Sevilla el Hotel Inglaterra, me albergaron durante seis días. Fué el tiempo que tardó en salir para Canarias el "Ciudad de Melilla". ¡Lo pasé bien en Sevilla! ¡Su barrio de Triana me encantaba, su gitanería me sugestionaba! Aún hoy hay momentos en que sueño con el sortilegio de aquellas horas flamencas.

Ya en Sevilla poco tiempo me bastó para lograr buenos amigos de los que por aquella tierra llaman de "rompe y raja". Inmejorables chicos todos ellos y rendidos admiradores del buen vino blanco de la tierra. Entre éstos se encontraba Joscito, flamenco hasta los huesos y

siempre dispuesto a la juerga. Hijo de buena familia—su padre tenía un importante comercio de camisería—no hacía otra cosa que no fuera la de pasear su sombrero de ala ancha y enamorar. Era muy conocido y admirado, según él, por el sexo débil. A pesar de no trabajar, siempre tenía un duro en bolsillo, lo que hacía que no le faltara nunca la compañía de un amigo. Su lema era, lo repetía a cada momento, arrestos para los hombres y *achares* para las mujeres. Constantemente hacía resaltar su condición vengativa. ¡A mí—solía exclamar con ímpetu salvaje—quien me la hace, me la paga! Sin embargo, en el fondo, era un buen muchacho dispuesto siempre a sacrificarse por los amigos.

Una noche, estando reunidos cinco de mis amigos sevillanos y después de tener en el cuerpo cada uno, media docena de vasos de manzanilla, se le ocurrió a Joseíto, recorrer las estaciones. Claro que las estaciones a que él se refería no tenían nada de santas; eran, sencillamente estaciones paganas. Estaciones en las que se cotiza el amor a un tanto fijo. Se puso a discusión la propuesta y mientras unos mostraban completa conformidad con ella, otros, entusiasmados con la manzanilla, solicitaban un margen de seis vasos más para adherirse. No obstante, triunfó Joseíto. Pintó con tan vivos colores las ventajas que nos reportaría el ir con él, el cartel que él tenía por aquellos lugares, la belleza de sus amigas; cantó con tal arte las excelencias de la manzanilla con que seríamos invitados, sólo por retenernos para que él no se marchara, que nos declaramos, sin reservas, incondicionales de su programa.

Recorrimos calles y más calles. La mayoría de ellas solitarias y mal alumbradas. Joseíto, jactándose, ocupaba nuestra vanguardia. La maniobra era siempre la misma y los objetivos no tenían diferencia. Un zaguán obscuro, un timbre que suena, una débil luz que se enciende, unos ojos detrás de una mirilla, la puerta que se abre y unas cuantas mujeres, pintarrajeadas e indolen-

tes, con aire de haber salido hacia poco de la grippe, que, con voz bronca por el vicio, nos decían invariablemente:

—¡Anda, rico, “convíame”!

La disolución fué cundiendo entre todos nosotros. Aquelló no encerraba novedad alguna! ¿Dónde estaba el cartel de Joseíto, los convites de manzanilla, las mujeres guapas y todo aquel programa de juerga por todo lo alto? ¡Indudablemente, Joseíto había patinado! Así lo pensé aunque me guarde mucho en decirselo. No tenía interés en hacer explotar su iracundia.

De este modo llegamos a la “estación” décimo tercera. ¡Mal número! hubo quien apuntó; pero nadie hizo caso. Además se trataba de una semejante a las demás y no nos preocupaba el presagio. Joseíto, decidido como siempre, oprimió el botón del timbre al mismo tiempo que nos dijo:

—¡Ahora veréis la sorpresa que os tengo “reservá”! ¡Hay cada “gachi” aquí dentro! ¡Y, todas “pirriaitas” por mis huesos!

Se abrió la mirilla y una voz hiriente y desagradable, chilló destemplada:

—¿Qué queréis?

—¡Abre, Carmeliya! ¿Pero es que no me has “conosío” gitana?—replicó Joseíto.

—¡Pos no te voy a conosé s’o permaso! ¡Por eso no abro! ¡No estamos aquí dentro p’a perdé el tiempo con nengún malage! ¿Te enteras?

—¡No te conozco, Carmeliya! ¡Pero, morucha, si...

No pudo terminar, Joseíto, su melosa oración. Tirada la mirilla, con fuerza, casi le dá en la nariz. El haberse puesto nuestro amigo como una fiera, impidió que soltáramos la más estrepitosa de nuestras carcajadas. Joseíto estaba que se subía por las paredes y por eso optamos por poner cara de acompañante de entierro. A viva fuerza tuvimos que sacarlo del zaguán de aquella casa. ¡No quería marcharse hasta que le abrieran la puerta! Por fin, ya en la calle y como pareciera más tranquilo, le soltamos.

Fué entonces cuando, jurando y perjurando que se iban a pagar, entró de nuevo en la casa rápido como una centella. Al ver la actitud decidida y agresiva de Joseito, un escalofrío recorrió el cuerpo de todos nosotros.

Ninguno se atrevió a seguirle. Puedo asegurar que, por mi imaginación, en aquel trágico momento, pasó toda la historia homicida de la navaja sevillana. Hasta me pareció oír el característico saltar de sus muelles. Y, no me equivoqué, pues, instantes después, apareció Joseito ante nosotros, con la sonrisa estúpida del asesino en la boca y con una navaja de gran tamaño en la mano. Poco me faltó para caer desvanecido. Igual emoción creo experimentarían los demás. Rápidamente nos alejamos de aquel lugar y sin proferir palabra durante el camino, pues sólo nos embargaba el temor de que nos persiguiera la policía, llegamos al primer bar que encontramos abierto. Ya en él y más tranquilos, después de tres vasos de manzanilla, exigimos de Joseito una explicación.

—¿Cuál fué la defunta?—se atrevió a preguntar, quedamente, uno de los reunidos.

—¡Qué defunta ni qué Niña de los Peines!—exclamó Joseito.

—¿Pos no ibas decidido a que te las pagaran, gachi?

—¡Y me las pagaron! ¡Por mi salud y por la de mi agüela que está en la Gloria! ¡Joseito es mucho home p'ia aguantá una esaborisión! Figuraos la cara quee pondría Carmiya y las otras, cuando se vieran a oscuras. ¡Josú, Josú! ¡Me parece estarlas viendo! Porque ¿sabéis lo que hice? ¡Pos cortá el hilo de la electrisiá!

Y, Joseito, lanzó una estruendosa carcajada como adecuada oyación a su venganza.





VUELVO A MI TIERRA

XXVIII

El que no ha pasado el Guadalquivir, pasajero náuta, "no sabe lo que es cosa buena", como diría cualquier vecino de la Giralda. Pues bien, yo he sabido lo que es cosa buena. Pasajero del "Ciudad de Melilla" he descendido por el río, desde la Torre del Oro hasta el Atlántico, y me he *atracaído* de belleza; de belleza andaluza, que es una de las bellezas más originales. Los bellos paisajes de esta tierra, a una y otra ribera, han desfilado por mi retina llenándome de admiración. Aquí, la nota blanca de un cortijo, con sus acogedores cobertizos impregnados del aroma de la floresta sana, con sus innumerables tientos cargados de claveles de todos colores, adorno de rejas y balconadas, y trás esos claveles, que son patrimonio de la mujer andaluza, una cara morena de mujer hermosa, más bien adivinada que vista, con unos ojos de drama pasional, negros, profundos y brillantes, que, en éxtasis, sueñan con el amor y el querer de un mocito tierno y pinturero. Allá, una dehesa, en la que la piara de reses bravas se entretiene en mordisquear la hierba con toda tranquilidad. Sin que nada la moleste ni la enfurezca. Como si bajo aquel continente de bestia noble y sosegada no estuviese escondida la fiereza indomable del toro de lidia, capaz de arremeter con el arrollador valor que le proporciona su sangre de casta única, contra un tren en marcha, si creyese ver en él afán de lucha o desafío.

En el avanzar lento del barco por el río, a veces se encuentra con gigantescos árboles, en ambas orillas, que parecen empeñados en rendir honores y formar arcos de triunfo a su paso. De vez en cuando, de tarde en tarde, como emergiendo del inmenso mar verde de la pradera o sobre las copas de los olivos, surge el alegre caserío andaluz, con sus casitas de inmaculada blancura y su campanario, que parece vigilar y proteger. Hombres y mujeres, con sus aperos y utensilios de trabajo, van de un lado para otro en busca de la faena. El ambiente, luminoso y sereno, invita a la contemplación y a la indolencia. Todo ésto aderezado, a veces, con la queja doloridá de un cantador de flamenco que, al extenderse por el espacio y alcanzar la borda del barco, hace prender, en quien la escucha, la dulzura de su tristeza. Y, así, hasta que poco a poco, las márgenes del río se van alejando de nosotros y se pierden de vista.

Estamos en pleno Atlántico: ¡en el mar que acaricia a mis Afortunadas! El "Ciudad de Melilla", marcha hácia éllas, con la indiferencia del que se sabe obligado y dominado. ¡Ni aun las enerespadas olas, que batén sus bandadas, son capaces de hacerle dudar! Por mi parte solo siento, en mi impaciencia acentuada ahora más que nunca, los días, las horas y los minutos, que faltan para llegar.

Conforme nos vamos alejando de tierra peninsular el mar se muestra menos consecuyente. Parece empeñado en hacer el negocio del mayordomo. ¿Tendrá comisión? Lo cierto es que, con su intranquilidad, cada vez en aumento, impide que uno coma y que retenga nada en el estómago. Olas, de impetuosidad creciente, con sus grandes crestas cargadas de espuma blanca y juguetona, se suceden en el asalto a nuestro pobre barco que, a veces, dolorido, se queja y se retuerce. ¡De mal augurio es todo ésto! Indudablemente anuncia fuerte temporal.

No habían pasado muchas horas cuando ya resultaba completamente imposible estar sobre cubierta. El buque era, como enorme pellele, traído y llevado por gran-

des olas, a mi parecer, juramentadas para consumir el naufragio. Yo, lanzado de un lado o otro por el vaiven del barco, sintiendo los golpes alcanzados en aquel baile infernal, sólo pensaba en mi chaleco salvavidas y en algo que leí una vez sobre el instinto de los tiburones. Estos animalitos, según el autor de aquella lectura, adivinan cuando una embarcación va a naufragar y la siguen, pacientemente, días y días, hasta que el bocadillo les viene a la boca. Esto me nizo presumir que, a popa, llevaríamos una buena escolta de ellos. Cuando más obsesionado me encontraba por estos pensamientos un terrible bandazo y un escalofiante crujido me pusieron en trance de sentir pavor. El barco pareció querer dar el salto de la muerte. Por mi imaginación pasó en un instante el cuadro de mi carne, blanca y aterciopelada, devorada por las tres filas de dientes de aquellos animaluchos feos y repulsivos. ¡¡Horror!! Cómo un loco salí al pasillo gritando:

— ¡Qué pasa! ¡Qué es lo que pa...a...sa!

— ¡No grite, caballero; no pasa nada! — me contestó un camarero que, sonriente y bailando un charleston para guardar el equilibrio, pasó por mi lado con un bacín en la mano.

Sin embargo, más tarde, cuando después del temporal vino la calma, me pude enterar de que, a pesar del “no pasa nada” del camarero y de su sonrisa tranquila, había pasado algo, y muy grave. Un golpe de mar había roto la cadena del timón y durante unas horas estuvo el “Ciudad de Melilla” sin mando y en inminente peligro de zozobrar.

¡Cuatro días tardamos en llegar a Las Palmas! Cuando ya avanzada la noche del cuarto, pude divisar las luces de la ciudad, una gran alegría invadió todo mi ser y un gran suspiro desahogó mi pecho. Aquellas líneas de puntos luminosos, a lo largo de muelles y paseo de las Alcarabaneras, me parecieron, desde el mar, diademas de brillantes en noche de sarao; en noche de aristocrá-

tica fiesta celebrada en nonor a mi llegada. Al atracar el barco tuve la gran alegría de encontrar en el muelle, esperándome, a mis inseparables amigos Perico Bonello y Teodoro Pérez. Nos abrazamos emocionados y seguimos al Hotel Metropole, para celebrar allí, comiendo y bebiendo, mi llegada. Después, cuando consideré cumplido aquel deber, traté de marchar a mi casa, pero no me dejaron. Se empeñaron en que fuera. a Teror y a Teror fui. ¡¡La verdad, soy débil con las amistades! En Teror despertamos a nuestro común amigo Miguel Sánchez y volvimos a celebrar mi regreso.

Aproveché mi estancia en el pueblo para dar gracias a la Virgen del Pino, por haber acudido en mi auxilio cuando se lo demandé. Claro que no pude entrar en el templo porque, dada la hora, estaba cerrado, pero, desde la plaza, le dediqué mis plegarias más fervorosas.

Ya de madrugada, cuando mis amigos me soltaron, fui a visitar a mi familia. Después de esos transportes de alegría a que dá ocasión el regreso sano y salvo, del ser querido que ha estado sujeto a los peligros de una vida azarosa, me acosté y dormí, como ya hacía muchos meses no dormía. Fué aquello el mejor sedante para mis nervios sin control.





OTRA VEZ EN VIGO

XXIX

Diez días estuve en Las Palmas. Los pasé muy bien porque, durante ellos, todo fueron atenciones para conmigo, pero, ya al final, estaba desesperado por volver a mi puesto en el frente. Pensaba que no era lógico estar en la relaguardia, gozando de vida plácida y cómoda, mientras mis compañeros luchaban y se sacrificaban por la Patria. Así ocurrió que, cuando por fin me ví de nuevo camino de la Península, una gran alegría invadió mi ser.

No fué el viaje a Vigo tan bueno que me compensara de los malos ratos pasados en el "Ciudad de Melilla". Fué sólo regular. No obstante, ni me pareció largo, ni me resultó pesado. Por algo tuve como compañeros, entre otros, a García de la Peña y a Félix Sánchez Jimeno. Cuando llegamos a Vigo, una agradable sorpresa nos aguardaba. La toma de Málaga. También nosotros la "tomamos" y bien tomada. Fué por el procedimiento de lo que llaman, en el caló de la taberna distinguida, "una torta de reglamento".

En Vigo fuimos a hospedarnos al Hotel Moderno. ¡Qué formidable hotel! Mejor dicho: ¡Qué formidables camareras las del hotel! ¡Parecían hadas bienhechoras, cuando por las mañanas, con sus caras bonitas, adornadas por elegantes cofias, nos traían el desayuno a la cama! ¡Por mucha hambre que uno tuviera siempre le asallá-

ba la duda entre comerse el desayuno o comérse la camarera!

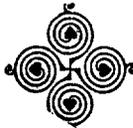
Mis compañeros de viaje eran personas en paro obligado con respecto a ciertos excesos. El que no padecía del estómago, padecía del hígado o del riñón. Claro que si yo hubiese estado con mi ataque de reuma mis condiciones no hubiesen sido más boyantes que las de ellos, pero, como no sucedía así, decidí aprovecharme de la ventaja. Estar en la bella ciudad gallega y no gozar de sus atractivos naturales era algo así como hacer el papel de tonto. Y, naturalmente, tomé la decisión de no hacerlo. Para ello me ví obligado a darle "esquinazo" a mis compañeros.

Me eché a la calle con mi abrigo de pieles y mis guantes de jabalí con lo cual muy bien se me podía confundir con un potentado. ¡Con el rey de la "whiskineada", por ejemplo! Con esta indumentaria me fui al mejor cabaret de Vigo. Mi entrada en el establecimiento produjo sensación. Todo el mundo, allí dentro, prendió su curiosidad de mi persona. Yo procuré que no decayera, pasado el primer momento, mi condición de individuo interesante. No tuve que esforzarme mucho. Además, bastó que sacara cuatro cajetillas de "egipcios" y las pusiera sobre la mesa, para que quedara dueño del establecimiento. Como si yo fuera centro de atracción para bellas muchachas, éstas me rodearon, eso sí, observando gran respeto, y me pidieron cigarrillos. Se los dí, entablándose conversación y al poco rato éramos todos, buenos camaradas. Quise invitarlas y pedí una botella de vino "Jandilla". A aquella botella siguieron otras y cuando ya había sobre la mesa seis vacías, nos encontramos, las chicas y yo, dispuestos a las más disparatadas empresas. Solicité del director de la orquesta que tocara la "Carioca" y la tocó porque todo el mundo apoyó mi petición. Las notas de la célebre canción tropical llenaron la sala y yo, en mi afán de divertirme, subí al escenario y empecé a bailar. El público, entusiasmado ante mi arte coreográfico, empezó a jalearme y

a aplaudir estrepitosamente. Fué tan grande mi éxito que difícilmente lo olvidaré, aunque, la verdad, debido a no estar en mis cabales, por culpa de la "jandilla", no conservo muy precisa la escena en mi memoria. Sé que el escándalo fué de los que hacen época y que del cabaret salí detenido; pero, lo que no puedo precisar son las razones que hubieron para que fuera ese el final de aquella noche tan simpática.

Y, lo más triste del caso es que, para no conservar nada como recuerdo de aquellas horas tan felices, ni siquiera continúan siendo míos el abrigo de pieles y los guantes de jabalí, que tanto cartel me dieron en aquella ocasión y que, más tarde, en una de esas crisis peseteras que se padecen con tanta frecuencia, tuve que vender en pública subasta. De este hecho guardo un peso sobre mi conciencia. Peso que nace por entender, hoy, que no me debí desprender jamás de aquellas prendas de tan gran valor histórico-sentimental. Y mucho menos, ponerlas a disposición del primer postor para que, considerándolas, ni más ni menos, como el más vulgar de los objetos.

El dueño del flamante abrigo y de los guantes de piel de jabalí, es en la actualidad mi buen amigo el teniente de Artillería Francisco Hernández González, que se encuentra en el frente defendiendo el glorioso Movimiento Nacional.







SALAMANCA, DOMINGO PEREZ Y NAVALCARNERO

XXX.

Salimos de Vigo a las siete de la mañana. Después de unas cuantas horas de marcha, el tren se detuvo en Monforte de Lemos, nudo de las comunicaciones ferroviarias gallegas. Allí me llevé una sorpresa porque tuve la suerte de tropezarme con mi amigo, el teniente de Caballería Quilpatrik, uno de los deportados a Las Palmas, al advenimiento de la República. Tuvimos ocasión de charlar un rato largo, pues el tren se detuvo, con la disculpa de hacer maniobras, más de sesenta minutos. Por fin continuó el viaje hacia Salamanca a donde llegamos después de interminable recorrido y de soportar paradas en cada una de las estaciones y "estacioncillas" que encontramos. Ya en esta ciudad tuve el sentimiento de despedirme de mi compañero de viaje, José García de la Peña, el que, con toda urgencia, tenía que incorporarse a la Jefatura del Aire.

Salamanca es la ciudad que mejor conserva el ambiente de la histórica y antigua Castilla. La que, a pesar de la obra demolidora y criminal, pudiéramos decir, de la piqueta contemporánea, aun puede mostrar orgullosa su fisonomía medioeval con su catedral y sus murallas. Aun, al pasear el visitante por sus calles estrechas y tortuosas, cuajadas de iglesias, conventos, palacios y casas solariegas y de viviendas irregulares y caprichosas, con sus

salientes y voladizos, puede sentirse transportado a aquella época feliz del Renacimiento español. Sin embargo, no se ha podido evitar que, al lado de todo ésto, de evidente sabor tradicional, aparezca lo más moderno de nuestro siglo: el bar. Tres existen en la ciudad con sus "enyesques", sus altos taburetes y su caja registradora. Se denominan Las Torres, Novelty y La Granja. Son las únicas tres notas cosmopolitas de Salamanca, las que, después de todo, bien están, porque de no, difícilmente podría uno resistir la tentación de coger una rucca y ponerse a hilar tras una de aquellas ventanas, angostas y de ojiva atrevida, de los palacios salamanquinos.

Cuatro días estuve en Salamanca. Traté de husmearlo todo pero creo que no husméé nada. ¡Está hoy muy animada Salamanca para que uno pueda prestar mayor atención a la parte monumental e histórica! ¡Un aumento fulminante de población, veinticinco mil nuevos habitantes, ha trocado, su proverbial tranquilidad, por vértigo de movimiento y trabajo!

Aprovechando mi paso por la ciudad quise saludar al señor Díaz Hernández, Alcalde de Las Palmas que, según noticias, se encontraba allí desarrollando una intensa labor en favor de Canarias. Pero no pude lograrlo. Según me pude informar, hacía unos cuantos días que había marchado a Burgos.

Al salir de Salamanca lo hice en compañía de mil hombres que, en el mismo tren, se dirigían al frente de Madrid. A despedir estas fuerzas, y a pesar de ser las cuatro de la madrugada, acudió a la estación enorme gentío que no se cansaba de vitorear y lanzar gritos patrióticos. Fué en la tarde de aquel día cuando llegué al pueblo de Domingo Pérez. ¡Mi pueblo peninsular! ¡Fué magnífico y emocionante el recibimiento que se me dispensó! Todo el pueblo, enterado de mi llegada, acudió a la estación a testimoniarme su simpatía y al frente de todos, y esa fué mi mayor sorpresa, mi "asistente" Manuel Perera. Difícilmente pude mostrar mi agradecimiento y

corresponder a tanta muestra de afecto. Hubo momentos en que creí no poder sujetar las lágrimas que pugnaban por saltar de mis ojos al ver tanta demostración de cariño.

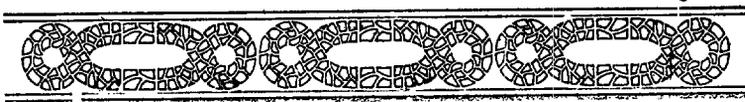
Durante ocho días estuve en Domingo Pérez gozando de toda clase de atenciones. Pero conviene aclarar que ésta vez, Prudencio Doreste, no fué el Prudencito de otras veces: el de la tasca y el de la juerga. No quiere decir esto que no visitase la primera y practicase la segunda. Indudablemente que sí; pero, lo hacía, como corresponde a quien es consciente del papel que desempeña en sociedad. Un Barón, el Barón de Malpica, por ejemplo, no puede emborracharse como cualquier plebeyo, de hacerlo, es necesario que sea con ciertos miramientos y con distinguida compañía, única forma de que no quede empañado el brillo de los blasones. Y, así sucedió que, puesta a mi disposición, para que me sirviera de hospedaje, la más aristocrática vivienda del pueblo—un verdadero palacio rodeado de magnífico parque—rara vez salía de élla. Atendido por Manuel Perera, representaba mi papel de Barón como si lo hubiera sido toda la vida. No recibía sino a muy determinadas personas y sólo los sábados, a la caída del sol, estaban declarados de audiencia pública.

Cuando ya me había acostumbrado a aquel vivir de potentado tuve que abandonar el pueblo de Domingo Pérez para incorporarme a mi centuria que se hallaba destacada en Borox; en el frente de Aranjuez. En este viaje, al pasar por Toledo, me detuve para saludar al Comandante Rúa, que se encontraba enfermo y hospitalizado. Me acompañó en la visita su ayudante, el teniente José Rodríguez. Cumplido este deber seguí la marcha pasando por Móstoles, pueblo de destacado renombre patriótico. Cuenta la Historia que, cuando la guerra de la Independencia, el Alcalde de este pueblo, por sí y ante sí, sin tomar en consideración su insignificancia bélica, le declaró la guerra a Napoleón. Aquí empezó a nublarse la estrella de éste. Puede decirse que el famo-

so Alcalde dió al traste con los éxitos guerreros de Napoleón, que tanto asombraron al mundo. Fué aquél un bonito gesto de héroe. Hoy Móstoles, a mi paso, por haber obligado las hordas rojas, al abandonarlo, que fuera evacuada toda la población civil, ancianos, mujeres y niños, se encuentra solitario como un pueblo muerto. Sólo queda en él, a más de los soldados que lo guarnecen, y como verdadero emblema de la España que vuelve, su célebre alcalde representado por una minúscula estatua en el centro de la plaza mayor.

Llegué a Navalcarnero residencia del mando de la División reforzada de Madrid. Allí tuve ocasión de saludar al Comandante de Estado Mayor, D. Antonio Cea, y al Capitán don Antonio Lucena, ambos agregados a la División. También yo quedé allí afecto a las oficinas y teniendo por compañeros a Juan Millán Rodríguez, Julio Navarro Jáimez, Ignacio Camacho Pérez-Galdós, Leopoldo Sandoval y los requetés Pepito Puente y Juan González. Fueren mis jefes, en esta ocasión, el Comandante Armada, el Capitán Martos y el Teniente Navascués.





CHICAS GUAPAS Y PATRONAS FEAS

XXXI

Ya en Navalcarnero por una temporada, me hospedé, junto con algunos compañeros, en casa de la Tía Narcisa. Era gorda, mofletuda y tenía cara de pocos amigos. Seguramente la práctica le había demostrado que una mala cara es un buen preventivo contra los sablazos. Cuando llegué a su casa, a pesar de su condición poco atractiva, quedé muy bien impresionado. Aquella grasa que le rebosaba por todas partes era indicio indudable de que allí se comía bien. Pero está visto que no siempre los indicios constituyen prueba. En esta ocasión, por desgracia, así sucedió. La Tía Narcisa creía que sólo con que élla comiera, nosotros podíamos tener los estómagos satisfechos. Ante tan extraña teoría y ante la posibilidad de morir de inacción digestiva, optamos por abandonar a aquella estrafalaria mujer.

Después de asegurarnos contra sorpresas, en lo que a comida se refería, nos instalamos en un nuevo hospedaje. Nuestra nueva patrona, como la mayoría de éllas, poco tenía que agradecer a la Madre Naturaleza. No obstante, de dar crédito a sus manifestaciones, en su tiempo, de haber existido lo de las "misses", élla, sin duda alguna, hubiera alcanzado el título de "Miss Universo". ¡Los hombres a su paso se quedaban bicos! Sin embargo, esta señora, tenía una hija que había acaparado gra-

cia y belleza por las dos. Estoy seguro que de no ser tan abundante la comida, como en realidad lo era, todos nos hubiéramos podido considerar lo suficiente nutridos con la risa, la charla y la simpatía, de la hija de la patrona. Y eso que tocábamos a poco porque, además de nosotros, eran huéspedes también los moros de una sección de Tiradores de Ifni.

La vida en Navalcarnero era insoportable por la temperatura que, no sé por qué misterio barométrico, siempre se encontraba bajo cero. Y, ésto, menos mal, porque, con frecuencia, el viento huracanado del Guadarrama, la lluvia y el granizo, la convertían en algo horrible. A pesar de todo, en ocasiones, logramos olvidarnos del frío y de las inclemencias del clima a fuerza de vino y de calor de miradas femeninas.

Todos los días acudía a tomar el té a un establecimiento moruno, de este género, en el que se pasaban las horas bastante bien debido a lo acogedor de su ambiente y a una orquesta moruna también que, con sus aires de dulce monotonía, hacía adormecer y soñar. Claro que no era sólo té lo que allí se podía tomar; el cliente podía disponer de cuanta bebida le fuera grata. Por esta circunstancia una noche salí a la "deriva" del establecimiento y en un triz estuvo que no hiciera rumbo hacia Griñón. Y ¿por qué?—se preguntará el lector. Pues muy sencillo: porque me tropecé con dos enfermeras de buen ver, francesas, pertenecientes a las Cruces de Fuego, que prestaban sus servicios en el Hospital de Griñón y que se propusieron demostrar, una vez más, que el hombre tiene la cabeza sobre los hombros mientras una mujer guapa lo tolera.

En Navalcarnero tuve una amiga guapísima. La más guapa de todas las chicas del pueblo. Además de esta envidiable condición física podía también presumir de ser muy valiente y de llamarse Cármen. ¡En resumen de ser una perfecta española! Era hija de un farmacéutico.

Raro era el día en que Cármen y yo, acompañados de

mis compañeros Juan Millán y José Juan Mendoza, no dábamos un paseo por la carretera de Madrid. A veces, embebidos por la charla, perdíamos la noción de la distancia y del tiempo y llegábamos hasta las primeras líneas de fuego. No fué una vez sola cuando la Guardia Civil nos obligó a retroceder ante el peligro. Mi compañera no le daba importancia alguna a este atrevimiento. Estoy seguro que, con la misma indiferencia, hubiese seguido carretera adelante hasta llegar a la villa del Oso y del Madroño. ¡Qué horas más agradables pasé a su lado!







OTRA VEZ EN VIAJE A LAS PALMAS

XXXII

Estaba visto que mis achaques no estaban dispuestos a tolerar mi estancia en terreno peninsular. Otra vez el reuma me hizo pensar seriamente en el regreso. Mi naturaleza no podía soportar aquel clima, menos el de Navalcarnero, y me aguijoneaba, con el maldito reuma, para que cogiera la maleta y me marchara. Y así lo tuve que hacer mediante autorización de mis superiores. No me quedó más remedio a pesar de mi resistencia. Un día, medio rengueando, tomé el tren para que me llevara hasta Vigo, en donde pensaba embarcar con rumbo a Canarias.

En este viaje tuve ocasión de contemplar, al paso, la maravillosa obra de ingeniería que representa la Presa de Alberche. Esa presa que, al principio, se supuso había sido volada por los rojos para impedir el avance de nuestras fuerzas.

A pesar de la elevada fiebre que me aquejaba, al pasar por Avila, no quise desaprovechar la ocasión, quizá única, de poder contemplar las cosas interesantes que guarda esta ciudad. Por eso decidí visitarla. En esta visita experimenté la satisfacción de ser acompañado por José Velayos, hijo del ex ministro de Agricultura, del mismo nombre, en el Gobierno de Lerroux.

Avila es una población pequeña y mucho más pequeña parece por estar estrangulada por la muralla que la rodea. Es ciudad triste y su emplazamiento, en terreno

hoso y desolado, crea en ella ese ambiente que invita al recogimiento y al misticismo. Así se comprende que sea patria chica de tantos Santos y tantos notables Caballeros, pues, ambos, se forjan en la vida espiritual y contemplativa.

Para Avila parece no haber pasado el tiempo; parece haberse mantenido estático para que las generaciones, presentes y futuras, puedan admirar, en esta ciudad, un girón de la España de la Edad Media. El que vive en Avila, al igual que el que la visita, se siente siempre sugestionado por la visión pretérita de la Historia. Al contemplar su catedral, de puro estilo gótico, aún cree la gente adivinar en su torre la delicada figura del Rey Niño—Alfonso VII el Emperador—inclinándose para saludar desde allí, gentilmente, a su padrasto Alfonso I de Aragón que había puesto cerco y combatía a la ciudad.

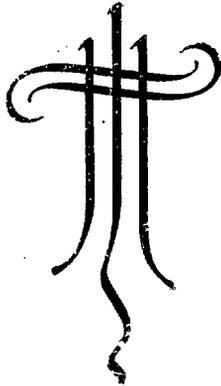
Hablar de la parte monumental e histórica de Avila, haría interminable esta obra. El santuario de Santa Teresa de Jesús, levantado en el mismo lugar que ocupó la casa donde naciera la célebre escritora-Santa; la Iglesia de San Vicente, con su puro estilo bizantino y el ex Convento de Santo Tomás, en donde está enterrado el Infante Don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, serían más que suficientes, de dedicarle la atención que se merecen, para llenar cuartillas y más cuartillas, plétóricas de interés y enjundia artístico-histórica, pero que, por apartarse de las pretensiones de este libro, no encajarían en él.

Abandonada Avila seguí en el tren hasta Vigo, en donde, no más que llegar, embarqué en el "Romeu" que salía para Canarias. No fué directo el viaje. El barco hizo escala en Cádiz lo que aproveché para visitar, en compañía del oficial Perico González, el pueblo de San Fernando, y de éste a la posición del Ardila, para saludar a nuestro buen amigo, Félix Bordes, jefe de la Batería Anti-aérea de dicha posición.

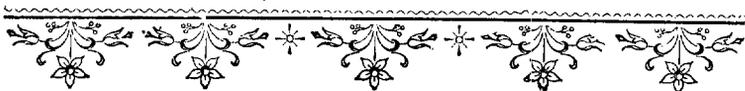
A la salida de Cádiz me encontré a bordo con la se-

ñora de Barceló, muy conocida y apreciada en Las Palmas. Procedía de la zona roja de donde había escapado por verdadero milagro. ¡Triste odisea la de esta señora y su familia! De una en otra población roja, ocultándose de todo el mundo, sufriendo terriblemente por todos conceptos, habiendo perdido a su hijo político, el Capitán de Artillería don Angel Ortega, asesinado casi ante su vista, élla y su esposo venían en un deplorable estado. El sistema nervioso lo traían completamente deshecho.

Por fin, después de tres días de navegación, llegué a Las Palmas. Venía bastante mal pues la fiebre, muy alta, en ocasiones, rara vez me abandonaba. Al llegar no tuve otro remedio que meterme en la cama. Diez días estuve sometido a esta "tortura". Fué el desagradable colofón de mis aficiones guerreras.







OTRA VEZ CAMINO DEL FRENTE

XXXIII

Tres meses y medio estuve reparando las fuerzas perdidas, de mi último viaje del frente.

Completamente restablecido a fines de Julio de 1937, los médicos me dieron de alta y tiempo me faltó para sacar mi documentación e incorporarme a mi Falange de la Bandera de Marruecos, que al otro lado del mar, allá en tierras de Madrid, defendía con entusiasmo patrio el Glorioso Movimiento Nacional.

El 9 de agosto por la noche, sin aspavientos y en compañía de algunos amigos que me fueron a despedir, entre los que se encontraban Frasco Bravo, Domingo Alonso y don "Loy Ley", tomo el "Plus Ultra" que había de conducirme a la Península, mi Patria Grande, pasando primeramente por Tenerife.

A bordo del citado vapor se encontraban todas las autoridades civiles y militares que en visita protocolaria iban a despedir al Sultán Azul y su séquito que, desde Ifni, marchaban también a la Península en viaje de recreo.

El "Plus Ultra", completamente abarrotado de tropas de Intendencia y Sanidad a más del pasaje en cantidad numérica, no tenía ni una litera libre donde pasar los días hasta llegar a Cádiz.

Aquella noche tuve que pasarla al raso en la cubierta de primera, debajo de la escalera que da acceso al puen-

te de mando. Tenía por lecho unos sacos de guano y un capote-manta. Esta fué mi litera hasta Cádiz.

—0—

Amanece. Son las seis de la mañana, y el "Plus Ultra", debido a una hábil maniobra de su capitán, bella y simpática persona, queda atracado a uno de los muelles de la vecina y hermana isla de Santa Cruz de Tenerife. A los pocos momentos y después de cumplidas las formalidades de reglamento que exige la autoridad militar, desembarcamos. Me acompañan Manuel Puñido, Luis Alvarado Duarte, el Alférez Lodo, perteneciente a los Regulares, Carlos Paetown, Pepín Marrero y otros que no recuerdo. Ya en tierra nos dirigimos a la Recova, y allí tomamos un succulento desayuno, y terminado éste, un espléndido coche nos conduce a La Laguna, donde por el camino tuvimos ocasión de contemplar los maravillosos paisajes que a nuestra vista se ofrecían, ya conocidos desde antiguo.

Parada en el Hotel "Agueres" y saludo al simpático *barman* Alonso. Unos cuantos *estampidos* con su correspondiente *enchesquerío*, y rápidos hacia el pueblo de las Victorias de Acentejo, pues según referencias que nos habían dado en La Laguna, en él se cosechaba un excelente vino. No nos engañaron. Nuestra estancia en este simpático y hospitalario pueblo duró casi cuatro horas. Vino, conejo embarrado y papas *arrugás*, fué nuestra comida de aquel día.

Casi de noche, hicimos el regreso a la Capital. En ésta tuve la gran alegría de saludar a mis entreñables amigos Ramón González de Mesa, Aurelio Ballester, Miguel Zerolo y Rodrigo Suárez. Demás está decir, queridos lectores, que la que se armó no es para contarla, pues necesitaría mucho espacio donde describir los detalles de este simpático encuentro que, duró hasta altas horas de la madrugada. Cuando desperté al día siguiente, no podía darme cuenta del sitio donde me hallaba. Pasados el pri-

mer momento de extrañeza, supe que estaba en el Hotel Camacho según me manifestaba con cara de asombro la camarera, a cada pregunta que le hacía. ¡Eran los resultados de nuestra larga estancia en el pueblo de Las Victorias de Acentejo!

—o—

Este día tuve el gusto de almorzar en compañía de dos distinguidas señoritas: Lolita Bravo de Laguna y Maruca Teresa González Vernetta, ambas pertenecientes a aristocráticas familias de Las Palmas y de Santa Cruz de Tenerife, las cuales tuvieron la gentileza de acompañarme hasta que el vapor puso proa a nuestra querida Patria grande!

Como en Las Palmas, las autoridades locales hicieron la visita protocolaria al Sultán Azul. Aquí también embarcaron fuerzas que habían de marchar al frente. Eramos cerca de dos mil hombres, todos dispuestos a defender a nuestra querida España, contra los que la vendieron al extranjero: los sin patria.

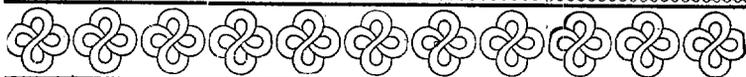
Una gran muchedumbre se encontraba estacionada a todo lo largo del muelle, formada por algunos miles de personas que no cesaban de dar vítores a los patriotas.

Son las siete de la tarde. Suena la sirena del "Plus Ultra", y el barco poco a poco, despega del muelle, a los acordes de los himnos nacionales y de Falange.

El espectáculo es emocionante. Las sirenas de todos los vapores surtos en el Puerto saludaban al "Plus Ultra". Centenares de pañuelos flamean al viento, haciendo un canto de despedida como estímulo a aquella juventud, que con tanto entusiasmo marcha a ponerse a las órdenes de nuestro salvador: el Caudillo Franco.

A nuestra vista se va perdiendo la mole gigantesca del Teide y las elevadas montañas de Anaga. Son las ocho de la noche y allá en la lejanía aún se perciben las luces de la isla hermana. Luego nada. Mar y cielo y una luna espléndida que nos acompaña hasta el final de nuestro viaje, es decir, hasta Cádiz.





DE NUEVO EN LA MADRE PATRIA

XXXIV

Tres días en el mar. Compañeros de viaje. La distinguida señora del Coronel Don Eduardo Rodríguez Couto, el cual se halla en el frente de Aragón, defendiendo la Santa Causa; sus señoritas hijas Maruca y Pepa; los ingenieros Agrónomos Don Antonio González y Don Francisco Guerra, los cuales marchaban a Burgos en comisión de servicio relacionada con nuestra exportación frutera; Sixto Lecuona. Don Luis Alonso, capitán médico, que iba al mando de las fuerzas de Sanidad y muchísimos que no recuerdo, pues la lista se haría interminable.

El venerable jesuita Padre Vilallonga, todos los días a las seis de la mañana, celebraba el Oficio de la Santa Misa. A esa hora tenía que abandonar mi *litera*, toda vez que ésta daba al lado de la capilla del vapor. Terminada la misa, llamaba a uno de los marineros para que recogiesen la ropa de mi cama. Los sacos de guano y el capote-manta hasta que llegase la noche y nuevamente a depositarlos en su sitio, es decir, debajo de la escalera del puente. Esto causaba la hilaridad de todo el pasaje. Pero a estas muestras de regocijo contestaba yo con cierto tono de orgullo, que ya para mí, habían empezado de nuevo las penalidades de la guerra y que estos sufrimientos los soportaba con gusto, y casi con alegría, por tratarse de nuestra patria y del Caudillo.

Es domingo. Poco a poco, va apareciendo a nuestra vista Cádiz. A las doce y media del día atracamos al muelle. Aquí también, las autoridades gaditanas aparecen en el muelle a recibir al Sultán Azul. Momentos después saltamos a tierra y mentalmente me digo el anónimo, ya que en esta hermosa provincia nadie me conoce. Primer lío, con los agentes de la Aduana. Estos quisieron sin tener en cuenta mi calidad de combatiente y voluntario, a pesar de mis cuarenta años, despojarme de un cartón de cigarrillos que llevaba para un compañero que se estaba batiendo en la carretera de Extremadura, dentro del mismo Madrid, y de una caja de cigarros puros que la señora de mi buen amigo Luis Corujo, Capitán de la Armada, me había entregado en el Hotel Metropole, la misma noche que embarqué. Unos cuantos gritos y el incidente no tuvo mayores consecuencias, gracias a la oportuna intervención de algunos compañeros de viaje. Total que los cigarros volvieron nuevamente a mi poder.

Un taxi me conduce al Hotel "Loreto", pero no hagas malos juicios, lector, pues éste funciona sin las características del nuestro de Las Palmas.

El día lo pasé sólo, recorriendo la población que es bastante hermosa, y visitando, cómo es de suponer, sus típicas fredurías de pescado. La parte más bonita de Cádiz es la que dá al mar, donde se encuentran gran número de bares, teniendo por frente el Parque Genovés, en el cual pasean guapísimas gaditanas, haciendo un derroche de sonrisas agradables para todos aquellos que marchan al frente a defender la Santa Cruzada.

Ya muy entrada la noche, me recojo al Hotel, pues las emociones de este día y el largo viaje, me tenían agotado materialmente. Por la mañana cogí un autobús en compañía de Sixto Lecuona. Este se dirigía a San Fernando y un servidor a la posición del Ardila; con intención de visitar a mi estimado amigo Félix Bordes, capitán de Artillería de la Armada y al mismo tiempo Jefe de

la Batería antiaérea de la mencionada posición. Después de los saludos de rúbrica, me prepara un espléndido desayuno, a base de pescado asado y huevos fritos. Como es de suponer, todo ésto fué regado con la olorosa "Jandilla" y el solera "Río Viejo".

Un par de horas en compañía del buen amigo Félix y de otros simpáticos chicos que me presentó, y a las doce cojo el tren que había de conducirme a Jerez. Para esta población llevaba una carta de recomendación que, a bordo, me había entregado el ingeniero Agrónomo, señor González, para un compañero suyo que residía en la misma.

A las dos de la tarde llegué a la hermosa y popular población gaditana. Un sol espléndido iluminaba a Jerez, la ciudad de España más conocida en el Universo debido al nombre de sus famosos vinos.

Tomó un simón en la estación y desde ésta me dirijo al Casino Nacional, situado en la calle larga, con intención de saludar a un viejo amigo: Tomás Rivero González, muy conocido en Las Palmas, pues con harta frecuencia nos visita en viaje de propaganda para la venta de sus también famosos vinos C. Z. de los cuales es propietario.

Tomás Rivero, vive más en el Casino que en su propia casa. Me recibe con todo cariño y seguidamente me presentó a la flor y nata de Jerez, todos pertenecientes a las mejores familias. Después de un breve descanso en el Casino, busco alojamiento en el Hotel de los Cisnes, situado también en la calle larga, y seguidamente, nos encaminamos a la busca de Juanito Camacho, a quien iba recomendado. Chico jovial y simpático, nos recibe muy afable y cordialmente, como es característico en todos estos señores de la hospitalaria ciudad jerezana.

Juanito abandona sus quehaceres para atenderme y fué en su grado máximo: visitas a las mejores bodegas, paellas, pescados de todas clases, cantes flamencos, zambras gitanas, meriendas en los más típicos colmados, fue-

ron los cuatro días de mi estancia en el simpático pueblo jerezano.

Todos los muchachos que me presentaron eran del *gremio* y buenas *firmas*. ¡Dios los cría y el alcohol nos *ajunta*”!

Cuatro días como dije anteriormente estuve en Jerez. De no haber salido para el frente, tengo la completa seguridad que a estas horas no puedo hilvanar estas mal trazadas páginas.

Otra vez a la estación. Un fuerte abrazo a mis entrañables amigos Tomás y Juanito, de quienes recibí tantas atenciones, las cuales llevaré conmigo mientras viva, y sólo pido a Dios corresponder algún día a tanta gentileza y caballerosidad.

Son las seis y media de la tarde. Llega el rápido de Cádiz que ha de conducirme a Sevilla, la famosa Ciudad del Bétis, ya conocida mía y en donde tengo buenas amistades.

Suena la sirena del exprés y poco a poco se desliza por el camino de hierro, la mole gris de sus vagones. A medida que pasa el tiempo la velocidad se acentúa por momentos. Como una cinta cinematográfica pasa a nuestra vista toda la campiña andaluza. Allá a lo lejos se vé San Lúcas de Barrameda. Grandes bosques de eucaliptus sirven de abrigo a las reses de lidia para guarecerse de un sol de cuarenta y cinco grados. El calor es asfixiante en los vagones. Tengo que salir a la galería a respirar un poco de aire. El tren pita con rabia, perdiéndose el eco en la inmensa llanura andaluza.

A la hora de viaje trabo amistad con un sargento de la gloriosa Legión. Es natural de La Palma; muy simpático y comunicativo. Como es natural entre combatientes, cuando estamos libres de todo servicio, regamos nuestro encuentro con sendas libaciones del rico néctar de Jerez, debido a la generosidad de Tomás y de Juanito, los cuales tuvieron la atención de regalarme media docena de botellas, para el viaje. Estas desaparecieron antes de

llegar a Sevilla que, por esta vez, contra de mi voluntad, no visité debido a que vine a despertar a setenta kilómetros de la misma, en un pueblo que llaman el Pedroso.

Mi indignación no tuvo límites al saber que había dejado atrás la tierra de María Santísima, por culpa del legionario, con el cual me encaré y no sé cuántas cosas le dije, a lo que él me contestaba muy serio:

—Mire, Don Prudencio; yo no tengo la culpa de que a usted le una tan buena amistad con la familia pampañuda del dios Baco.

No tuve más remedio que soltar la carcajada a esta réplica y ponerme a la busca de alojamiento.

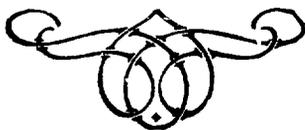
Llegué rendido a el Pedroso. Inmediatamente encontramos hospedaje, pues era tan grande mi cansancio que no me hallaba con ánimos de seguir viaje hacia Cáceres, debido al agotamiento que se había apoderado de todo mi organismo por el ya largo viaje, el cual no tenía trazas de terminar.

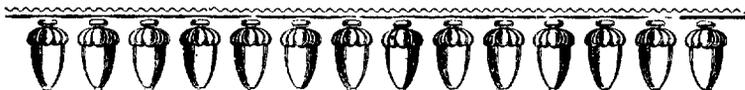
El Pedroso tiene cierta importancia por ser un pueblo serrano donde acude mucha gente a pasar el verano debido a la bondad de su clima y de sus habitantes. Es muy limpio y muy blanco. Sus casas están llenas de rejas y tiestos, donde nace el famoso clavel sevillano. Detrás de estas populares y típicas rejas andaluzas, siempre está al acecho del forastero la guapa mujer andaluza, impecablemente peinada y adornada su cabeza con la elegante peineta.

Cuando más absorto estaba en la contemplación de esta estampa sevillana, que tantas veces había leído, un grito dado desde lejos y llamándome por mi nombre, me llenó de extrañeza, pues nunca creí que tan lejos de mi tierra fuese conocido. Eran antiguos compañeros de la Falange de Sevilla, que habían convivido conmigo en los primeros días de la guerra en Talavera de la Reina, recién tomada la mencionada población. Uno de ellos era jefe local de Falange en el pueblo; y el otro, cartero. De-

más está decir que mi alegría fué inmensa al encontrarme con viejos camaradas de la campaña.

Seguidamente me consiguieron alojamiento en una pensión pulcra y hospitalaria. Su dueño se llamaba Tristán Pérez Alonso. Simpático y dado un poco a los placeres de la familia pampanuda del dios Baco. Estaba escrito que no podía tener ni un día de descanso. Por más súplicas que hice para que me dejaran descansar, no fué posible, pues tan pronto llegamos a la pensión, se dieron las órdenes oportunas encaminadas para poner al horno un lechoncillo. La juerga duró para mí hasta la una de la madrugada. Desde mi cama sentía el cante flamenco de las muchachas del pueblo, muy buenas cantaoras y bailadoras. Estos me sirvieron de arroró y bien pronto me quedé dormido. No sé el tiempo que estuve entregado al sueño. Según me informaron, fueron cerca de 24 horas. ¡Me hacía tanta falta este descanso! Tres días estuve en este hospitalario pueblo.





PROSIGO MI VIAJE

XXXV

Son las once de la mañana del día 16 de Agosto de 1937. A mi mente llega el recuerdo de mi lejana tierra, donde en este día se celebra la festividad de San Roque, patrono de mi barrio de Las Palmas, en el cual pasé los primeros días de mi niñez. ¡Qué contraste el de hoy marchando camino del frente a cumplir un sagrado deber: defender la patria querida, vendida al extranjero por los traidores que la han manchado de crímenes tan horrendos que ha sido el asombro del mundo civilizado.

Nuevamente en el exprés, que se pone en marcha hacia Cáceres, y de esta población a Placencia, ciudad de la misma provincia. Llego a las doce y media de la noche. ¡Catorce horas tardé de El Pedroso a esta población! Al día siguiente, a la una de la tarde, a Placencia empalme, donde cambié de tren, tomando el que había de conducirme a Talavera de la Reina.

Una noche en Talavera de la Reina, y al otro día hacia Leganés, para incorporarme a la Bandera de Marruecos que se hallaba operando con gran brillantez en la carretera de Extremadura, en el barrio de Usera (frente de Madrid). Aquí, en este frente, han dado la vida por nuestra querida Patria, algunos camaradas de la primera expedición.

En la representación de la Bandera, que está instala-

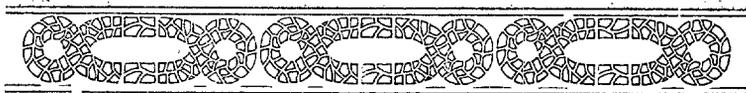
da en Leganés, me informaron que la mayoría de los componentes canarios que se hallaban en la misma, se habían incorporado a la tercera Bandera de Falange de Gran Canaria, mandada por mi buen amigo el Capitán de la Guardia Civil, Mariano de Santa Ana.

Nuevamente tomo el tren de Leganés hacia Talavera de la Reina, para incorporarme con el Capitán Santa Ana y de esta ciudad al pueblo de Cebolla donde estaba destacada la mencionada bandera.

Una máquina exploradora me conduce hasta el pueblo de Illán de Vacas, y desde aquí en camioneta a Cebolla. Este pueblo lo liberó la primera expedición de Falange en Octubre del año 1936, y con tal motivo mis relaciones en el mismo, datan de esa fecha. Llegó al destacamento a las dos de la tarde del día 20 de agosto. Aquí tuve el gusto de saludar a antiguos amigos, entre los cuales figuraban Rafael López, José Carlos Cuyás, Federico Arias, Fernando Fuentes, Santiago Cullen, nieto del General del mismo nombre, el Sargento Martínez y los Alféreces Carmona, León, Figueroa, Hernández Ajeno, Arturo Hurtado de Mendoza y Cobos, y Melinet (y Rafael Cordero, con el cual hice gran amistad debido a su, buen carácter y bellas prendas personales, pues siempre tenía conmigo las máximas consideraciones y en algunos casos que estuve enfermo, se desvivía en atenderme).

Fuí incorporado a la Plana Mayor del Capitán Santa Ana y los días me los pasaba en la Oficina, en la que tenía por compañeros a García Lorenzo y a Navarro Calderín, este último abogado, todos buenos chicos y entusiastas defensores del glorioso Movimiento.





*EL MARQUES DE MALPICA, TUVO DESEOS DE
CONOCERME*

XXXVI

Cebolla es un pueblo de la provincia de Toledo, muy hospitalario, con una población de unos cuatro mil habitantes. Está situado a orillas del Tajo, y a la parte opuesta del río se encuentra la canalla marxista en mi "feudo" de Malpica. No hace mucho tiempo se hallaba en Cebolla el Duque de Arion y a la vez Marqués de Malpica, y en una conversación que tuvo con su administrador—según me dijo éste—le manifestó que tenía unos deseos locos de conocer al ya famoso Barón de Malpica, muy popular en la mayoría de los pueblos de Castilla y que al mismo tiempo le estaba muy agradecido por su noble gesto de querer conquistar el pueblo del mismo nombre, donde tantas posesiones tiene el Duque.

No tuve el gusto de conocer al noble prócer, bien querido por cierto en Cebolla, pues la única vez que estuvo en el pueblo, me encontraba en la fábrica eléctrica, en el salto de agua situado dentro del mismo Tajo.

El río por esta parte es bastante hermoso, teniendo sus riberas pobladas de grandes bosques donde se anidan miles de pájaros de todas clases. En este sitio hay que tener toda clase de precauciones porque las ametralladoras de la canalla marxista no pierden oportunidad de molestarnos a cada momento.



Para llegar a la fábrica tenemos que atravesar un camino cubierto, toda vez que el efectuarlo a campo libre supone un gran peligro.

Pasaban los días en Cebolla y cuando las circunstancias del servicio me lo permitían hacía frecuentes excursiones en compañía de Rafael Cordero y de Paquillo Rodríguez, chico de la ciudad de Gáldar, a la taberna de la tía Anastasia, situada en la Cruz Verde, en lo más alto del pueblo, donde se domina un hermoso panorama, principalmente por la mañana, casi al toque de alba y aclarando el día, a la hora en que empiezan a encenderse las cocinas.

Centenares de columnas de humo se elevan hacia el cielo. Es un espectáculo maravilloso. Produce el efecto como si todo el pueblo estuviese sometido a la acción del fuego. Esta estampa la adorna la inmensa culebra del Tajo, que se pierde en el dilatado horizonte de la llanura castellana.

En la taberna de la tía Anastasia contaba con muy buenas amistades: su hermana Regina, guapa moza, que pudo huir del infierno de Madrid, después de estar en él ocho meses; su hija Pilar, muy simpática; los tíos Barilla, Sastre, Cresenciano, Caguetas y Salomón. Este un día que había ingerido más de la cuenta, me dijo que en época ya lejana había sido condenado a muerte. Le pregunté los motivos que obligaron a la justicia para imponerle tan grave pena, y me contestó que había sido por haber *aviado* al Alcalde del pueblo, que era una mala persona. ¡Veinte años estuvo en presidio!

—o—

La Bandera se componía de mil hombres, y cubríamos un frente de 50 kilómetros, en los pueblos cercanos al Tajo, teniendo que guarnecer las siguientes posiciones o pueblos: Pueblo de Montalbán, Torrijos, Montearagón, Cebolla, Albarreal del Tajo, Corral de Toros (esta posición era la más cercana a la canalla marxista, pues

la teníamos a menos de un tiro de fusil), Fábrica eléctrica, Tejeros, Alcubillete y otros que no recuerdo.

La Bandera es un modelo de organización y de disciplina, debido al celo e inteligencia del Capitán Santa Ana, el cual se desvivía para que las fuerzas que estaban bajo su mando no careciesen de nada.

Todas las semanas nos regalaban cajetillas de cigarrillos, gracias al gesto noble de la señora doña Cayetana Gómez de Lucena, y a los sentimientos patrióticos de mis paisanos. Con harta frecuencia se nos repartía ropa y nunca la tropa carecía de lo más indispensable. La comida era abundante e inmejorable.

No faltaba tampoco un detalle de la impedimenta: palas, picos, fusiles ametralladoras, ametralladoras, morteros, bombas de mano y, en una palabra, todo el elemento bélico que exige una campaña de envergadura. También teníamos una sección de Ingenieros zapadores que eran los encargados de hacernos los caminos cubiertos y las trincheras.







¡TOCAN A NIÑO MUERTO! ¡TOCAN A GLORIA!

XXXVII

Finaliza el mes de Octubre. Mañana triste. Son las siete. Las ametralladoras rojas situadas en la parte opuesta del río, suenan con mayor intensidad que de costumbre. Apenas hacemos caso a este ruido, ya bastante familiar a nuestros oídos. Camino del Tajo van dos falangistas del pueblo, con la intención de ganar unas pesetas para el pan de sus hijos. El sitio es de peligro. En él hay una extensión de viña que tiene que cortarse. Cuando se hallaban en esta faena, suena la ametralladora roja. Una ráfaga de la misma segó casi instantáneamente, la vida de uno de los dos hombres; el otro, sin perder un momento, corre a dar cuenta a la Comandancia Militar de lo ocurrido.

La noticia circuló por el pueblo con la velocidad del rayo. La plaza se llena de mujeres dando gritos de espanto. La mayoría de éstas son familiares de la víctima. El espectáculo es escalofriante.

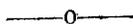
Una sección de morteros de los nuestros marcha a infringir duro castigo a los asesinos. Así fué. Unos treinta morterazos fueron suficientes para imponer silencio a la ametralladora. El nido de la máquina localizada por nuestros valientes falangistas, fué deshecho con el artefacto y servidores. Por mucho tiempo dejaron de molestarnos los traidores de la Patria.

La misma tarde, se verificó el entierro del pobre fa-

langista. Una sección de la Bandera rindió honores al cadáver. Suenan cornetas y tambores a la funerals, perdiéndose el eco en la llanura sin fin de Castilla. El disco solar se pierde tras los motes de la sierra de Gredos. Allí en la lejanía se ve la torre de la Iglesia de la Puebla Nueva, iluminada por los rayos del astro rey.

De regreso al pueblo voltean las campanas como en días festivos. Extrañado, pregunto a la tía Cana el motivo de ésto.

— ¡Tocan a niño muerto! ¡Tocan a Gloria! — señor Barón de Malpica.



Mediados de Noviembre. El fantasma del invierno hace su aparición. El sol, temeroso de este huésped, desaparece la mayoría de los días, dejando al pueblo sumido en la tristeza.

Nubes rasantes nos invaden y no cesa de llover un momento. El frío es intenso. Gracias al "vinazo" de la tía Anastasia vamos escapando y haciéndole frente a tan peligroso enemigo. El reuma, la grippe y la bronquitis hacen nuevamente verdaderos estragos entre los isleños. A muchos le entra la morriña como a los gallegos. ¡Apenas cantan ya! ¡Es que es muy triste el invierno en la tierra castellana!

A mí también me entró la morriña. Todas las noches soñaba con mi querida tierra tan lejos de mí.

Me empieza nuevamente el reuma y la bronquitis y ante el temor de pasarme los días en el Hospital, decido, llenando las formalidades legales, volver a mi tierra, al lado de los míos.

Unos días en Talavera de la Reina para despedirme de mi buen amigo el General de E. M., Don Emilio Borrados Viñas, y seguidamente hacia Sevilla, donde tomo el "Ciudad de Melilla" hasta Las Palmas. En Sevilla tuve el gusto de saludar a Don Félix Ramírez Doreste y a Don Domingo Tejera, Director-propietario de la "Unión Grá-

fica”, los cuales tuvieron conmigo las mayores atenciones.

Tres días de viaje y al cuarto atracábamos al muelle. Un carro de asalto de Falange, de Asistencia al Frente y Hospitales, nos esperaba.

En el muelle se encontraba su Presidenta, la señora Mary Bird de Ley, la cual daba acertadas órdenes para que los heridos y enfermos fuesen colocados en el camión y luego conducidos a la Casa del Descanso, magnífica residencia, limpia y elegante, atendida por simpáticas y cariñosas falangistas que se desvivieron por atendernos a nuestra llegada.

Esta magnífica residencia se debe al celo y entusiasmo de las patriotas señora de Octavio Ley, señorita Pino Cabrera y otras que no recuerdo, y los señores Fabelo y Abreu.

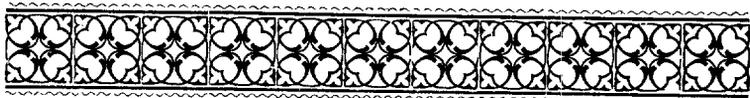
Aquí nos sirvieron un espléndido desayuno y más tarde marché a mi casa, donde fui “despiojado”.

—o—

En este capítulo, queridos lectores, termino mi campaña. Catorce meses en total estuve en el frente defendiendo la Santa Cruzada, unos en los parapetos, sufriendo todos los rigores de la guerra y otros donde mis jefes me ordenaban. Y al cerrar este capítulo, sólo le pido a Dios que, cuando este modesto libro salga a la publicidad, se haya terminado la campaña con el duro castigo a la canalla marxista y la máxima pena para todos aquellos que vendieron a nuestra querida España al Extranjero.







UN POCO DE HISTORIA

XXXVIII

El General Franco había sido siempre perseguido por los hombres del Frente Popular. Por ese conglomerado insoluble, amorfo, incomprensible, de ideas y programas políticos completamente antípodas, unidos sólo a impulso de un egoísta afán de *mangoneo*. El por qué de esta persecución nadie sería capaz de explicárselo. Buena prueba de ello es el que, a pesar de la antipatía congénita que sentían aquellos hombres por el ilustre General, no pudieran aplicarle sanción alguna y tuvieran que mostrarse conformes sólo con alejarlo de Madrid; con mandarlo a Canarias de Comandante Militar.

El General Franco, cuando llegó a Canarias, era un condenado a muerte. Todo el mundo lo sabía. Con la misma facilidad, y con la misma impunidad, conque había sido asesinado un Gobernador Civil de la provincia de Tenerife, el peor de los días, podría serlo el General Franco, sin que existiera otro motivo para ello, que no fuera el de no haber caído en simpatía de los mandarines de aquel nefasto Gobierno.

No se le ocultaba a la oficialidad subordinada a Franco los peligros que rodeaban a su Jefe. Por eso, desde el primer momento, sin que el General tuviera conocimiento de ello, una escolta permanente de oficiales vestidos de paisano, guardó sus espaldas.

Mientras tanto, conforme el Gobierno del Frente Popular avanzaba en su política de apisonadora; en su afán de destrozarse la economía nacional y particular; en su deseo de que se convirtiera en mito la tan cacareada seguridad personal de todo país civilizado, y en que el culto a las esencias del espíritu y de la tradición tuviera que esconderse, para no caer en delincuencia, en lo más profundo del pecho, su desconfianza, hacia los hombres probos y honrados de España, crecía con el ritmo acelerado que la padecen los que se encuentran acobardados por su conducta. ¡Quizá, a pesar de su obsecación, comprendiera que, ante aquella catástrofe, no podían permanecer indiferentes los españoles dignos!

Por esta circunstancia, sin lugar a dudas, en varias ocasiones, le fué denegado al General Franco permiso para trasladarse a Las Palmas en misión de su cargo. Por lo visto, aquel Gobierno, bajo su especial manera de apreciar las cosas, lo consideraba más seguro en Tenerife que no en la isla vecina.

Vino, sin embargo, el General Franco a Las Palmas y vino por ocurrir un suceso doloroso e inesperado que reclamó su urgente presencia. El General Balmes, Comandante Militar de la plaza, con ocasión de estarse ejercitando en el tiro al blanco, como todos los días, sufrió un accidente que le costó la vida. Fué algo que llenó de consternación a la ciudad, por ser en ella muy querido el protagonista. No obstante, a pesar de lo que representó aquella pérdida, por el prestigio de la víctima, por la herida que dejó abierta en el corazón de todo buen canario, el suceso puede considerarse como providencial, pues dió lugar a que el Movimiento Salvador de España, se iniciara con mayores garantías de éxito. ¡Quién sabe lo que hubiera ocurrido de cambiar las circunstancias! ¡Consideremos por tanto al General Balmes, primer mártir de honor de la Nueva España!

Ya en aquellos días se respiraba en el ambiente extraordinario nerviosismo. El asesinato de Calvo Sotelo

perpetrado en las más repugnantes condiciones, dió lugar a que la revolución se considerara virtualmente prendida. Todo lo llenaba el clamor de indignación de las gentes honradas. Ni las enérgicas medidas represivas del Gobierno lograban callar las protestas. Así se comprende que el acto de conducir al cementerio los restos del General Balmes se convirtiera, a más de en una grandiosa manifestación de duelo, en la que figuraban, sin excepción, todos los elementos de orden de la isla, en algo sintomático, en algo que tenía todas las apariencias de la marcha viril de los buenos patriotas hacia la reconquista de España. No otra cosa podía representar aquella enorme masa humana, que marchaba llevando en cabeza, como emblemas, la Cruz alzada de la Religión, el cadáver de un hombre que representó en vida la caballerosidad de los antiguos hidalgos de la España Grande y, presidiendo todo ésto, el ilustre General Franco, el que horas más tarde se convertiría en el gran Caudillo de la Patria.

Esto sucedía el día 17 de Julio de 1936. Horas después en el amanecer del día siguiente, fué cuando tuvo su iniciación el entusiasta Movimiento Nacional, en pro de la liberación de España. Por la Autoridad Militar se hizo la declaración de Estado de Guerra, y se tomaron los puntos estratégicos de la ciudad, para evitar sorpresas. Fueron aquellos momentos que siguieron a la declaración de la Ley Marcial, de emoción e incertidumbre. No obstante, el edificio de la Comandancia Militar se vió invadido por gente deseosa de cooperar, con el General Franco, al restablecimiento de la dignidad de España. ¡De gran satisfacción le debió servir al Caudillo, en aquellas circunstancias, el gesto decidido de Gran Canaria!

Por los elementos contrarios, por indicación de los sindicatos correspondientes y como respuesta a la declaración del Estado de Guerra, se dió la orden de huelga general revolucionaria. Además, en el Gobierno Civil se hallaban reunidos los incondicionales del Frente Popu-

lar, dispuestos a tomar medidas para hacer abortar el Movimiento Nacionalista. Ante el edificio se fué aglomerando gran cantidad de gente en espera de acontecimientos. Del Puerto de la Luz, andando por haberse paralizado el tráfico, acudían grupos de obreros. Pronto las fuerzas del Ejército desalojaron los alrededores del Gobierno Civil y disolvieron los grupos que se habían formado. Al mismo tiempo, bajo la amenaza de una pieza de Artillería, situada frente por frente del edificio, se conminó a las personas que en él se encontraban para el desalojo. Poco después todos los centros oficiales de la ciudad, eran nacionalistas y la autoridad militar dominaba la situación. Fué así como dió su primer paso el Movimiento Salvador de España, con la serenidad y entereza del que se vé asistido por su conciencia.

¡Satisfecho debió volar el Caudillo, hacia otras tierras de España, sabiendo que dejaba tras sí el primer territorio de su Patria incondicionalmente afecto a la causa nacionalista!

El ilustre General Orgaz, con su clara visión y talento, en cuarenta y ocho horas dominó el movimiento de la canalla roja en la isla.





AHORA, POR JUSTICIA Y POR DEBER

XXXIX

Canarias está a mil kilómetros de la Península. Así se comprende que, hasta no hace tanto tiempo, en Canarias, poco se supiera de la Madre Patria. Pero hagamos la justicia de reconocer que, si poco sabíamos aquí de allá, menos sabían allá de aquí. Esta ignorancia recíproca, de nuestras cosas comunes, nos hacía mirarnos, unos a otros, como extraños y desconocidos. Y, a veces, hasta con antipatía. ¡Cómo si no corriera por nuestras venas la misma sangre!

Esto, aunque no tan agudizado como a principios de siglo, persistía en forma desagradable. Y mucho más —debo ser sincero— en mis paisanos que, siempre creían ver sentimientos de enemistad entre sus compatriotas, los peninsulares. Y si debo seguir siendo sincero, aun diré que yo me encontraba entre los que así pensaban. Por eso, hoy, convencido de mi error, me apresuro a entonar el "ego peccator".

Por primera vez he estado en la Península. Durante los ocho meses que ha durado mi estancia he tenido ocasión de convivir con gente de todas las regiones y de todas las clases sociales. Ni una sola vez he notado lo más mínimo que pudiera representar desdoro para mi condición de canario. Al contrario, en todo momento ha bastado que se dieran cuenta de mi origen, para que las atenciones hacia mí fueran redobladas. Lo mismo le ha ocu-

rrido a cada uno de los canarios que han visitado terreno peninsular. Cada casa, ha sido un hogar para nosotros y cada uno de sus habitantes, un padre, una madre, un hermano o una hermana, que nos ha tratado con todo cariño y con exagerada atención. Y, que conste, que ésto no ha sido a impulso de egoísta agradecimiento, por nuestra ayuda al Movimiento Salvador de España; ha sido, lo he podido comprobar, porque en la Península se mira al isleño de Canarias con el afecto y admiración que al familiar que regresa después de una larga correría por tierras lejanas.

Por eso, a mi retorno a las Afortunadas, al encontrarme de nuevo en mi ambiente nativo, entre mis familiares y amigos, saturado aún de la emoción que me produjo las cariñosas atenciones de que fui objeto por parte de mis compatriotas del otro lado del mar y que no tuvieron otro motivo que el de yo ser canario, no puedo menos de unir a mis ¡Arriba España! ¡Viva España! y ¡Saludo a Franco!, el grito, tan entusiasta como éstos, de ¡Vivan mis hermanos queridos, los peninsulares-



En recuerdo a mis camaradas
de la 1.^a Expedición :-: :-: :-:



PARA mí es también una gran satisfacción que figure en este libro nombres de camaradas que tuvieron siempre conmigo toda clase de atenciones las cuales llevaré gravadas siempre en mi memoria como agradecimiento a ellos.

Vaya esto como recuerdo de los primeros días de sufrimientos defendiendo a la Madre Patria, cuando dió comienzo el Glorioso Movimiento Nacional. De los nombres que voy a citar muchos de ellos, han caído ya, como verdaderos héroes y grandes hijos de España que voluntariamente ofrecieron sus vidas cuando la Patria fué invadida y vendida al extranjero por los sin Dios.

Hay muchos camaradas que marcharon conmigo en el «DOMINE», que no recuerdo sus nombres, pero conste que siempre irán en lo más íntimo de mi corazón ya que todos compartimos y sufrimos los rigores de la campaña.

Domingo Díaz Estofan.

Quico y Cástor Gómez Carló.

José Miguel Sarmiento de Armas.

Agustín Massieu.

Santiago Bethencourt.

Luis Reina Sánchez-Fano.

José Lezcaño.

Agustín Taisma.

Genaro Rivero

Oscar Ramos Rodríguez (Muerto por Dios, por la Patria y por la civilización).

Fernando Morales (médico).

Manuel Matos del Toro.

Manuel Poladura.

Alfonso Larrea.

Juan Cárdenes.

Manuel Anaya.

Manuel Estévez

Paquito Hernández (Muerto Por Dios, por la Patria y por la civilización).

Manuel Cabrera.

José y Manuel Guillén.

Juanito y Francisco González.

Diego Marrero (Muerto Por Dios, por la Patria y por la civilización).

José Peteneras (Muerto Por Dios, por la Patria y por la civilización).

Mario César (Muerto Por Dios, por la Patria y por la civilización).

José Jaime González (Inútil a consecuencia de un balazo en la médula. Ataque de los rojos al barrio de Usera estando destacada aquí la primera expedición de Falange de Gran Ganaría (frente de Madrid).

Manuel Cabrera.

Juan Pablo.

Manuel Arencibia.

Manuel Aguiar Márquez.

Juanito Melo.

Carlos y Lorenzo Gutiérrez.

Cristóbal Alzola.

Antonio Bravo.

Francisco Guerra Marrero.

Francisco Delgado de León.

Justiniano Perdomo.

Agustín Martín.

Eufemiano Fuentes.

Bernardo Suárez Valido.

Francisco Domínguez.

Rafael Montero.

Francisco Montero.
Antonio Jiménez.
Manuel Ramos.
Antonio Rodríguez.
José Saura.
Juan Cabrera
Juan Hernández Naranjo.
Federico González.
Gregorio Ortega.
Juan Artiles.
Hermanos Bascón.
Rafael Gutiérrez
José Reyes Espino.
Segismundo Cárdenes.
José García González
Honorio Martín Alejo.
Juan Alejo.
Manuel Padrón Alvarez
Félix Rivero.
Lorenzo de la Guardia
Agustín Fernández.
Oscar Reuter del Río.





Certificaciones y Cartas



**Don Manuel Die y Díaz, Secretario de Sala de la Audiencia
Provincial de Las Palmas:**

CERTIFICO: Que por el Juzgado de Instrucción de Triana se siguió bajo el número trescientos treinta y seis del año mil novecientos treinta y tres, sumario contra don Prudencio Doreste Morales por dar gritos subversivos en los que se invocaba al ex-Rey Alfonso XIII y al General Sanjurjo, siendo procesado por auto de veinte y seis de Agosto del citado año de mil novecientos treinta y tres y por otro de este Tribunal de tres de Abril del siguiente año de mil novecientos treinta y cuatro fué sobreseída libremente la mencionada causa.

Lo relacionado resulta del rollo y causa a que se refiere y en cumplimiento de lo ordenado en providencia de este día, extendiendo la presente, para entregar al interesado con el visto bueno del Ilustrísimo Señor Presidente en Las Palmas, a veinte y uno de Julio de mil novecientos treinta y tres.

V.º B.º, El Presidente, MORALES—MANUEL DIE.

(Hay un sello que dice: Audiencia Provincial Las Palmas).



AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS

Sesión del 9 de Septiembre de 1936

A su instancia, se acuerda conceder licencia para marchar a la Península a prestar servicios en el Ejército en concepto de voluntario, al empleado municipal, don Prudencio Doreste Morales. Aprobado el permiso dado por el señor Alcalde, la Presidencia propone se haga constar en actas la satisfacción de la Corporación por éste acto de patriotismo, y que además se interese a la Comandancia Militar que el empleado mencionado en caso de fallecimiento, se le considere como muerto en campaña a los efectos de que sus familiares disfruten vitaliciamente el sueldo que venía devengando.

El Secretario, J. ARENCIBIA.

(Hay un sello que dice: La Muy Noble y Muy Leal del Real de Las Palmas. Gran Canaria).

**Don Daniel Bautista Medina, Secretario del Ayuntamiento de
Domingo Pérez, Partido Judicial de Torrijos de la
Provincia de Toledo:**

CERTIFICO: Que el soldado perteneciente a la columna de Falange Española de Gran Canaria, Don Prudencio Doreste Morales, tomó parte en el día de la fecha en la ocupación del pueblo que encabeza la presente certificación, defendiendo con entusiasmo el Movimiento libertador de España contra la canalla marxista. Dicha columna vino al mando del bizarro Teniente de Ingenieros, Don Alfonso Larrea. Y para que así conste donde convenga expido la presente certificación visada por el Señor Alcalde, en Domingo Pérez a veinticuatro de Septiembre de mil novecientos treinta y seis.—V.º B.º, El Alcalde, *Catalino Sánchez*.—Rubricado.—Daniel Bautista,—Rubricado.—Hay un sello que dice Alcaldía Constitucional Domingo Pérez (TOLEDO).

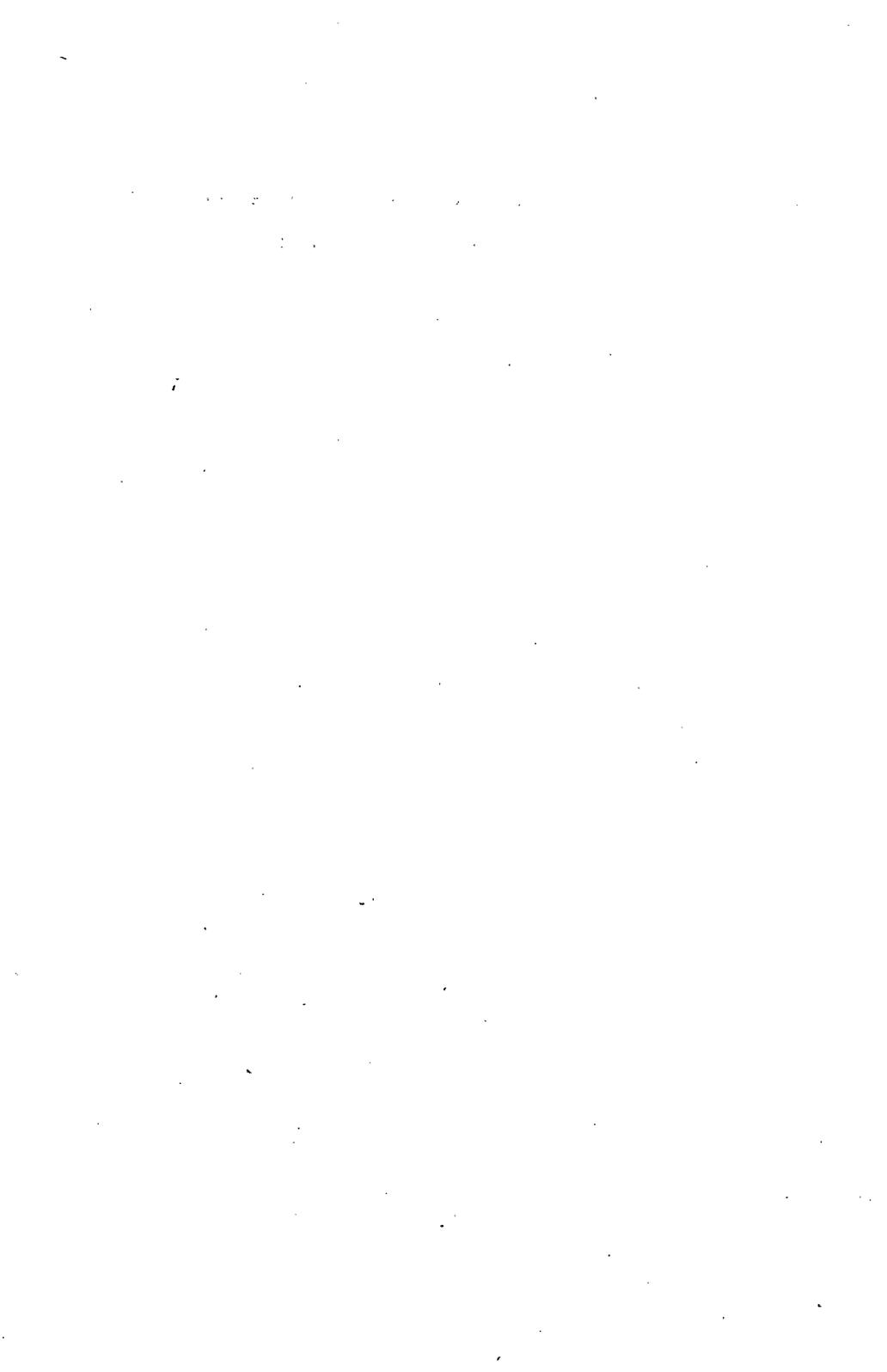
Don Fernando Martín y Sánchez-Palomo, Secretario del Ayuntamiento de Eruste, partido Judicial de Torrijos de la Provincia de Toledo:

CERTIFICO: Que el soldado perteneciente a la columna de Falange Española de Gran Canaria Prudencio Doreste Morales, ha pernoctado varios días en este pueblo defendiendo el movimiento libertador de España contra las hordas rojas. Dicha columna está mandada por el Teniente de Ingenieros, Don Alfonso Larrea. Y para que lo pueda hacer constar en donde convenga le expido la presente con el visto bueno del señor Alcalde en Eruste a veinte y ocho de Septiembre de mil novecientos treinta y seis.—V.º B.º, El Alcalde, *Alejandro Palomo*.—Rubricado. — *Fernando Martín*.—Rubricado.—Hay un sello que dice: Acaaldia Constitucional, Eruste (TOLEDO).



Don Agustín Ruiz Gómez, Jefe de la Estación de Eruste, partido Judicial de Torrijos, provincia de Toledo:

CERTIFICO: Que el soldado perteneciente a la columna de Falange Española, don Prudencio Doreste Morales, ha prestado dos veces vigilancia en esta estación de mi cargo observando el que extiende la presente certificación, celo y disciplina en el mencionado individuo, en cuantos servicios le han sido encomendados. Y para que conste expido esta certificación en la estación de Eruste, a treinta de Septiembre de mil novecientos treinta y seis. Y con el visto bueno del Jefe de Escuadra Benito de la Concha.—*A. Ruiz.*—Rubricado.—Hay un sello que dice: ERUSTE,

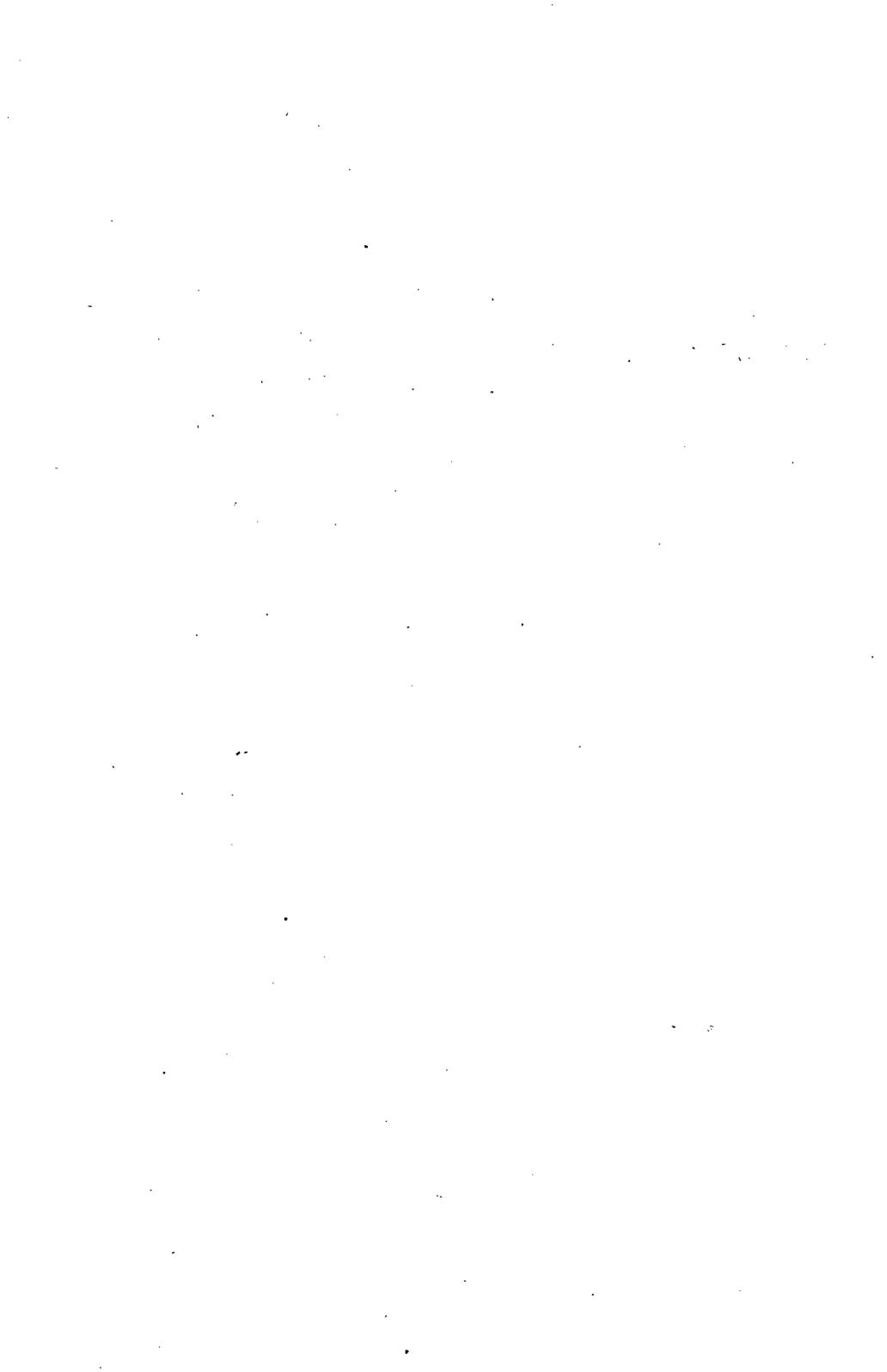


Don Julián de la Casa Martín, primer Teniente Alcalde en funciones de Alcalde Presidente de la Comisión Gestora de este Ayuntamiento:

CERTIFICO: Que el soldado perteneciente a la columna de Falange Española, don Prudencio Doreste Morales, llegó anoche de madrugada a este pueblo procedente de Eruste a prestar servicio de protección y vigilancia de este pueblo situado en primera línea de fuego. Y a su instancia suscribo la presente en Cebolla, a veinte de Octubre de mil novecientos treinta y seis.—El Primer Teniente Alcalde.—*Julián de la Casa*.—Rubricado:—Hay un sello que dice.—Ayuntamiento, CEBOLLA.

Don Emilio Borrajo Viñas, General de Brigada, Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Talavera de la Reina:

CERTIFICO: Que el Falangista de la primera Centuria de Las Palmas, don Prudencio Doreste Morales, cooperó con las tropas del Ejército Español a la liberación de esta ciudad de Talavera de la Reina, a veinte y ocho de Octubre de mil novecientos treinta y seis.—*Emilio Borrajo*.—Rubricado.—Hay un sello que dice.—Alcaldía Constitucional Talavera de la Reina



SALVOCONDUCTO

Expedido a favor del Falangista Prudencio Doroste Morales, el cual marcha de esta plaza a Eruste (TOLEDO), esperando de las autoridades militares no le pongan impedimento alguno en su viaje.—Leganés, de 17 de Diciembre de 1936.—El Comandante Militar.—*Juan Castro*. — Rubricado.— Hay un sello que dice: Comandancia Militar Leganés.



**Don Matías Garrido Gómez de las Heras, Alcalde y Jefe Local
de Falange de Domingo Pérez (Toledo).**

CERTIFICO: Que el falangista de Gran Canaria don Prudencio Doreste Morales, prestó un servicio en la mañana del once de Noviembre próximo pasado, siendo la hora de las siete. Dicho servicio consistió en dar aviso al Dr. Don Constantino Hernández García, a Don Fernando Martín Domínguez y a Don Pedro Nombela Ballesteros, estos dos últimos propietarios de automóviles, todos los cuales con el señor Doreste, formaron un pequeño tren de auxilio para prestar ayuda urgente a un siniestro ferroviario, que momentos antes, había tenido lugar en la línea de los ferrocarriles del Oeste de España y en término municipal de Carriches (TOLEDO), siendo los primeros en llegar al lugar de la catástrofe y prestar los auxilios de urgencia a los individuos que viajaban en el tren objeto del accidente.

Debido al celo y actividad del repetido señor Doreste, se organizó el traspaso de los heridos al tren de socorro. Y para que así conste, expido la presente certificación con el de la Alcaldía en Domingo Pérez, a dos de Enero de mil novecientos treinta y siete.—*Matías Garrido*.—Rubricado.—Hay un sello que dice: Alcaldía Constitucional, Domingo Pérez (TOLEDO).



SALVOCONDUCTO

A favor del Falangista de Gran Canaria Prudencio Doréste Morales, el cual marcha voluntario para prestar servicio en el puente de la vía férrea y en todo el sector comprendido desde Illán, hasta Eruste, desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde del mismo día.—Domingo Pérez 8 de Enero 1937.—El Jefe Local.—Crispín Hidalgo.—Rubricado.—Hay un sello que dice: Falange Española de las JONS.—Domingo Pérez (TOLEDO). ¡Arriba España!

Se presenta en ésta el individuo a que el presente se refiere. Illán, 8 de Enero de 1937.—El cabo de la Guardia Civil, *Pablo García Martín*.—Rubricado.



Hay un sello que dice: Juzgado Militar de la Comandancia de Talavera de la Reina.— Juzgado número 4.—Para su satisfacción me complazco en darle las gracias por el servicio que prestó en bien de la Causa y de España, al presentar la denuncia contra varios vecinos del pueblo Otero de esta Provincia, por manifestaciones de los mismos en contra del glorioso Movimiento Nacional. Dios guarde a España y a V. muchos años.—Talavera, 18 de febrero de 1937.—El Teniente Juez Instructor.—*Alejandro Nieto*.—Rubricado.—Sr. Don Prudencio Doreste Morales.



COMANDANCIA MILITAR DE NAVALCARNERO

SALVOCONDUCTO

Expedido a favor de Don Prudencio Dorste Morales, para que desde esta localidad pueda trasladarse a Toledo haciendo el viaje por Leganés, Getafe y regreso a fin de resolver asuntos particulares.—Encargo a las autoridades Militares y civiles, no le pongan impedimento alguno en su viaje.—Navalcarnero, a 11 de Marzo de 1937.—El Comandante Militar—P. O., *Antonio Madrigal Cabo*.—Rubricado.—Hay un sello que dice: Guardia Civil, Comandancia Militar Navalcarnero,



Santa Cruz de Tenerife, 18 de Marzo de 1937.

Sr. D. Prudencio Doreste,

Navalcarnero. E. M.

Mi estimado amigo: Recibo su atenta carta del 4 del actual, agradeciéndole su atención al recordar nuestro viaje camino de Canarias.

Sobre los elogios a que Vd. se refiere de los periódicos, no es cosa de darles mayor valor que el puramente formulario, aunque en el desempeño de mi cargo pongo todo el interés que se merece en bien de nuestra Patria y de estas hermosas islas.

Le saluda afectuosamente, agradeciendo mi familia sus saludos y queda de Vd. affmo. amigo, q. e. s. m., CARLOS GUERRA ZAGALA—
Comandante Militar de Canarias.



Encontrándome destacado en el pueblo de Cebolla, recibí la siguiente carta de mi asistente Manuel Perera, que presta sus servicios en la actualidad como soldado de nuestra Gloriosa Legión.

Querido Don Prudencio: Me alegraré que al ser ésta en su poder disfrute de un buen estado de salud que ez mi único deseo yo quedo bueno gracias a Dios.

Querido amigo Don Prudencio después de saludarle paso a decirle que pido permiso para y a berte pero no le loan consedido aber si usted puede beni aberme porque yo poraora no puedo y aberte y deloque me dise quiero mease farta algo que se lo pida diga poreso le digo yo le agradezcõ muchísimo las frases que yo lo único que le pido es que aber si puede venir que es mi deseo. Don Prudencio también que el Legionario que nos acía la comida ancade de Nieve (Nieves la Tabernera) que a muerto en el barrio de usera lo cual ustedede figurar lo que asentido sumuerte porque era mu buen muchacho.

y sin más que decirle muchos recuérdos para todos mis buenos amigos y reciba un fuerte abrazo y un estrechísimo apretón de manos deeste un amigo que le quiere como un ermãno y loes *Manuel Perera*.

La direlcción es herta: Cía. Bandera 22, Compañía, Talavera de la Reina, Toledo. Con esta direlision buscan siempre adonde esté la Bandera.

* * *

. *Mi fiel Perera, se encontraba en el mes de*

*Sptiembre en Pinto y el día 8 del mismo mes
festividad de Nuestra Excelsa Patrona la Vir-
gen del Pino vino a visitarme a Cebolla, lo
cual le agradecí desde lo más íntimo de mi
corazón.*



Otra carta que para mí tiene valor extraordinario, pues ello da idea a mis queridos lectores lo que era estimado por mis camaradas de expedición.

Borox (frente de Aranjuez).

Distinguido amigo Don Prudencio:

Como una granada ha caído entre nosotros la noticia de que tan ilustre y temerario camarada se había rajado para Las Palmas.

Nosotros le comunicamos en nombre de todos los camaradas nuestro más hondo sentimiento por su marcha pues no sólo nos distraía en las duras penas del parapeto, con sus ocurrencias tan isleñas, y excéntricas sino sobre todo por el ánimo y buenas costumbres a que nos tenía acostumbrados, especialmente cuando teníamos algunas horas libres en que dábamos ejemplo de disciplina y seriedad.

¡Ya se ha ido Don Prudencio! Es la palabra que sale de todas las bocas. Camarada Prudencio. Vuestros paisanos se encuentran un poco decaídos a causa de la abstinencia líquida. Stop.

Pero nosotros no pedimos vino; sólo le pedimos un favor que esperamos nos sea concedido.

El favor es el siguiente: Entre sus compañeros de Casino que creemos sean muchos, esperamos nos haga una suscripción admitiendo solamente 0'25, para que nos envíe algunas cajas de cigarros para celebrar el primer aniversario de nuestra prisión por defender a nuestra querida España.

Esperamos este pequeño sacrificio del ca-

marada que tan alto supo poner nuestro pabellón.

Muchos recuerdos de Luis del Real y sin más de momento le saludan afectuosamente sus incondicionales amigos que se despiden con un saludo Nacional-Sindicalista.

Don Antonio Arencibia Rodríguez, Oficial Mayor y Secretario accidental del Ayuntamiento de Las Palmas.

CERTIFICO: Que en sesión celebrada el día seis de abril del corriente año se acordó lo siguiente por la Corporación Municipal:

“Vista después la instancia del funcionario municipal don Prudencio Doreste Morales, solicitando su jubilación por motivos de salud, se aprueba, quedando convertida en acuerdo la siguiente propuesta de la Presidencia:

“El funcionario municipal, Jefe de Negociado de Tercera, Camarada Prudencio Doreste Morales, en instancia fecha 17 de Enero último, pendiente de resolución, ha solicitado su jubilación por motivos de salud debidamente acreditados, y en atención a sus méritos de ex-combatiente que se le conceda dicha jubilación con la categoría de Jefe de Negociado de Segunda clase y se le reconozca para la misma, el tiempo de servicio que le falta para alcanzar los 25 años que se le cumplen el 29 de Mayo de 1939.

“Posteriormente a la presentación de dicha instancia ha ocurrido la vacante de una plaza de Negociado de segunda por fallecimiento de Don Néstor Rodríguez (Q. E. P. D.) que la desempeñaba. Esta plaza de cubrirse por el procedimiento de ascenso por antigüedad generalmente empleado en la Municipalidad, le correspondería ocuparla al referido camarada Prudencio Doreste, único Jefe de Negociado de tercera en la actualidad.

Por esto y en consideración a que el Municipio debe premiar como se merecen los actos de patriotismo que realicen sus funcionarios y es indudable que es digna de recompensa la conducta del indicado camarada al alistarse en la primera expedición de falangistas salidos para el frente de batalla afrontando los riesgos propios de la campaña, lo que le motivó incluso el quebranto de su salud según se desprende de la documentación presentada, aparte de consideraciones de otro orden que también deben tenerse en cuenta me permito proponer al Excelentísimo Ayuntamiento, conceda la jubilación solicitada, con los siguientes beneficios:

Primero: Reconocer al peticionario para los efectos de la misma jubilación el haber que le correspondiera si desempeña plaza de Jefe de Negociado de segunda.

Segundo: Reconocer también a los mismos efectos y como premio a su comportamiento patriótico en relación con el Movimiento Nacional y la guerra que el mismo sostiene, de 25 a 30 años de servicio, que le dan derecho a una pensión equivalente al setenta por ciento del haber que le acredite por virtud del particular anterior de esta propuesta”.

Y para que así conste, expido la presente, de orden y con el visto bueno del Sr. Alcalde, en Las Palmas, a 11 de abril de 1938 (II Año Triunfal).

Firmado: A. ARENCIBIA.—V.º B.º, El Alcalde, A. J. MULET.

Hay un sello que dice: La Muy Noble y Muy Leal Ciudad del Real de Las Palmas. Gran Canaria.

Todas las señoritas a que hace referencia la presente relación, se desvivieron por atender a los canarios que estuvimos en el pueblo de Domingo-Pérez y para mí hoy es un orgullo que sus nombres honren las páginas de este modesto libro como agradecimiento a tantas atenciones, tan lejos de nuestra querida Gran Canaria:

Eugenia López Araque (Jefe Local Femenino)

Carmen Jou Redondo.

Filomena Palomo Verdejo.

Margarita Verdejo Jou.

Teófila Bautista Martín.

Francisca Lacoba Barreras.

Pilar Galán Labrado.

María Iglesias Martín.

Juliana Carrasco Gómez.

María Paz Verdejo Jou.

Marcelina Díaz Jiménez.

Brígida Palomo Romero.

Valeriana Sánchez Bautista.

Isaías Erustes Flores.

Isabel Jou Redondo.

Asunción Bolonio González

Gloria Olmedo S. Cabezudo.

Francisca Enrique Palomo.

Petronila Martín Enrique.

Carmen Díaz Retamal.

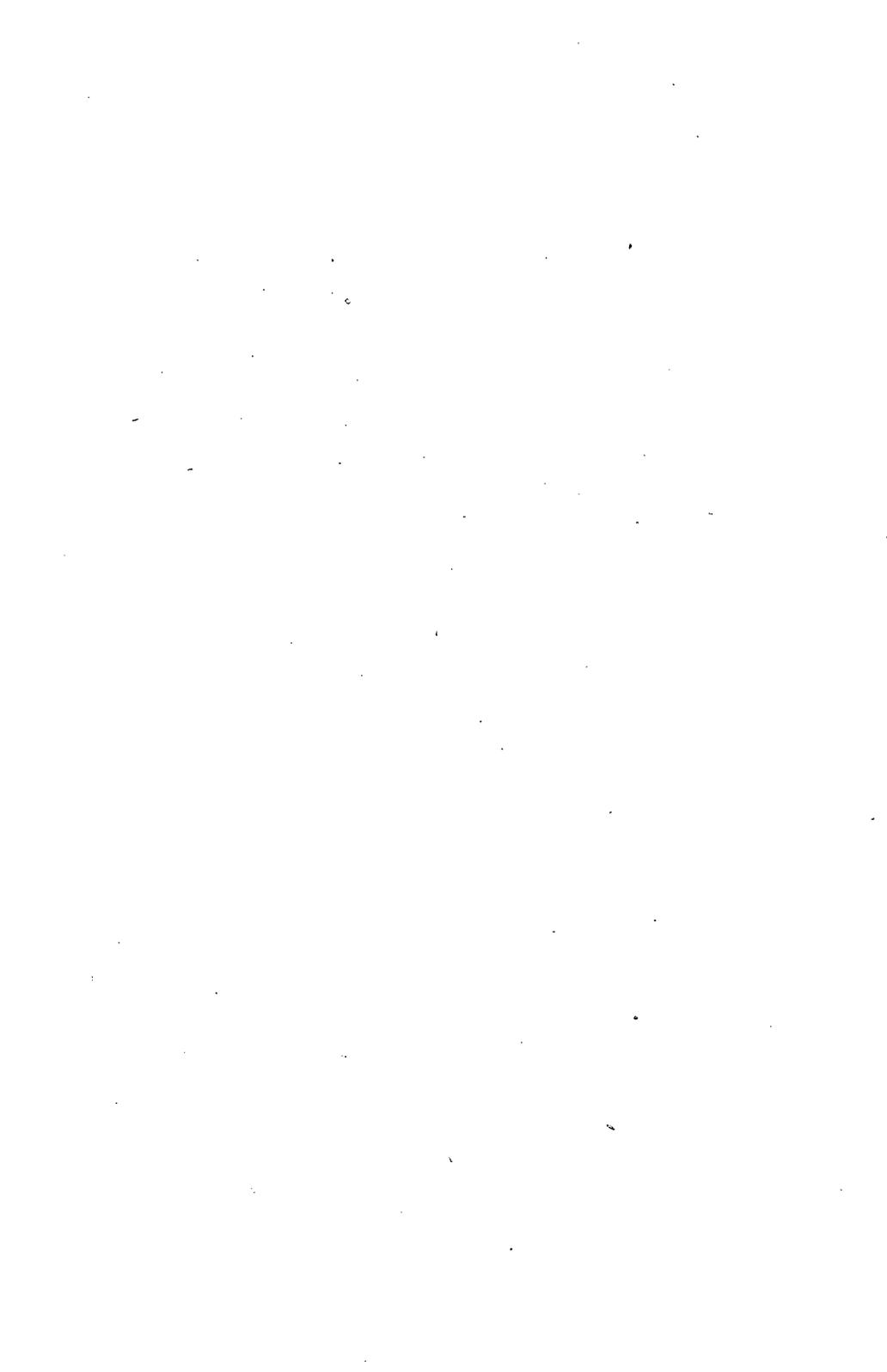
Teresa Muñoz Bolonio.

Josefa Carrasco Sepúlveda.

Patrocinia Sánchez Cabezudo.

Manoña Martín.

Francisca Verdejo Jou.



Salvando un error



En la página 167, y en la Certificación del General de Brigada, Alcalde del Ayuntamiento de Talavera de la Reina, por efectos del corte, se omitió unas líneas, debiendo leerse así:

“Cooperó a la liberación de esta ciudad de Talavera de la Reina, que durante mes y medio estuvo en poder de los rojos. Y para que conste expido la presente a veinte y ocho, etc., etc.”

